This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586548 9

W.B.CHORLEY
LIVERPOOL

W.B.CHORLEY.

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE SEGUNDA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO VII.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

NYL

PRINCETON
UNIV.
LIBRARY

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO VII.

QUAL ES MAYOR PERFECCION:

De Don Pedro Calderon de la Barca. . . . . Pag. 55.

EL ESCONDIDO, Y LA TAPADA:

Del mismo . . . . . 247.

LECCION CRITICA

A LOS LECTORES

DEL PAPEL INTITULADO:

CONTINUACION

DE LAS MEMORIAS CRITICAS

DE COSME DAMIAN,

POR DON VICENTE GARCIA

DE LA HUERTA.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

CRB

Non canimus surdis.

Nada pudiera serme tan sensible, como el que se me interpretáse el trabajo, que tomo en la formacion de esta *Leccion Critica*, á resentimiento de las insulsas invectivas de Cosme Damian, ó quien quiera que sea, el que con este nombre ha disimulado el suyo en el papel intitulado: *Continuacion de las Memorias Críticas*, &c. sobre mi *Theatro Hespañol*. Esta sola razon de presentarse enmascarado, es una demostracion de su timidez y de su mezquindad: y por consiguiente ella misma es bastante, á excusarme de la indecencia de contextarle. Además de esto las ruines calidades de su escrito, la falta de propriedad en su lenguage, la ninguna Lógica y raciocinio, que el mismo manifiesta, tener su Autor: las ridículas in-

conseqüencias en que incurre, la insipidez ultramontana de su estilo, y finalmente la liviandad y ligereza de todo su contexto, son otras nuevas razones, que le hacen indigno, ahun de que yo le impugne; pues no podria nunca descender á este hecho, sin una notoria degradacion mia, en que estoy muy lexos de incurrir voluntariamente.

Tampoco escribo para aquellos, (supongo, que no faltan algunos de esta naturaleza) que movidos de razones personales y de particulares resentimientos, ó de aquella aversion, (no la quiero llamar envidia, ahunque en tantos anda tan somera) que muchos alimentan *gratis* contra algunos sujetos, hayan hecho el menor aprecio de Cosme Damian; pues esto tambien es un argumento, de que en ellos no puede haber fondo, en que se reciban aquellas especies y verdades, cuya percepcion exíge ciertos principios, de que es fuerza, que ellos carezcan, y aquella sana razon y juiciosa indiferencia, que solo se halla en sujetos, en quienes la voluntad no hace el oficio del entendimiento.

Como la única cosa, que hay dig-

na de alguna atencion en el papel de Cosme Damian, es la autoridad de Miguel de Cervantes, que le sirve como de epigraphe, será el exâmen de ella el principal objeto de estos apuntamientos, á los quales daria sin duda el nombre de *Memoria* qualquiera de estos, que se matan en aparentar, que saben las lenguas extrangeras, sin tener ni ahun mediano conocimiento de la suya; sin que por esto dexe de hacer ver por incidencia, y venciendo la fastidiosidad, que debe causar su escrutinio, algunas de las muchas y muy estupendas necedades de que abunda aquella peregrina *Memoria.*

La autoridad de Cervantes, está tomada del capitulo 48 de la Parte Primera de la *Historia de Don Quixote*, y ahunque el *Memorista* yerra la cita, pues dice, ser del capitulo 47: (que es gracia, empezar á errar tan desde el principio) no me detengo en eso; porque acudirá desde luego á cargar la falta sobre el impresor, como es natural; ahunque habrá quien no quiera crerle, atendiendo al justo credito, que se ha adquirido aquel, en cuya tienda se ven-

de el papel crítico, y en cuya oficina se supone estampado (1).

(1) Han reparado muchos, en que el papel de Cosme Damian carece de la nota ordinaria del lugar en que se imprimió y del nombre del Impresor. Algunos atribuyen esta irregularidad á vergüenza, que éste tubo de manifestar, que en su oficina se estampase tan despreciable escrito. Otros han querido sacar de esta afectada supresion, y de la no menos afectada expresion de la nota final, formada de letras gordas, cuyo uso está hoy tan en boga, conseqüencias relativas al modo, con que se ha hecho esta impresion; y no han faltado Hipercriticos, que han adelantado sus investigaciones, hasta averiguar, que Cosme Damian no es hombre de orden, y por consiguiente, que no necesitaba mas que una licencia lisa y llana para la publicacion de su *Memoria*; pues ya se ve, no ser ningun libro canónico, eclesiastico, ni de dogma, sujeto á la aprobacion del Ordinario: de cuyos antecedentes concluyen, que aquellas *licencias* en plural son un solemne disparate; bien que no saben, á quien atribuirle. De qualquier modo que sea, en consideracion á la falta de puntualidad en la cita del capitulo de Cervantes, y á la sobra de es-

Los precisos terminos de la autoridad preliminar de la *Memoria*, son los siguientes: *Por que los extrangeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los disparates y absurdos de las que hacemos.*

Qualquiera, que lea esta autoridad á la cabeza de un escrito, parece, segun buena razon, que debia esperar hallar en él la impugnacion de quien sostubiese, *que los extrangeros no guardaban con puntualidad en el tiempo de Cervantes las leyes de la Comedia, ó que no tenian razon, en graduarnos de bárbaros por las absurdas, que hacíamos en aquel tiempo*, ó qualquiera otra proposicion de las virtual ó expresamente contenidas en las enunciaciones de ella. ¿Pero quál será su sorpresa, quando entrando en su lec-

estas *licencias* un bellaco la aplicó la siguiente copla, que pudiera cantarse muy bien á la Tirana:

La *Memoria* de Cosmillo,
es cosa particular;
que una mentira la empieza,
la acaba una necedad.

tura, no halle en todo el papel de Cosme Damian especie alguna, que directa ni indirectamente aluda á esta controversia, que parece supone necesariamente aquella autoridad? ¿Y quánto crecerá su admiracion, quando, al pasar al exâmen del *Theatro Hespañol*, no halle en él ni en su Prólogo, contra los que se dirige la *Memoria*, la menor idea ni rastro, de que su Autor siga ninguna de las opiniones, contra las quales milita ó puede militar la autoridad de Cervantes, de que sin necesidad se presenta escudado el *Memorista*? Esto ya se vé, que no es otra cosa, que un desarreglo de sesera, y una lastimosa falta de entendimiento, ó una manifiesta calumnia y dolosa suposicion.

¿Y qué se dirá, quando sobre lo que queda expuesto, se tropiece con la grosera contradiccion é inconseqüencia, que se deduce del contexto de la *Memoria* con relacion á la expresada autoridad? Solo quien carezca de raciocinio enteramente, hará conciliable el desprecio aparatoso, que manifiesta Cosme Damian de la fuerza de las autoridades, con la puerilidad de presen-

tarse en la palestra, escudado con la de Cervantes, que, al ser enteramente falsa, agrega, el ser tan demonstrativa de la falta de criterio y conseqüencia del *Memorista*; pues (ya que no á renglon seguido) á la vuelta de la hoja, en que dexa estampado el texto de Cervantes, como por quita-puntas de su *Memoria*, dice y asienta magistralmente, que „tenèmos la dicha de vivir en „unos tiempos, en que los simples nom„bres han perdido su autoridad;" clausula tomada bien al pie de la letra de algun transpirenaico, que en castellano corriente quiere decir; „que tenemos „la dicha de vivir en unos tiempos, en „que las autoridades han perdido su „fuerza, porque ya se exâminan é in„dagan las razones, y no se defiere en „nada á las autoridades, ni al crédito „y fama de los Autores." ¿Siendo pues esto asi, y justo en la opinion de Cosme Damian, no es una notoria contradiccion la que se halla entre su práctica y su doctrina? El mas ciego la echará de ver, y el mas lerdo cederá á este dilema: ó la autoridad se debe respetar ó no; si no se debe respetar, co-

mio él asegura, ¿qué cosa mas contradictoria que empezar alegando la de Cervantes: y si se debe respetar, como parece, á que viene asentar proposiciones tan ridiculas? Este es el estilo, y esta es la Logica, que Cosme Damian ha aprendido en sus librejos á la rustica, y conforme á ellos será la solucion, que dará á mi argumento.

Yo no apruebo las Comedias dessatinadas, esto es, aquellas en que se hallan las monstruosidades, que Cervantes censura y reprende en el lugar mal citado de Cosme Damian, y en otros diferentes de sus obras. ¿Pues quién ha de aprobar *las que* (por usar de sus mismas expresiones) *son conocidos disparates y cosas, que no llevan pies ni cabeza*: ni aquellas, que segun decia el Cura, *son espejos de disparates, exemplos de necedades é imágenes de lascivia, como lo son en efecto, el salir un niño en mantillas en la primera escena del primer Acto, y en la segunda salir ya un hombre barbado: el pintar un viejo valiente* (de estos he visto yo muchos) *y un mozo cobarde*: (y de estos no pocos) *un lacayo retórico*: (no faltan Asturianos ladinos) *un*

page consejero: (tan bueno puede ser su juicio y talento, que baste á aconsejar al mismo Caton) *un Rey ganapan* y *una Reyna fregona.*

Ninguno de estos groseros defectos se han defendido en mi *Theatro*, ni ahun se podrá encontrar en su *Prólogo*, la mas ligera alusion á este propósito. Por otra parte las Comedias de mi coleccion no tienen, ni tendrán semejantes absurdos, ni hay alguno entre los que miran con desagrado mis obras, que no tenga el pesar, de creer, que soy incapaz, de incurrir en semejantes necedades. Pero la ruin Lógica de Cosme Damian, viendo, que yo me burlo de la afectada y supérflua rigidez, con que los Extrangeros obstentan la religiosa observancia de cierta regularidad, propria de la compasible mediania de la mayor parte de sus ingenios, y relativa, no á seguir la verdad, la verisimilitud, el orden y naturaleza (1), sino, solo respectiva al ma-

(1) Este es el arte verdadero de todas las obras de ingenio: este el que recomiendan principalmente Aristoteles y Horacio, y este el que siguen las Comedias de mi Co-

terialismo architectonico de los Dramas, infirió de esto, que yo aprobaba los desconciertos, que tenian algunas de nuestras Comedias del tiempo de Cervantes, que son contra las que él dirigió sus declamaciones; y sobre esta ilacion tan bien hilada, plantificó el *Memorista* á la cabeza de su *Memoria* la tremebunda autoridad de Cervantes, para hacer con ella el coco á cuitados y á desprevenidos, y á aquellos cuya descripcion dexo hecha á la entrada de esta *Leccion*, que son fixamente aquellos mismos, para quienes, vuelvo á decir, no me he tomado el trabajo de formarla.

Si yo hubiera disceptado sobre la anterioridad de la correccion de los Theatros en Europa, ó sobre otros puntos, que han exercitado las Críticas y las

Coleccion, mejor que qualquiera otra pieza de las decantadas; modernamente pues las demás son voluntariedades, y quando mas, convenciones, que se puede dispensar qualquiera, como lo ha hecho en nuestros dias el insigne Metastasio, cuyas obras serán siempre la admiracion de los grandes ingenios, y de los conocedores del verdadero mérito en este orden.

indagaciones de tantos Sabios; y sobre lo que hay ya tanto escrito, que seria fastidio y pedanteria, el repetirlo: podria tener alguna oportunidad y peso la autoridad de Cervantes; pero no habiendo yo jamas dudado, que nuestro Theatro fue el primero que apareció mas correcto en Europa despues del restablecimiento de las letras, y no habiendo ya ningun preocupado Francés, ni Italiano, (que es mas) que no confiese esta verdad, á pesar de las fastidiosas garrulidades, con que el Doctor Signorelli quiso sostener la negativa en algun tiempo: ya se echa de ver, quan fuera de su lugar está la sentencia de Cervantes en aquel, en que la coloca el Crítico pseudonimo.

¿Y qué dirá el *Memorista*, al demostrarsele, que la fulminante autoridad de Cervantes, sobre ser importuna, es falsa en la mayor parte de ella, y que está desmentida en el mismo lugar y capítulo, en donde la estampó su autor por su propria aseveracion y dicho?

Considero ya escandalizada la pusilidad de los muchos apasionados ciegos de este Escritor, al leer estas expresiones.

Otros, preocupados de la celebridad de su nombre, y tan ignorantes, que creerán, que un hombre grande es incapaz, de incurrir en miserias, y que por otra parte no alcanzan los defectos de su famosa obra, ni siquiera han leido las reflexîones y notas, que han hecho los sabios sobre ellos, contemplo, estarme anathematizando ya dentro de su corazon y calificando de blasfema mi proposicion, ó á lo menos graduandome de arrojado y temerario en pronunciarla; y acaso no faltará alguno, que crea me ha movido á esta supercheria la razon misma, que verosimilmente movió á Cervantes, á atentar contra el honor de toda la nacion, por despicar la envidia, que alimentaba contra un solo individuo de ella.

Los hombres por sabios que sean, no dexan de ser hombres, y asi obran como tales, errando muchas veces involuntariamente, y no pocas con toda espontaneidad: prefiriendo el placer de lisonjear sus naturales debilidades, á la obligacion de seguir y defender la verdad, que está encomendada á todos. Uno y otro puede probarse á Cervantes

en el caso, en que dixo: *que los Extrangeros, que con mucha puntualidad guardaban las leyes de la Comedia, nos tenian por bárbaros é ignorntes, viendo los disparates y absurdos de las que haciamos.* El exâmen menudo de las partes de esta proposicion manifestará la falsedad de quasi toda ella.

Del contexto de la autoridad de Cervantes se infiere, que, quando la escribió, tenian los Extrangeros muchas Comedias, en las quales con mucha puntualidad *guardaban las leyes de ellas.* Pero en aquel tiempo, esto es, á fines del siglo décimo sexto, que es al tiempo, que debe reducirse racionalmente la composicion de la primera parte de la *Historia de Don Quixote*, impresa en 1605: ¿quién me dará ni esta multitud de composiciones, ni esta religiosa observancia de las reglas entre los Franceses ni entre los Italianos, que son los que mas han querido sostener la anterioridad de la regularidad de sus composiciones dramáticas con sus *Sophonisbas* (1), y tal

(1) Dos tragedias Italianas con este título: la primera del Carreto, falta de ac-

qual otra pieza igualmente lánguida é insipida, que aquellas? Cervantes, á lo menos, no las señala, como debiera haberlo hecho, en prueba de una asercion que era injuriosa á muchos, ó porque no las conocia, ó porque escribia con demasiada priesa su obra, mas atento á los despiques personales, que á la solidez y corroboracion de sus proposiciones: pues él mismo dexa demostrada la falsedad de su asercion en el proprio capítulo, como se verá por varias reflexiones, que se harán mas adelante sobre esta materia: incurriendo en la mas pueril contradiccion é inconseqüencia.

De solo Juan de Mallara, que floreció mediado el siglo décimo sexto, afirma Juan de la Cueva, que escribió mil Tragedias, que, ahunque se circuncide la cantidad muy á placer de los Extrangeros, siempre quedará el bastante número de composiciones al Theatro Hespañol en aquel tiempo con las de

accion y movimiento, y sierva imitadora de la simplicidad Griega, y por consiguiente desnuda de ingeniosidad; y la otra del Trisino con los mismos ó mayores defectos.

solo este poeta, para competir con los dos Theatros Francés é Italiano, y ahun para excederles muy considerablemente. Las del mismo Juan de la Cueva, las de Virúes y algunas otras de otros que florecieron poco despues, son nuevos refuerzos de la demostracion de la falsedad y ligereza con que se enunció Cervantes en la insultante autoridad, con que se abroquela el nuevo satélite de los Helenistas en su *Memoria*; bastando solo las citadas piezas de estos dramaticos, sin recurrir á las infinitas, que otros habian producido en el siglo décimo sexto, para demostrar lo impuntual de esta autoridad, en quanto supone, que los Extrangeros tenian muchas Comedias y Tragedias regulares en aquel tiempo; pues ya se vé, que por una ú otra pieza que tubiesen, como las *Sophonisbas*, el *Torrismondo*, ú otra tal qual, tampoco podia decir Cervantes, que guardaban con exâctitud las leyes dramaticas, y que esto no les daba derecho, para criticar nuestras irregularidades y burlarse de ellas.

Ni es menos falsa la autoridad expresada del Historiador de Don Quixote

en la parte, en que expresamente dice, que en aquel tiempo, en que se escribia su historia, los Extrangeros *guardaban con mucha puntualidad las leyes de la Comedia.*

Seria trabajo inutil repetir lo que tan sabia, como graciosamente escribió el Abate Llampillas sobre este asunto contra los detractores de nuestro Theatro, y principalmente contra Tiraboschi y el Doctor Signorelli, pues es quanto se puede desear en la materia, y solo se le debe notar, el haber tenido demasiada deferencia al testimonio y críticas de algunos Hespañoles modernos, que han querido intrusarse, á juzgar, de lo que no entendian, y que han dado ideas poco ventajosas de muchas de nuestras obras dramaticas antiguas, por la misma razon de tener poca inteligencia de la materia, ó con la mira de dar de este modo algun realce á ciertas lánguidas composiciones suyas, y por consiguiente se le puede arguir de haber tratado la autoridad y opinion de estos con la consideracion, con que no la tratariamos seguramente los que los conocemos: bien que en uno y otro es muy disculpable.

Ninguna puede ser de mas fuerza y respeto para los partidarios del Theatro Frances, que la del mayor Asertor, que él ha tenido. Qualquiera entenderá desde luego, que hablo del gran Voltaire.

La opinion de este heroe de la Crítica, quando sus demencias en las materias mas lejanas de su conocimiento son canones para tantas gentes, no puede serles sospechosa en un asunto, en que acaso sabía mas, que en todos los demás que ensució con su pluma atrevida é insultante. Este pues en la Edicion del *Theatro de Corneille*, que publicó en 1765, en la que él llamó *Prefacion Histórica*, colocada al frente del *Cid*, se enuncia del siguiente modo:

„Lorsque Corneille donna le *Cid* „les Espagnols avaient sur tous les Thea„tres de l' Europe la meme influence „que dans les affaires publiques : leur „gout dominait ainsi que leur politi„que : meme en Italie leurs Come„dies, & Tragicomedies obtenaient la „preference chez une nation qui avait „l' *Amynte* è le *Pastor fide*, & qui etant „la premiere qui eut cultive les arts,

„semblait plutot faite, pour donner des „loix à la litterature, que pour en recevoir : “ lo que en Castellano suena asi: „Quando Corneille publicó su *Cid*, los „Hespañoles tenian en todos los Theatros de la Europa la misma influencia que en los negocios públicos : su „gusto dominaba igualmente que su política, y ahun en Italia sus Comedias, ó „Tragicomedias obtenian la preferencia „en una nacion, que tenia el *Amyntas* y „El *Pastor Fido* (no cita las Sophonisbas, „ni las demás insulseces que exâlta Signorelli) y que habiendo sido la primera que cultivó las artes, parecia „estar mas en el caso, de dar leyes á la „literatura, que de recibirlas.“

Este testimonio, que yo alego, no en fuerza de la autoridad que Voltaire tenga para conmigo, ni para con ningun hombre sensato, sino en fuerza de la constante verdad que envuelve, siempre será un documento que mortificará, y hará enmudecer á los no pocos Philogalos que andan entre nosotros; aquellos que están empeñados, en que todo lo bueno que tenemos en Hespaña, nos ha venido de Montes allende.

En él se pinta la superioridad, que ahun en tiempos posteriores á aquel, en que Cervantes profirió su tremenda proposicion, pues el *Cid* de Corneille salió en 1635, tenia nuestra dramática, no solo en Francia, respecto á cuya historia no es tan sospechoso Voltaire, sino tambien en la docta Italia.

Pero como los propugnadores de la anterioridad del Theatro Italiano en quanto al arreglo, no tendrán acaso al gran Voltaire en el predicamento que nuestros Hispano-celtas, ni darán á su autoridad toda la fuerza que estos, y mas si han leído las parvuleces exâgeradas de Signorelli, y no sus confutaciones por el docto Llampillas, será necesario, recurrir á otro testimonio doméstico que salve la censura y nota de no instruido en las materias relativas á la historia del Theatro Italiano, que acaso pudiera ponerse justamente al que escribió sobre tantas sin el menor conocimiento de la mayor parte de ellas.

La qualidad de Sabios en varias facultades, la de fina crítica, y profundo conocimiento en estas materias, se debe suponer en los Efemeridistas de Roma,

cuyas censuras son tenidas generalmente por exâctas, por imparciales y por dignas de la lectura de todos los hombres de buen gusto. Estos pues en vista de las controversias y disputas sostenidas sobre estos asuntos en Italia, entre Hespañoles é Italianos, y en vista de las razones deducidas y alegadas en tanto tiempo de contínua contienda por una y otra parte, se explicaban en el año de 1782, en los siguientes terminos, que para los que no hayan leído el Prólogo de mi *Theatro Hespañol*, y para los faltes de memoria los repito muy voluntariamente: „La nazione „Spagnuola (dicen estos Sabios) ch' è „stata la prima doppo il renascimento „delle lettere ad aver un Theatro rego„lato da cui tuti gli altri hanno preso poi „norma, è stata anche piu di tute l'altre „feconda in dramatici componimenti:" cuyas expresiones parece suenan asi en Castellano. „La nacion Hespañola, que „fue la primera despues de la restaura„cion de las letras que tubo un Theatro „arreglado, que todos los otros tomaron „posteriormente por norma, es tambien „la mas fecunda de todas en composi-

„ ciones dramáticas.“

Esta ingenua y franca enunciacion, dimanada de unos sábios (pues precisamente deben serlo, los que tienen á su cargo tan delicada comision) en un caso, en que manifiestan su juicio con toda autoridad, parece no debe dexar el menor escrupulo; pues estando desde luego exenta de la nota de adhesion á nuestros intereses, igualmente que de la de colusion con los que les disputaban sus glorias, ¿quién podrá dudar de la verdad que contiene, quando se vé, haber sido proferida en unos tiempos, en que estaban tan recientes las disputas sobre esta materia entre Hespañoles è Italianos?

Demostrada hasta ahora pues la impertinencia del texto de Cervantes, y probada la falsedad de su contexto en lo principal con tan ineluctables testimonios: conviene demostrarla por el mismo Cervantes, haciendo patente su contradiccion, è inconsequencia en este mismo caso.

Poco antes del lugar en que estampó la autoridad referida, esto es, á hoja y media de distancia, hizo por boca del

Canónigo de Toledo una enumeracion de várias piezas dramáticas, *que á su juicio guardaban bien los preceptos del arte, y que no, por guardarlos, dexaron de parecer lo que eran*; señala entre éstas las tres Tragedias de Argensola, á saber: *La Isabela, La Filis* y *La Alexandra*, *La Ingratitud vengada*, *La Numancia*, *El Mercader amante*, *La Enemiga favorable*, y añade en globo, que *otras algunas* habian sido compuestas con igual exâctitud *por algunos entendidos Poetas, para fama y nombre suyo.*

No es necesario ni gran talento ni Lógica demasiado fina, para advertir la contradiccion que resulta entre las dos aserciones de Cervantes estampadas con tanta inmediacion.

Por una parte ya se ha visto, que los Extrangeros en aquel tiempo no tenian Comedia ni Tragedia alguna regular, pues nadie las produce á su favor, y confiesan lo contrario sus proprios Escritores, y que el comun de nuestras composiciones theatrales eran, las que tenian la preferencia en sus theatros. Luego era imposible, que los Extrangeros, no teniendo piezas en que guardasen con exâctitud las

reglas del arte, tubiesen por bárbara á una nacion (que eso dice la enunciacion de Cervantes) que, segun él mismo afirma, tenia no pocas Comedias y Tragedias arregladas. No es necesario, llevar mas adelante las inducciones, porque son obvias á las gentes de talento para quienes escribo: al mismo tiempo que para Cosme Damian y los de su escuela serian inutiles; porque para su percepcion se requiere otro juicio que el que manifiestan tener ellos, y otra Lógica que la que pueden haber aprendido en sus Folletos de contrabando.

Lo unico que podria deducirse racionalmente de los antecedentes que quedan asentados, es, que los Extrangeros preceptistas, y ahun los naturales, y todos aquellos que miraban con envidia nuestro Theatro, y á los sublimes ingenios que le sostenian, se despicaban con hacer crítica de las muchas composiciones defectuosisimas, que sin duda alguna aparecieron despues, como aparecen en todos los demás theatros todos los dias, para confundir de este modo el mérito de otras, que ellos eran incapaces de imitar: y que es

bien antigua la superchería, de vengarse los cuitados del pesar que les da la superioridad, que sobre ellos exercen las almas dotadas de mas luces y mas brillantéz; que es á lo que aluden aquellos versos de Lope en su nuevo Arte:

Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas bárbaro que yo, pues contra el arte
Me atreví á dar preceptos, y me dexo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.

Pero esto de ningun modo prueba, que los Extrangeros escribiesen Comedias regulares en aquel tiempo, en cuyo caso tendrian cierto derecho y alguna razon, para criticar las irregularidades de las nuestras, entre las quales son las mas absurdas de todas, las mas ridículas y las mas abominables las del mismo Cervantes, comprehendidas en esta censura ahun aquellas mismas que él elogia; mas dignas por cierto de perdurable olbido, que de la luz pública (1): y solo probaria, que ya en-

(1) *La Numancia, y El Trato de Argel*, que son suyas, y que han sido reciente-

men-

tonces tenian muy buena disposicion los Extrangeros, para censurar las cosas, que ellos debian mirar con envidia, como incapaces de igualarlas; ó que es mas facil, saber rudimentos de Poetica, que componer buenas Comedias y Tragedias: siendo la verdadera impugnacion en estos casos, y la menos sospe-

mente publicadas, son tan ridículas, ó mas que las anteriormente conocidas por de este Crítico. En *La Numancia* son mayores los defectos que los que el Editor de ella nota en su Prólogo al *Trato de Argél.* El enorme número de interlocutores que entran en ella, y la mezcla de personas reales, y alegoricas que mancomuna en la accion, bastaria para presentarla, como digna del mayor desprecio. Los personages con nombre proprio ascienden al número de veinte, sin contar un muerto, que sale de su sepultura, y despues de decir treinta y dos endecasilabos, se vuelve á embocar en ella. Además de estos hablan varios Soldados Romanos; dos Embaxadores de Numancia, y estos hablan bastante: quatro Gobernadores de la misma, los que hablan mucho mas, distinguidos con los ordinales, *Primero*, *Segundo*, *Tercero*, y *Quarto*: dos Sacerdotes Numantinos; quatro Mu-

chosa, el presentar modelos perfectos; (1) porque el ladrar trivialidades que nadie ignora, arguye mas espíritu de venganza y malignidad, que suficiencia.

¡Quán graciosa es la burla que hace Lope al principio de su *Arte* de estos rudimentistas, cuyas almas parece se han

Mujeres de la misma Ciudad con sus niños: dos Ciudadanos de Numancia: una Numantina y su hijo, cuyo coloquio cierra el acto tercero: un hermano de Lira; otra Numantina; un Soldado que la sigue, para matarla; la mujer de Teagenes un hijo suyo y otro Numantino. Todas estas personas hablan no poco. No se cuentan las otras muchas mudas, que no hacen mas que acompañar. Pero con ser este defecto tan considerable, son mas graves los que tiene relativos á la substancia.

(1) De las *Sophonisbas* del Carreto y del Trisino alegadas por Signorelli ya queda hecha descripcion: y del *Aminta* del Taso, y *el Pastor Fido* del Guarini se debe decir, que, sobre haber alegado impertinentemente Voltaire estas pruebas en la autoridad citada, son estas piezas unos meros centones Bucolico-Liricos muy hermosos, pero muy poco oportunos para la representacion.

trasladado á ciertos Críticos periodicos, que nos están machacando necia é importunamente con unas trivialidades que qualquiera ha aprendido en el tirocinio de la Gramática Latina!

No porque yo ignorase los preceptos,
Gracias á Dios; que ya tiron Gramático
Pasé los libros que trataban de esto,
Antes que hubiese visto al Sol diez veces
Discurrir desde el Aries á los Peces.

Vease, quán abstrusas deben ser unas reglas que á los diez años sabia ya Lope, y en qualquiera estudio de Gramática Latina se dan como las de la Retórica por apendice de ella. (1)

Confieso con todo eso, que necesito vencer cierta especie de repugnancia en un caso, en que se combate la preocupacion de muchos, para asegurar, que Cervantes era de la misma natura-

(1) Tratabase en cierta Junta comerciante de la nueva construccion de un navío para el tráfico: entre los vocales habia uno dotado del dón fastidioso de la palabrería, pero que se le entendia mas de hablar que de obrar: tocóle hablar el ultimo; peroró largamente sobre la materia; recorrió hasta las mas comunes trivialidades sobre la ar-

leza de estos preceptistas; y se aumenta mas y más esta repugnancia, quando me veo precisado, á aseverar, que fue la envidia literaria la que movió su pluma en el caso, en que estampó la enunciacion de su autoridad. Que adoleciese Cervantes de este vicio, se prueba con muchos documentos, que por excusar prolixidad y pedantería, omito; bastando para confirmacion de esta verdad, el genio satírico y el espíritu de crítica, que resplandece como principal caracter en la mayor parte de sus Obras. La de la vida y hechos de *Don Quixote* es un Satiricon completo: el *Viage del Parnaso* es una durisima invectiva, y yo no he visto jamás, que semejantes obras tengan otro origen que la envidia, y el pesar de las glorias ajenas; y sea lo que quisiere del juicio de los demás, en el mio siem-

arquitectura naval, y llenó una larga hora con su discurso. Asistia el constructor, que era Vizcaíno, á la Junta, y tocandole votar sobre el asunto, luego que concluyó su harenga el Orador, dixo en su lenguage machi-hembreado: *manos mios mejor haces, que lenguas tuyos dices.* El pasage es bien aplicable.

pre serán sinonymos los nombres de *Crítico*, *Satírico y Envidioso*, contentandome por ahora con remitirme al prólogo de la *Segunda parte del Quixote* de Abellaneda, en la que franca y palatinamente le da en rostro con este defecto, de que Cervantes se procuró sincerar en el prólogo de la *Segunda parte* suya, bien que tan tibia é incongruentemente, que dexa en toda su fuerza la acriminacion justa ó injusta de Abellaneda, la qual ahun quando no pruebe otra cosa, prueba á lo menos ciertamente, que se tenia tal opinion de Cervantes; pero ahun quando ésta en general se quisiera hacer pasar por no probada, y como una espontaneidad de Abellaneda, es constante, que adolecia el Chronista de Don Quixote del mal de zeloso del mérito de algun particular ingenio.

El de Lope de Vega, llamado por antonomasia el Phenix de Hespaña, los aplausos que todo el mundo le tributaba, el obsequio que recibia de los proceres principales de la Europa, sus copiosas y felices producciones, las riquezas que éstas le proporcionaron y finalmente la singularidad, con que bri-

llaba entre todos los sábios de su tiempo, le adquirieron la emulacion de algunos, de que quedan testimonios bastantes en algunas invectivas, ó sátiras que se hicieron entonces contra sus obras; tales son algunos pasages de Villegas, de Christoval de Mesa, Andres Rey de Artieda, y hasta de un Antonio Lopez de Vega, que segun adivina el crítico Aragonés, Editor de las Comedias de Cervantes se atrevió tambien á insultarle, por omitir otros que hicieron críticas completas de sus obras, y en especial el debil y miserable Colegial theólogo Pedro de la Torre Ramila, (1) que á otras gracias juntaba la de latinista, y Juan Pablo Martir Rizo, asertor y pedagogo de este. Era preciso, que el extraordinario exceso, con que Lope sobresalia entre to-

(1) Este Crítico era un mero Grammaticon, y tubo la gracia entonces, que hoy está tan en uso, de disfrazarse bajo el nombre supuesto ó anagrammático (puerilidad preceptística) de *Trepus Ruitanus Lamira*: esto es, *Petrus Tu Rianus Ramila*. Con esta timidéz publicó su *Esponja*. Añadese á esto la oportunidad que tiene el criticar en latin unas obras enteramente eló-

dos los Ingenios de su tiempo, le suscitase emulaciones, pues esto ha sucedido en todos; y que las lucernigas rateras, y los escarabajos obscurecidos entre el polvo tubiesen, como algunos de hoy, la soberbia, que es propia de toda sabandija, de subirse á mayores, y apostarselas ahun al mismo Phebo en fuego y sucimiento.

Por otra parte Lope hacia de ellos el desprecio que merecian, y se deduce de la innocuidad de sus Obras; pues no me acuerdo haber visto en ellas invectiva alguna, ni ahun respondiendo á sus émulos; antes bien en todas he observado multiplicados los elogios, con que honraba á los mas envidiosos de su mérito literario y á sus mas declarados enemigos.

Entre estos no tenia el ultimo lu-

castellanas. Esta pedantería es un nuevo elógio del Preceptor Ramila, y de su encomiasta Martyn Rizo. Don Nicolás Antonio dice, que Ramila impugnó á Lope tambien bajo el nombre de Juan Pablo Rizo. Acáso será esta la censura de la *Ferusalem*, que se cita en las *Noticias Literarias*, cuyo exámen me reservo, para quando me venga á la mano el M. S.

gar Cervantes. Queda el testimonio menos equivoco de esta verdad, en el pasage del prólogo citado de Abellaneda, quien se explica en los siguientes términos: „ Si bien en los medios nos diferenciamos; pues él (Cervantes) tomó „ por tales, el ofender á mí, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones extrangeras, y la „ nuestra debe tanto, por haber entretenido honestisima y fecundamente „ tantos años (1) los Theatros de Hespaña con estupendas é inumerables Comedias con el rigor del arte que pide „ el mundo, y con la seguridad y limpieza, que de un Ministro del Santo „ Oficio se debe esperar.“

Pero el mas claro documento de la envidia de Cervantes es la invectiva injusta, y la denigrativa sátira, que contra Lope formó en aquel Soneto, que publicó Don Juan Antonio Pellicer en sus *Noticias literarias*, pag. 170, y yo repi-

(1) Lope habia sin duda destronado de la aceptacion que acaso tubo entre los Comediantes y aficionados á Cervantes: y algo dá él mismo á entender relativo á esto en mas de una parte de sus Obras.

to aqui en confirmacion de ella con el mismo epigraphe del Editor.

Soneto de Miguel de Cervantes contra Lope.

Hermano Lope, borrame el Sone-
de versos de Ariosto y Garcila-
y la Biblia no tomes en la ma-
pues nunca de la Biblia dices le-
Tambien me borrarás la Dragonte-
y un librillo que llaman de la Arca-
con todo el Comediage, y epita-
y por ser Mora, quemarás á Ange-
Sabe Dios mi intencion con San Isi-
mas puesto se me vá por lo devo-
borrame en su lugar el Peregri-
Y en quatro lenguas no me escribas co-
que supuesto que escribes boberi-
lo venderán á entender quatro Nacio-
Ni acabes de escribir la Jerusa-
bastela á la cuitada su traba-

Pudiera bastar este documento, para evidenciar completamente la envidia con que Cervantes miraba á Lope y sus producciones: pues la iniqua crítica y sangrienta sátira que contiene contra ellas, manifiesta que la hizo la volun-

tad picada, y no el entendimiento despreocupado; no habiendome sido facil hallar en su contexto la gracia, que he oido á algunos ponderar, que tiene, ni la razon de la preferencia, que le dan sobre la respuesta á este Soneto, que se atribuye á Lope, de quien jamás me persuadiré que sea, y sí de alguno de sus muchos apasionados. (1)

Pero no fue este el ultimo parto del ingenio de Cervantes contra Lope. Corre entre algunos curiosos otro Soneto atribuido al mismo Cervantes, en que entre otras cosas le sindica el uso de los diez y nueve Castillos con que orlaba el escudo

(1) Lope despreciaba altamente á sus émulos, y esto le acarreaba mayor emulacion. En sus ultimas Obras se vé un testimonio de esta verdad, en la respuesta muda que ponia al frente de ellas, en desprecio de los que le mormuraban y mordian: el qual se reduce á un emblema, en que se pinta un rosal, con varias rosas abiertas, y al pie de él un grande escarabajo, panza arriba, como dicen, con este mote latino: *Odore enecat suo*, y debaxo del cuerpo del emblema este dístico, en que está su explicacion:

Au-

de sus Armas (Lope era Montañes de origen) no perdonando á sus costumbres, y atribuyendole una vanidad y soberbia que no manifestó jamás, quando en Cervantes no se ven sino testimonios de su jactancia. El Soneto empieza asi:

Por tu vida, Lopillo, que me barres
las diez y nueve torres de tu escudo;
que aunque de viento todas son, ya dudo,
que tengas viento para tantas torres, &c.

Algunos quieren atribuir este Soneto á Quevedo: otros se le prohijan á Góngora, pero sin fundamento.

¿Pero para qué es: ir á buscar pruc 3

Audax dum Vegae, *irrumpit scarabeus*
in hortos
Fragrantis periit victus odore rosae.

el que para los cortos delgatillos en materia de latin, suena en Castellano poco mas ó menos de este modo:

Audáz un escarabajo
se entró en una Huerta un dia:
olió rosas, y el olor
le tumbó patas arriba.

Acaso convendria mucho, fomentar el plantío de rosales contra la actual plaga de escarabajos.

bas de esta verdad á otra parte, quando el mismo contenido del capitulo, de que se ha sacado la escandalosa autoridad de Cervantes, demuestra claramente que se escribió dictada de la envidia que tenia á Lope de Vega? Vease, lo que dice casi á renglon seguido, que es del tenor siguiente: „Però como las Come„dias se han hecho mercadería vendible" (no era menos mercader de ellas Cervantes que Lope, por su confesion misma)" dicen, y dicen verdad, que „los representantes no se las compra„rian, si no fuesen de aquel jaéz; y asi „el Poeta procura acomodarse con lo „que el representante, que le ha de pa„gar su obra, le pide. Y que esto sea „verdad, vease por muchas é infinitas „Comedias, que ha compuesto un felici„simo ingenio de estos Reynos, con „tanta gala, con tanto donayre, con „tan elegante verso, con tan buenas „razones, con tan graves sentencias, y „finalmente tan llenas de elocucion y „alteza de estilo, que tiene lleno el „mundo de su fama; y por quererse „acomodar al gusto de los representan„tes, no han llegado todas, como han

„ llegado algunas (1) al punto de la per-
„ feccion que quieren.“

Ya se vé, que estas expresiones no tienen otro objeto, que censurar las Comedias de Lope, y que solo á él son aplicables los elogios verdaderos ó irónicos, que envuelve este pasage; y por consiguiente, que con respecto á él solo fue escrito por Cervantes; pues ahunque otros hacian comedias disparatadas entonces, ciertamente no eran ingenios de la clase y gerarchía del de Lope, y por consiguiente no podian excitar su emulacion.

Esto y algunos otros lugares de los escritos de Cervantes, en que zahiere, ahunque siempre timidamente como en este, á Lope, y disfrazando la hiel en cierta solapada ironía, que era de su cosecha, movieron sin duda á Abellaneda, á notarle la debilidad de envidioso en los términos que quedan copiados.

A esta nota responde Cervantes,

(1) Lope dice, que escribió seis Comedias conformes con las reglas. Se buscan en vano entre las suyas: yo barrunto, que las halló tan frias, que corrido de su composicion las entregó al fuego, para que á lo menos, al perecer se calentasen.

dandose por sentido en el Prólogo á su *Segunda Parte*, con la tibieza y frialdad, que en él se vé; repitiendo en el tono irónico de su contextacion un testimonio nuevo de su defecto, y una confirmacion de la justicia, con que Abellaneda le censura.

Estos son los términos, en que quiso disculparse Cervantes: „He sentido „tambien, que me llame envidioso, y „que como á ignorante me describa, que „cosa sea la envidia: que en realidad de „verdad, de dos que hay, yo no co„nozco sino á la santa, á la noble y „bien intencionada (1); y siendo esto

(1) La mala causa de Cervantes, no solo no le permitió atinar con la respuesta oportuna, sino que le hizo incurrir en la groseria, de equivocar la *emulacion* con la *envidia*, y manifestar, quan poco se le entendia (como dice su Sancho Panza) del achaque de estas philosophias. Con todo eso, y ahunque el *Don Quixote* es acaso la obra unica, en que se hallan defectos, que no se perdonan á ningun Autor de su clase, qual es el olbido del robo del asno de Sancho y otros muchos, siempre será la primera en su orden; del mismo modo que nuestras comedias lo serán para con los inteligentes

„asi, como lo es, yo no tengo de perse-
„guir á ningun Sacerdote, y mas si tie-
„ne por añadidura, el ser familiar del
„Santo Oficio; y si él lo dixo, por quien
„parece, que lo dixo, engañóse de to-
„do en todo, que del tal adoro el in-
„genio, admiro las obras y la ocupa-
„cion continua y virtuosa (1)."

Finalmente ahun esta friisima satisfaccion contribuye, á no dexar la menor duda, en haber sido Lope de Vega el objeto, contra quien dirigió Cervantes sus dicterios ó invectivas, y el dar unas señas, que solo podian convenir á aquel, justifica, que no se engañó Abellaneda en su sospecha; y al mismo tiempo se evidencia, que de esta debilidad nació el error, que tiene el contexto de la autoridad, que ha dado motivo á estas combinaciones críticas, para que se vea por ellas, que los hombres,

tes á pesar de tal qual defecto, que se halle en ellas.

(1) Este sarcasmo es otro testimonio de la envidia de Cervantes, ridiculizando ahun el titulo de Familiar del Santo Oficio, de que usaba Lope en sus dictados.

por mas que philosophen y presuman de fuertes, siempre son hombres, y siempre se manifiestan tales en sus obras, dando no pocas veces en desbarros enormes, incompatibles al parecer con su buena opinion; y para que los que leen con preocupacion los autores mas acreditados, tengan en ellas un desengaño, de que es indispensable usar de toda cautela y circunspeccion, en dar asenso á sus proposiciones en general, y ahun á aquellas que parecen mas seguras, y menos interpretables.

De lo que he expuesto, se deduce, que no solo es falso el contenido de la autoridad de Cervantes, como dictada de la envidia, que tenia á Lope, y por el genio satírico, que era su caracter, sino que está colocada con toda la impertinencia, que es imaginable, en la *Memoria* de Cosme Damian: porque ni las Comedias comprehendidas en el *Theatro Hespañol* tienen los defectos, que nota Cervantes, ni en toda la Coleccion se comprehenderá una siquiera, que no haya sido compuesta muchos años despues de haber él fulminado su crítica, y ahun muchos despues de es-

tar encomendados á la tierra sus huesos (1).

Esta solo seria una peremptoria prueba de la falta de juicio, y del ningun talento crítico, de que está dotado Cosme Damian, ahun quando faltasen tantos testimonios, como dá él mismo en el contexto de su *Memoria*, de que no ha entendido el Prólogo del *Theatro*: de que

(1) Ponia un tuerto notas á cierta Tragedia moderna, con cuyo Autor le habia puesto mal la envidia con que oía sus aplausos. En un pasage, en que, á su parecer, ciertos conjurados se detenian demasiado en razones, y no mataban tan presto como el quisiera, al sujeto, que debia morir, puso la siguiente nota ú otra equivalente: *Estos asesinos gastan demasiada flema.* Viola por casualidad un amigo suyo, de mejor juicio y mas despreocupado; y reflexionando el caso, le dixo: *Compadre, esta nota no viene al caso, porque estos no son asesinos*; á que él respondió: *Es verdad, Compadre; que como soy tuerto, suelo no ver las cosas á derechas: pero al fin para decir algo, algo se ha de embrollar.* Por cierto, que no faltan de estos embrollones tuertos y no tuertos, arremetidos á criticos contra la voluntad de la misma Minerva.

le son extrangeras las especies y voces mas triviales, que en él se tocan; de que carece de todo género de idea (1), y finalmente de que no hay en ella mas

(1) Se asienta en el Prólogo *del Theatro Hespañol* contra los insultos del Colector del *Frances*, el qual entre otros dice, que *Racine tenia mas ingenio, que todos los Dramáticos Hespañoles juntos*: que los climas influyen en el ingenio de los naturales, y en sus disposiciones para ciertas artes; y se prueba historicamente, que el de Hespaña es feraz de talentos poéticos. De esta verdad, infiere y deduce Cosme Damian, con su graciosa lógica Volteriana, la falsedad y absurdo, de que yo supongo, que con solo nacer en Hespaña, y (por usar de sus lindezas) *ofrecer uno su mollera à los ardientes rayos de Phebo*, hay lo bastante, para hacer buenas comedias y tragedias. Solo en la mollera vacia de un Volterista puede caber igual estupidez. Asi son todos sus raciocinios é inducciones.

No se manifiesta menos la cuitadez de Cosme Damian, en señalar con letra cursiva, como singulares, algunas voces, y como falsas, algunas expresiones, que no solo son conocidas y ciertas para quantos tienen medianos principios y mediana razon, sino que en el caso en que se usan

en

mérito, que el que pueda tener por cierta simpatia para con algunos, que alimentan el mismo violento deseo, de criticar mis trabajos, que el célebre Cosme Damian.

Leia en un concurso á cierta Prebenda de oficio uno de los Opositores el Prólogo *del Theatro Hespañol*, tienen notoria oportunidad. ¿Cómo entenderá este Crítico aquello de Horacio:

Dixeris egregiè, notum si callida verbum
Reddiderit iunctura novum; si forte necesse est,
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum
Fingere cinctutis non exaudita Cethegis
Continget: dabiturque licentia sumpta pudenter;
Et nova, fictaque nuper habebunt verba fidem, si
Greaco fonte cadant parcè detorta &c.

Pero estas son delicadezas, que no alcanzan romancistas como Cosme Damian: asi como no es dado á todos los que las comprenden, el usar con acierto de la libertad, que indica Horacio, puede haber en la invencion y uso de palabras exoticas y nuevas.

Con todo eso nos ha hecho este Crítico el servicio, de iluminarnos sobre el plan, que deben tener las *Colecciones de Comedias*, copiando algunas palabras del Prólogo del *Theatro Frances*, y sobre la autoridad, que parece tiene, para desentenderse de la circunspeccion, con que en el Pró-

res, dotado de mas soltura y desparpajo, que instruccion en la materia de sus puntos; con esto disparató tan solemnemente en la leccion, que fue la risa de todos los inteligentes. Bajó al fin de la Cátedra, y llegandose á él otro Opositor, su paisano, le dixo: *Compañero, terribles dispartes habeis dicho*: á que él contextó sin la menor muestra de turbacion ni sorpresa: *Es verdad*, paysano; *pero ellos han llenado la hora, y yo he quedado con habla para continuar.* No peca el cuento de tan inoportuno al pie de esta *Leccion Crítica*, como la autoridad de Cervantes á la cabeza de la insigne *Memoria*.

Prólogo del *Theatro Hespañol* están preocupadas sus sandeces; como si en él no quedára bien paladinámente demostrado, el intento del Colector: el fin de la obra: las razones de haber adoptado el plan, que se sigue en ella: y las que hay, para no seguir el impertinente sistema, que el nuevo Intendente General de Colecciones Dramaticas, intenta prescribirnos. Puede ser, que no se desdeñe, de admitirle algun nuevo Colector, de los muchos que dicen, pulúlan de algun tiempo á esta parte.

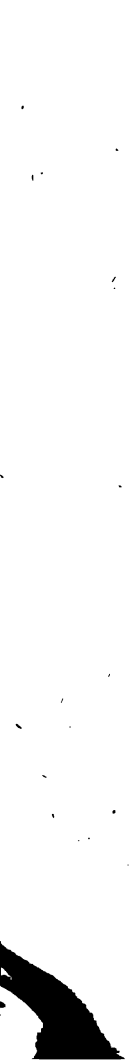
Sed canimus surdis.

QUAL ES
MAYOR PERFECCION,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Que entre ingenio y hermosura
el que puede elegir, debe,
si para dama la hermosa,
para mujer la prudente. Jorn. III.



ARGUMENTO.

Doña Leonor, hermana de Don Felix, caballero de la Corte, amiga de Doña Beatriz y Doña Angela, las recibe de visita en casa, y Don Felix, amante de ésta, procura que su hermana las obsequie.

Doña Beatriz era tan discreta, como Doña Angela su prima, hermosa y mentecata; aquella estaba apasionada por Don Felix (á cuya hermana fiaba su afecto é inclinacion) pero contenia su pasion, sabiendo estar Don Felix prendado de la hermosura de su prima.

Otro caballero, llamado Don Luis, estaba enamorado de Doña Leonor, pero se resfria su voluntad, habiendo visto la hermosura de Doña Angela: lo que ocasiona lances y zelos, asi en Leonor, como en Don Felix, al mismo tiempo que Don Antonio amigo de Don Luis y Don Felix siempre procura irles siguiendo, para evitar sus encuentros.

La discrecion de Beatriz saca de los mayores aprietos y apuros á Don Felix, de lo qual y de otros favores que le hizo resulta, que á pesar de la hermosura de Do-

ña Angela, conozca, que debe preferir el entendimiento de aquella á la belleza de ésta, á quien por su necedad todo le era indiferente.

Don Alonso, tio de Beatriz, padre de Angela, receloso de su conducta finge un viage, y oculto en su casa, halla en ella á Doña Leonor huida de la suya, á su hermano Don Felix y Don Luis, llamados de Beatriz, y á Don Antonio escondido. Sale, acuchillandose con éste, y estando por disposicion de Doña Beatriz desposada Doña Leonor con Don Luis, y por consiguiente satisfecho Don Felix, éste se casa con Beatriz reconocido á su merito; con que se sosiega Don Alonso en esta parte, pero precisa á Don Antonio, á casar con Doña Angela, lo que executa, por remediar su indigencia, sin embargo de no tener voluntad.

PERSONAS.

DON FELIX.

DON LUIS.

DON ANTONIO.

DOÑA BEATRIZ.

DOÑA LEONOR.

DOÑA ANGELA.

DON ALONSO.

INES.

ISABEL. } *criadas.*

JUANA. }

ROQUE, *criado.*

UN ESCUDERO.

QUAL ES MAYOR PERFECCION.

JORNADA PRIMERA.

Salen Doña Leonor, Inés y Don Felix.

D. FELIX.

Famosa tarde tendrás.

D. LEONOR.

Bien, confieso, que lo fuera,
si yo de gusto estubiera.

D. FELIX.

¿Pues qué tienes?

D. LEONOR.

No sé mas
de la necia pasion mia,
de que, lo que en su extrañeza

con causa fuera tristeza,
sin ella es melancolía.
¿Mas tú, qué noticias tienes
para pensar, que será
buena ó no, la tarde?

D. FELIX.

Ya
que la disculpa previenes,
de darme por entendido,
de quien las visitas son,
que hoy esperas, la objecion,
con preguntarlo, has vencido,
de que contigo, Leonor,
hable en esto; y mas si es llano,
que un acaso cortesano
no es escrupulo de honor,
que no se pueda decir
á una hermana. Oye y sabrás,
en qué fundo, que hoy tendrás
bien, en que te divertir.
A la Puente Segobiana
dia del Angel, con todos,
(que para fiesta en Madrid
basta, el verse unos á otros,)
en tu coche, que esta tarde,
á causa de tus penosos
accidentes, no queriendo
gozar de sus desahogos,

me lo prestase; (que en casa
donde hay damas, es notorio,
que á los hombres tales dias
ahun son prestados los propios;)
con dos amigos, Don Luis
de Mendoza y Don Antonio
de Ayala que son con quien
mas en Madrid me confronto,
salí, añadiendo al concurso.
ya que no pude un adorno,
un numero, que sirviese,
si no de lustre, de estorbo.
Digalo el efecto; pues
aferrados en el golfo
de tantas terrenas velas,
como le surcan el corso,
doblando el cabo á la puente,
hubimos de tomar fondo
en el estrecho, que hace
su pielago mas angosto,
al tiempo, que de la Guardia
el orgullo presuroso
hacía á los Reyes calle,
con que fue, Leonor, forzoso,
que el coche, y el de dos damas,
si á la metáfora torno,
hubiesen de zozobrar
entre aquellos dos escollos

en la calzada, que baxa
á la Tela, en cuyo abordo,
los dos coches enredados
con la prisa de los otros,
si ya no con la porfía
de los cocheros (que solo
su honra está, en quál rompe mas
aleros y guarda-polvos,)
llegaron hasta lo llano,
dondé en lo baxo de un hoyo
dexó el nuestro al de las damas
un exe á la rueda roto.
Si se cae ó no se cae
quedó, á tiempo que nosotros,
arrojandonos del nuestro,
acudimos presurosos.
La cortina, que hasta alli
en recatados embozos
á media luz brujuleaba
las personas sin los rostros
franqueada con el acaso,
dió lugar, á que dichoso
notase de una hermosura
el mas apacible asombro.
En mi vida, hermana, ví:::
(Perdoname, si aqui rompo
fueros á la urbanidad;
que, ahunque no dudo ni ignoro,

que en presencia de una dama,
aunque sea hermana, es loco,
el que á otro alaba, hay sucesos,
que dispensan licenciosos,
mayormente quando está
tan recusado mi voto,
que, quedandose en licencia,
no puede pasar á oprobio.
En mi vida, hermana, ví,
vuelvo á decir, tan hermoso
maridage, como hicieron,
mezclando pálido y roxo
sus mexillas: y mas quando
al sobresaltado asombro
del lance, ví no sé qué
desmandadas hebras de oro,
que, como acusandole al manto,
que abandonase el rebozo,
las bosquejaron á cercos,
y dibujaron á tornos.
Con el susto la hermosura
creció mas y mas, si noto,
que lo purpureo dexó
á lo cándido tan solo,
que solamente en los labios
se hizo rehacio, bien como
diciendo: „de sus mexillas
bien puedo huir temeroso,

mas de los labios no puedo,"
mostrando en unas y en otros,
que no era en ellas ajeno,
lo que en ellos era proprio.
¿Mas, para qué me detengo,
si ahun ahora es culpa, que absorto
ella peligre, y que yo
no acuda á su amparo pronto?
Llegué al coche pues, que ya
mal afianzado en los hombros
de gente de á pie, impedia,
que acabase de dar todo
el amenazado vuelco,
diciendo: „Pues es forzoso,
señoras, que vuestro coche
de aqui no pase, y que de otro
hayais de serviros, este
merezca ser tan dichoso,
que por estár mas á mano,
le admitais. Con mil enojos
destempladamente ayrados,
pero hermosamente ayrosos,
despidió el ofrecimiento,
echandome del destrozo
la culpa. No es la primera
vez, que pagamos nosotros
desmanes de los cocheros,
ni la primera tampoco,

que la hermosura se dé
por mal servida de todo.
La que iba, Leonor, con ella,
con mas cortesanos modos
haciendo gala del susto
y desden del alboroto,
dixo: „El no estár, caballeros
(seamos las dos quien somos)
á la vergüenza de ser
de tantos vulgares corros,
como á ver el coche asi,
se paran, blanco afrentoso,
nos obliga, á que aceptemos
ofrecimientos, que otorgo,
en fé de la cortesía,
que deben tan generosos
caballeros á las damas;
pues aqui hay perdido solo,
el que desacomodados
quedeis, deuda, que yo pongo
á cuenta de ser quien sois,
que es, quien cobra con mas logro
las situaciones, á quien
hace lo obligado heroyco.“
Dixo, y ostentando á un tiempo
ya del arte en el adorno,
ya en la enmienda del acaso,
lo entendido y lo brioso

(quando apela para el garbo,
no tiene buen pleyto el rostro)
pasó del estrivo al nuestro;
con que hubo de hacer lo propio
la hermosa, que todavia,
en podridos soliloquios,
acordandose del daño,
se olbidaba del socorro.
Con que, tomando otra vez
vuelta el coche en lo espacioso
de la tela, las perdimos
de vista; porque nosotros,
viendonos á pie, fue fuerza,
apelar á lo fragoso
del Parque, y por su calzada
al Prado Nuevo. No toco,
en si quedé ó no, Leonor,
ó contento ó pesaroso
del lance; pues si contento
digo, no sé, qué penoso
cuidado desmiento, que
hasta hoy en el pecho escondo;
y si pesaroso digo,
desmiento no sé, qué gozo,
que tambien dentro del pecho
hasta ahora guardo; de modo,
que haciendo pesar y agrado
de dos especies un monstruo,

ni á uno por agrado admito,
ni á otro por pesar conozco.
Al fin, volviendo el cochero,
de casa y calle me informo,
y á muy poca diligencia
supe, que de Don Alonso
de Toledo, un caballero
rico, ilustre y generoso
(habiendo dicho Toledo,
ya lo habia dicho todo)
hija y sobrina las dos
son, en cuyos nombres noto
de Angela y Beatríz noticias,
que una y mil veces recorro
en la memoria, sin dar,
en quándo, á dónde, ni cómo
los habia oido, hasta que,
preguntando ahora curioso,
mas que atento, qué visita
esperabas, reconozco,
que eras tú, á quien las habia
oido nombrar, y que de otros
estrados amigas, vienen
á verte hoy. Yo, envidioso,
dixe: tendrás buena tarde;
y con razon; pues forzoso
es, que gozando en las dos
de lo discreto y lo hermoso,

Leonor, buena tarde tengan
los oidos y los ojos.

D. LEONOR.

Esas señoras un dia,
que sin conocernos, fuimos
donde acaso concurrimos
de una amiga suya y mia
en la visita, me hicieron
tantos agasajos, que
en obligacion quedé,
de servirlas; con que fueron
creciendo en la voluntad
correspondiencias, que son
sobre alguna inclinacion
buen principio de amistad.
Siempre que á casa de aquella
amiga nuestra volvian,
me avisaban y pedian,
que nos viesemos en ella.
Porque esto del visitar,
á quien no me visitó,
es cierto duelo, que no
le quiere nadie empezar.
Y, ahunque me tocaba á mí,
por ser ellas dos, y ser
yo una sola, el no tener
salud, me hizo hasta aqui
lo dilatase, con que

salvando su vanidad,
el duelo en la enfermedad,
hoy vienen á verme, en fé
del mal; y, si verdad digo,
lo estimo, porque en mi vida
ví mujer mas entendida,
que lo es la Beatríz. Testigo
sea con aplauso justo
en las burlas, el buen gusto;
en las veras, la cordura;
en lo que cuenta, el donayre;
en lo que dice, el cariño;
en lo que viste, el aliño;
y en todo en fin el buen ayre;
tanto, para que concluya
los meritos de Beatríz,
que me tengo por feliz,
solo en ser amiga suya.

D. FELIX.

Ahunque el afecto los cielos
remitieron á una estrella,
de parte de Angela bella,
estoy, por pedirte zelos.
¿Es posible, que no sea
Angela, quien te debió
mayor inclinacion?

D. LEONOR.

No;

porque ahunque hermosa la vea,
la hermosura para mí
no es alhaja, mayormente
hermosura solamente,
tan á solas, que no ví
sentidos, que mas en calma
digan, „hermosa me soy,
y no mas." Mil veces voy
á ver, dónde tiene el alma,
creyendo, que es escultura,
y solamente la encuentro
una fantasma, que dentro
anda de aquella hermosura.
Si habla, es todo con enfado;
si responde, con frialdad;
si mira, con vanidad;
si escucha, con desagrado.
Con todas presuntuosa,
tanto, que, extraños sus modos,
parece, que tienen todos
la culpa, de que sea hermosa.

D. FELIX.

¿Ves todo eso, Leonor? Pues
todo eso, y mas se asegura
afianzado en la hermosura.
Ella de las damas es
la unica perfeccion rara.
Tenga qualquiera que fuere,

todo lo que ella quisiere,
pero tenga buena cara.
Sobre hermosa en fin no hay cosa
que suplir, ni que vencer;
que no tiene una mujer
mas que hacer, que ser hermosa.

D. LEONOR.

Un tono, que Inés tal vez,
(que la labor engañamos
con lo que oímos y hablamos,)
cantar suele, ser Juez
de aquesta qüestion podia.
Mas dexando la qüestion
quizá para otra ocasion,
si Beatríz es dama mia,
y Angela tuya, empeñados
los dos, será bien, no ignores,
pues partimos los amores,
que partamos los cuidados.
Yo á Beatríz regalaré;
trata tú de regalar
á Angela.

D. FELIX.

Sí haré; á enviar
dulces, voy.

D. LEONOR.

No hay para qué.
Lo que son dulces, y son

chocolates y bebidas,
ya las tengo prevenidas;
alhajillas, que, á ocasion
de abrir un escaparate,
como acaso estén allí,
solo me faltan; y asi,
de enviarme, tu amor trate,
como reloxes, cajillas,
y estuches de filigrana,
de cristal, y porcelana,
y si algunas sortijillas,
lazos y guantes quisieres
añadir, por eso cree:::

D. FELIX.

¿Qué?

D. LEONOR.

que no me enojaré,
pues, todo lo que tú hicieres,
será siempre lo mejor.

D. FELIX.

Ahora bien, si eso ha de ser,
Leonor, voyte á obedecer. *Vase.*

INES.

Al baxar del corredor,
en la escalera ha encontrado
con las visitas, que ya
subian.

D. LEONOR.

Fuerza será,
habiendolas encontrado,
acompañarlas.

Sale al paño D. Felix con Doña Angela, Doña Beatríz, y un Escudero.

D. ANGELA.

Muy bien
pudierades, caballero,
pues la asistencia en mi calle
basta para atrevimiento,
excusar, el de seguirme
tan libremente grosero
en casa de mis amigas,
donde de visita vengo.

D. FELIX.

De cuerdo y necio, señora,
dos cargos me haceis; de cuerdo,
en no abonar la eleccion,
en creer, os sigo; de necio,
en creer, que, si os siguiera,
seria tan desatento,
que diera esa razon mas
á vuestros justos desprecios.
Hermano soy de Leonor,
que á honrar venís. Si, saliendo
de casa, quiso mi dicha,
que de ella al paso os encuentro,

¿cómo me pude excusar,
de haber de volver, sirviéndoos
hasta su quarto? Y asi,
pues que ya á su vista os dexo,
ella á vos os desengañe,
y á mí me disculpe.

D. ANGELA.

Ahun eso
vaya, que ahunque ser hermano,
es tambien atrevimiento,
de mis amigas, por esta
vez, y no mas, lo dispenso.

D. FELIX.

El Cielo os guarde. ¡Que sea
tan absoluto el imperio
de la hermosura, que ahun haga
de la sencillez aprecio!

D. BEATRIZ.

¡Hermano de Leonor es,
cielos, este caballero,
que desde el dia del Angel
tan en la memoria tengo!
¡Pero para qué discurro
en pasion, que está tan lejos
de ser pasion!

ESCUDERO.

¿A qué hora
el coche vendrá?

D. ANGELA.

En volviendo
mi padre á casa, Munguia,
puede volver.

ESCUDERO.

El sereno
á esas horas hace daño. *vase.*

D. LEONOR.

¿Inés?

INES.

¿Señora?

D. LEONOR.

En trayendo
lo que enviáre mi hermano,
trata de ponerlo luego
en algun escaparate
del camarin de allá dentro.

INES.

El caso es que lo envie.

Salen Doña Beatríz y Doña Angela.

D. LEONOR.

Una,
y mil veces agradezco
á mis achaques, señoras,
la dicha, de mereceros
esta honra, con que ya
tan bien hallada con ellos
pienso vivir, que los trueque

de pesares á contentos.

D. BEATRIZ.

Del hallaros levantada,
hermosa Leonor, me debo
una y muchas norabuenas.

D. ANGELA.

Yo no; que todas las vengo
á pagar, por no deber
nada á nadie.

D. LEONOR.

Con tan nuevo
favor, siendo como es
el gusto el mayor remedio,
¿qué mucho que á mejor ayre
respiren mis sentimientos?
Pasad á vuestros lugares.

D. BEATRIZ.

Aqui me quedaré.

D. LEONOR.

¿Eso
cómo puede ser?

D. BEATRIZ.

Vé tú,
Angela; toma tu asiento.

D. ANGELA.

Ninguno hasta ahora es mio.

D. LEONOR.

Ajustad los cumplimientos

las dos, que á mí no me toca
mas, que tomar el postrero.

D. ANGELA.

Si ha de ser, yo pasaré;
quede la virtud en medio. *sientanse.*

D. LEONOR.

¿Cómo estáis?

D. BEATRIZ.

Para serviros,
salud, á Dios gracias, tengo.

D. LEONOR.

¿Vos cómo estais?

D. ANGELA.

Asi, asi.

D. LEONOR.

Que os haya ofendido, temo,
en preguntar, cómo estais,
viendoos tan linda.

D. ANGELA.

Eso tengo;
pero si Dios me lo dió
gratis dato ¿qué he de hacerlo?
¿Helo de echar en la calle?

D. LEONOR.

¡Qué bien compartido pelo!
¡Qué bien asentados lazos!
Por aqui andubo el espejo
del buen gusto de Beatríz.

D. BEATRIZ.

Agravio la haceis en eso;
que Angela, serlo de todas
quantas hay, puede.

D. ANGELA.

Si puedo,
por sí hablas en ironía.
Pero ahora que me acuerdo,
¿para qué teneis hermano?

D. LEONOR.

Para tener el consuelo,
de tener galan y esposo,
en tanto, que no le tengo.

D. ANGELA.

¿Galan, hermano y esposo?

D. LEONOR.

Sí; todo lo es Felix.

D. ANGELA.

¿Y eso
mas, hermano, esposo, y
galan, y todo á un tiempo?
Mucho es para un hombre solo.

D. LEONOR.

Dadme licencia (volviendo
á la pregunta) que extrañe,
el decir con tanto ceño,
que para qué tengo hermano.

D. ANGELA.

Nada, qué digo, es á tiento;
pues no sé, para qué sea,
tener un hermano, bueno,
que se ande quebrando coches.

D. LEONOR.

Eso es, lo que yo no entiendo.

D. ANGELA.

Yo sí, y el Angel lo diga,
testigo, que por lo ménos,
no me dexará mentir,
pues sin querer, hizo el nuestro
adredemente pedazos.

D. LEONOR.

¡Sin querer, y adrede!

D. ANGELA.

Es cierto.
¡Ved, qué mayor groseria!

D. BEATRIZ.

No digas, Angela, eso;
que en toda mi vida ví
mas cortesano y atento
caballero, que él andubo;
y antes saber agradezco,
que sobre vuestro cariño
cayga el agradecimiento
de su grande cortesía;
pues ya sucedido el riesgo,

Alguno, para contar
las ruindades de mi incendio,
habia de quedar vivo.

D. BEATAIZ.

Ruinas querrás decir.

D. ANGELA.

Eso,
ó esotro; equivoqué el nombre:
y, porque veais, qué no miento,
una criada, que de otra
casa, en que sirvió primero,
le conocia, me dixo,
que es; si del nombre me acuerdo,
un Don Fulano de Tal.

D. BEATRIZ.

Es un noble caballero.
No te olbides de su nombre,
por si le vieres, que aprecio
de su buena eleccion hagas.

D. LEONOR.

Buena ocasion perdí, cielos,
de saber, si es él.

Sale Inés.

INES.

Señora,
lo que mi amo ha enviado, puesto
ya está en el escaparate,

que mandaste.

D. LEONOR.

Ya te entiendo.

D. BEATRIZ.

¡Que te vengas á contar
eso aqui!

D. ANGELA.

¡Pues yo qué cuento!
¿He dicho yo algo, de que
no esté todo Madrid lleno?
Pues adonde mueren tantos,
¿qué importan dos mas ó menos?

D. BEATRIZ.

Por tapar sus boberias, *ap.*
hablar de otra cosa intento.
¿Es esa hermosa de quien
dixisteis, si bien me acuerdo,
que algunos ratos su voz
os divierte?

D. LEONOR.

Sí; mas eso
se entiende en nuestras labores;
que, para no ser aquello
de cantar al bastidor,
ni es primoroso, ni es diestro,
lo que canta.

D. BEATRIZ.

Pues la tarde

toda con vos es festejos,
entre á la parte este agrado.

D. LEONOR.

Inés, toma el instrumento;
haz, lo que manda Beatríz.

INES.

A mi pesar obedezco.

Canta.

¿Quál es mayor perfeccion,
hermosura ú discrecion?

D. ANGELA.

¿Con la hermosura, quién puede
tener competencia? Pero
no hay que hacer caso, que al fin
todas son coplas los versos.

INES *cantando.*

Litigaban los sentidos,
sobre ganar los despojos
de una alma, viendo los ojos,
y escuchando los oídos;
alegaban competidos
cada uno en su opinion,
¿qual es mayor perfeccion?

D. LEONOR.

¡Que de quantas letras sabe,
hubo de escojer la menos
á proposito!

D. BEATRIZ.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque sintiera, que de esto
Angela desconfiára,
imaginando ó creyendo,
que puede ser intencion.

D. BEATRIZ.

¡Ahora sabes el cuento
del loco, que preguntando,
qué cosa en el Universo
es la mas bien repartida,
respondió: el entendimiento,
porque cada uno está
con el que tiene, contento!
No temas, que desconfie.

D. ANGELA.

Nunca ví mote mas necio.

INES *cantando.*

En la travada conquista,
la sentencia se asegura,
quando en vista la hermosura,
la discrecion en revista:
con que el oído y la vista
no desisten de la accion.
¿Quál es mayor pefeccion,
hermosura ú discrecion?

D. LEONOR.

No cantes mas. Pues á honrar
venís mi casa, pretendo,
que toda la honreis. Venid,
de un jardinillo que tengo
gozaréis el poco adorno.

D. BEATRIZ.

Será del aliño vuestro.

D. LEONOR.

Si le tomára de vos,
ahunque empeorára de dueño,
mejorára de primores,

D. ANGELA.

Gastense allá los conceptos
muy en buen hora; que yo
á mi hermosura me atengo. *vase.*

D. BEATRIZ.

¿Quién creerá, que haya pasion
tan obligada al silencio,
que haya de morir callando? *vase.*

D. LEONOR.

¡Quién creerá, que pueda, cielos,
dar una necia cüidado
tan solo con el recelo,
de si era ó no Don Luis
el segundo caballero! *vase.*

Sale Roque con un azafate.

ROQUE.

Cé. ¿Inés?

INES.

¿Qué es lo que quieres,
Roque? ¿No adviertes, que entro
á servirlas á estas damas
las bebidas?

ROQUE.

Que primero
tomes aqueste azafate,
que mientras pasó ligero
mi amo á la platería,
una joyera ha compuesto,
adonde á mí me dexó,
para que le trayga, y temo,
que haya tardado.

INES.

No has;
pues, ahunque antes, que tú, Celio
volvió con no sé qué alhajas,
tambien vienes tú á buen tiempo.
¿Qué trahes aqui?

ROQUE.

¿Qué sé yo?
De mil trastos viene lleno.

INES.

Guantes, lazos, cintas; son
iguales dos aderezos,
que no discrepa uno de otro.

ROQUE.

Oye.

INES.

Aprisa.

ROQUE.

¿Qué fue eso,
que dixiste de bebidas?

INES.

¿Pues á tí qué te va en ello?

ROQUE.

¡Bebidas y no irme á mí!
Implican el argumento.
¿Podrás echar hácia acá
qualquiera cosa?

INES.

Sí por cierto.
¿Querrás agua de limon,
guindas ó canela?

ROQUE.

¿Luego,
Inés, todo el dia es de agua?

INES.

No; que tambien darte puedo:::

ROQUE.

¿Qué? ¿Sorbete ó garapiña?

INES.

De aloja; que es lo que tengo
para antes del chocolate.

ROQUE.

Pues que me hagas, te ruego,
del chocolate y de todas
esas cosas un compuesto,
y me llenes un gran vaso.

INES.

¿Estás loco?

ROQUE.

Hacer deseo
un regalo, qual será,
ver al chocolate lleno
de guindas y de limon,
sorbete y aloja.

INES.

Eso
será una gran porquería.

ROQUE.

Mejor que mejor; pues luego
les dirás á esas señoras,
que yo las manos las beso,
y que miren, lo que son
sus pulideces, supuesto
que este vaso por de fuera

su estomago es por de dentro.

Vase Inés, y salen Don Luis y Don Antonio.

D. LUIS.

¿Roque, está Felix en casa?

ROQUE.

No, señor: antes corriendo
á buscarle, donde dixo,
que habia de hallarle, vuelvo.

D. ANTONIO.

Dile, que Don Luis y yo
le hemos buscado.

ROQUE.

Al momento
se lo diré, que le halle. *vase.*

D. LUIS.

Pues no está en casa, tomemos
la vuelta de aquesta esquina.
Llevarle de aquí pretendo, *ap.*
para poder volver yo,
por ver á Leonor; supuesto
que fuera Felix está,
y desvelarle pretendo
el nuevo cuidado mio;
que una cosa es, que mi afecto
me lleve tras sí, y otra,
que á las finezas, que debo,
falte.

D. ANTONIO.

Tomemos: y ahora
á la plática volviendo,
que dexamos empezada,
proseguid.

D. LUIS.

Bien no me acuerdo,
en qué quedamos.

D. ANTONIO.

En que
ya ganada por lo menos
la espía de una criada
teneis, por conocimiento
de otra casa, en que sirvió.

D. LUIS.

Eso es todo lo que puedo,
contaros hasta aqui; pues,
si la memoria revuelvo,
es todo lo que me pasa;
que desde el punto, ay de mí,
que aquella hermosura ví,
de su calle y de su casa
hecho humano girasol,
no hay hora, que tras su bella
luz no me arrastre mi estrella;
mas no es sino todo el sol,
el que me arrastra; que menos
que todo el sol en su esfera

ser su sombra no pudiera.

D. ANTONIO.

De esos hiperboles, llenos
de crepúsculos, y albores,
el mundo cansado está.
¿No los dexarémos ya
siquiera por hoy? ¡Señores,
que nunca me pase á mí
esto, de una mujer ver,
que sea mas que una mujer!
En cierta ocasion me ví
en casa de una señora,
de quien decian, que era
el alba su pordiosera,
y su mendiga la aurora.
A obscuras quedé algun rato,
y su luz no me alumbró,
hasta que en la quadra entró
un candil de gatavato.
Mirad, qué sol tan civil,
el que arrastrando despojos,
no puede hacer, que sus ojos
alumbren, lo que un candil.

D. LUIS.

¡Que toda la vida habeis
de estar de ese buen humor!

D. ANTONIO.

¿Fuera del vuestro mejor?

D. LUIS.

Vos en esto no teneis
voto, Don Antonio; que hombre,
que se alaba, que no ha estado
en su vida enamorado,
de valde disfruta el nombre
de racional.

D. ANTONIO.

Pues sepamos,
quánto mas irracional
es, quien no distingue el mal
del bien, en que nos hallamos
á los brutos superiores,
sino sabe distinguir
del bien el mal.

D. LUIS.

Eso es ir
á filosofias mayores,
de las que el caso requiere,
y no habemos de pasar
de aqui. ¿Quién dexa de amar
una hermosura?

D. ANTONIO.

Quien quiere,
sin que ninguna pasion
quite, que coma y repose;
trovar, quanto campar posse
la vita de un buen poltron.

¡Yo me habia de rendir,
por el mas hermoso dueño,
á perder una hora el sueño!
¡Yo sacrificarme, á ir,
de tiernos suspiros lleno,
al umbral de la mas bella,
donde mi cielo sea ella,
y yo sea su sereno!
¡Yo andar en desconfianza
de uno y otro devaneo,
ajustando, si el deseo
se frisó con la esperanza!
¡Si el afecto descuidado
es credito del olbido!
¡Si el merito desvalido,
disimulo del agrado!
Y quando mas á este modo
quieren callar mis desvelos,
etelos aqui los zelos,
que lo echan á perder todo.
De mis empleos, señores,
mejor las mudanzas van;
dance otro cierto y galan;
que yo he de danzar flores,
al compas de una fortuna
poltrona.

D. LUIS.

¿Y cómo acomodas

el compás?

D. ANTONIO.

Queriendo á todas,
y no queriendo á ninguna.

D. LUIS.

Amor de esas bizarrias
orlar suele su laurel.

D. ANTONIO.

¿Habeis estado en Teruél?
¿Conocisteis á Macías?

D. LUIS.

Mejor es, irme, que no
cansarme, de ver reir,
á quien me mira, morir. *vase.*

Salen Roque y Don Felix.

D. ANTONIO.

Esperad.

D. FELIX.

Que aqui os dexó
á vos y á Don Luis, venia
diciendome Roque.

D. ANTONIO.

Sí;
mas fuese huyendo de mí.

D. FELIX.

¿Por qué?

D. ANTONIO.

Porque me reía
de un alto amor, en que ahora
tiernamente enamorado,
anda como embelesado.
¿Os acordais la señora
del coche quebrado?

D. FELIX.

¿Quál?

D. ANTONIO.

La cándida beldad leve,
que sierpecilla de nieve,
tigrecito de cristal,
como á negros nos trató
el dia del Angel.

D. FELIX.

¡Cielos, *ap.*
qué escucho! ¿Y de sus desvelos,
qué os ha dicho?

D. ANTONIO.

¿Qué sé yo?
Aquello, de que me abraso,
con su algo de girasol,
cielo, estrella, luna y sol,
y lo demás, que en tal caso
de derecho se requiere.
Alcancémosle los dos;
porque tambien os riais vos,

de vér, qué conforme muere,
á manos de su pasion,
tiernisimo majadero.

D. FELIX.

Sí fuera y riera; pero:::

ROQUE.

risas hay, que rabias son.

D. FELIX.

si no tubiera que hacer
un negocio, á que volvia
á casa. Id, por vida mia,
tras él vos, hasta saber,
en qué parage se halla,
y contaréismelo vos
después.

D. ANTONIO.

Norabuena. A Dios. *vase.*

D. FELIX.

¡Quién vió tan nueva batalla,
como en un instante, cielos,
en mi pecho ha introducido,
haber, ay Roque, sabido,
que causa Don Luis mis zelos!

ROQUE.

Ce, ¿Don Antonio?

D. FELIX.

¿A qué, dí,
le llamas?

ROQUE.

No tiene que irse,
á buscar, de qué reirse,
pues puede reirse de tí.

D. FELIX.

¡En quánto, ay de mí, empeñado
ya mi amor se considera!

ROQUE.

Haz cuenta con la Joyera,
y lo sabrás.

D. FELIX.

¿Mi cuidado
ese habia, majadero,
de ser?

ROQUE.

Bien creo, que no;
porque ese cuidado, yo
se lo achacaba al Platero.

D. FELIX.

Calla, loco, y vén conmigo;
que ya es, tan otra mi llama,
quanto es el ver á una dama,
ó aventurar un amigo.

ROQUE.

Qué poco cuidado á mí
lo uno ni lo otro me diera. *vanse.*

Salen Don Luis é Inés con luz.

INES.

¡Sin que te avise, es posible,
que entrar hasta aqui te atrevas!

D. JUAN.

Sabiendo, que no está en casa
Don Felix, ¿en qué, Inés bella,
el atrevimiento estriva!

INES.

En no prevenir, que pueda
haber otro inconveniente.
Mi señora:::

D. LUIS.

Dilo apriesa.

INES.

está con unas amigas
de visita; y que te vean,
ya verás, que no es razon.

D. LUIS.

No me pongas en sospecha
de imaginar, que Leonor,
cansada de mis finezas,
te dió orden, de que impidas
la permitida licencia,
que tal vez me concedió.

INES.

No es eso: y, porque lo veas,

llega por aquesta parte,
donde en la quadra se asientan,
que cae al jardin.

D. LUIS.

Ya veo,
que es verdad. ¡Cielos, aquella,
que á la luz de mejor luz,
rayos á la noche presta,
no es Angela! ¡No es Beatríz
su prima! Sí. Ya, ahunque verla,
siempre fuera para mí
dicha, no sé, si me pesa,
verla amiga de Leonor.

INES.

No tanto ahora te detengas;
sino, pues ya las has visto,
vete presto.

D. LUIS.

Norabuena.

INES.

Pero no salgas: detente.

D. LUIS.

¿Qué es eso?

INES.

Por la escalera
sube mi señor.

D. LUIS.

Decirle,

que vengo á buscarle, es necia disculpa, estando en el quarto de Leonor.

INES.

Pues, ahunque quieras entrar, ya vés, que no es posible.

D. LUIS.

De aquesta rexa en la cortina me escondo. *escondese.*

INES.

¡Hemos hecho buena hacienda!

Salen Don Luis y Roque.

D. FELIX.

¿Inés?

INES.

¿Señor?

D. FELIX.

¿Vino á tiempo, lo que envié?

INES.

Y de manera rico, adornado y pulido, que, ahunque Angelica la bella fuera Angela, bastaria.

D. FELIX.

¿Y qué hacen ahora?

INES.

En esa
quadra, donde han merendado,
se están.

ROQUE.

Y dime, Inés bella,
¿las damas tan lindas comen?

INES.

¡Aqueso preguntas, bestia!
¡Comer las damas habian!
¡Qué indecoro! ¡Qué indecencia!

ROQUE.

¿Por qué, di?

INES.

Porque las damas
no comen, ahunque meriendan.

D. FELIX.

Con otro gusto (¡ay de mí!)
desde esta parte estubiera
adorando, Angela hermosa,
tu peregrina belleza,
si no me hubiera asaltado
la no pensada violencia
de los zelos de Don Luis.

Sale el Escudero.

ESCUDERO.

Suplico á usarced, mi Reyna,

á mis señoras les diga,
que tienen recado.

INES.

Ellas
debieron de oir el coche,
porque las almohadas dexan.

D. FELIX.

Hácia esta parte me escondo;
que no quiero, que me vean,
porque, esperando las gracias,
que al paso estoy, no parezca.

INES.

Pues á tu quarto te pasa,
mientras se van.

D. FELIX.

No quisiera,
ahunque ella no me vea á mí,
dexar (¡ay de mí!) de verla
detras de aquesta cortina.

Al esconderse, salen Doña Leonor, Doña Beatríz y Doña Angela.

D. LEONOR.

¿Felix, para qué te ausentas;
que estas señoras darán,
de irlas sirviendo licencia,
y mas quando fuera culpa,
que los criados, que dexan

á sus dueños en visita,
por ellos, Felix, no vuelvan?

D. LUIS *al paño.*

La primera vez, que ví
amagado el lance es ésta,
y no executado.

D. FELIX.

Yo
me ausentaba de vergüenza,
de lo mal que á sus mercedes
habrás servido.

D. BEATRIZ.

Ahunque sea
falsedad, no lo será,
por lo menos la respuesta.
No solo favorecidas
y honradas vamos, mas llenas
de tantos dones, que dudo,
que desempeñarse pueda
de sus muchos agasajos
la poca fortuna nuestra,
si ya no con decir solo,
que, conocida la deuda,
en vuestra casa, Don Felix,
hay, quien dexe el alma en prendas.

D. FELIX.

Eso es, honrar entendida

á quien serviros desea.

D. LEONOR.

Claro está.

D. BEATRIZ.

Pluguiera al cielo.

D. ANGELA.

No es en Dios, y en mi conciencia;
que tantisimas de cosas
nos ha dado, que no hay cuenta.

D. BEATRIZ.

No habeis de pasar de aqui.

D. LEONOR.

Llegar tengo hasta la puerta.

D. BEATRIZ.

Señor Don Felix, quedaos.

D. FELIX.

El favor se me conceda,
de llegar hasta el estrivo.

D. ANGELA.

Llegad muy en hora buena;
ganareis vos éste, y yo
perderé el de la paciencia.

D. LEONOR.

A Dios, amiga.

D. BEATRIZ.

¡Ay Leonor,
quién sin escucha pudiera,
ya que tanto se confronta

por las puertas á su sombra
se me entra el mal; de manera,
que no basta, que en mi casa
la dicha un instante tenga,
para que no tenga, ay triste,
tambien la desdicha en ella,
enlazadas una y otra.

D. LEONOR.

Sin duda presume ó piensa, *ap.*
que está aquí Don Luis. ¿Pues qué,
(¡qué mal el temor se halienta!)
qué te sucede?

D. FELIX.

No sé,
cómo á decirte me atreva,
que tu decoro, Leonor,
no se aventure en materia
tan achacosa á tu oído,
sin que se pase á indecencia:
pero supla la objecion
el sentimiento.

D. LEONOR.

Estoy muerta. *ap.*

D. LUIS *al paño.*

¿Adónde tantas confusas
palabras, y tan suspensas
irán á parar?

D. FELIX.

Yo:::

D. LEONOR.

¡Ay triste! *ap.*

D. FELIX.

he sabido:::

D. LEONOR.

¿Qué recelas?

D. FELIX.

que Don Luis de Mendoza:::

D. LEONOR.

¡Ay Cielos, qué mal empieza! *ap.*

D. FELIX.

enamorado:::

D. LEONOR.

¡Qué escucho!

D. FELIX.

pretende:::

D. LUIS.

¡Qué oygo!

D. FELIX.

en mi ofensa:::

D. LEONOR.

¡Ya, qué hay que pensar! *ap.*

D. LUIS.

Aquí amor y amistad se arriesgan.

D. FELIX.

á Angela.

D. LEONOR.

¡Quién creerá, cielos, &c.
que tales mis ansias sean,
que hayan podido tener
á los zelos por enmienda!

D. LUIS.

Absorto quedo, al oirle:
¡pero quién, cielos, creyera,
que sean mis ansias tales,
que á un mismo tiempo me vean
zelos, que doy, y me dán,
persona que haga y padezca!

D. FELIX.

Y aunque no acuso, Leonor,
la eleccion, porque eso fuera,
acusar mi amor, no puedo
dexar de sentir, que vea
desde la orilla mi amor
antes que el mar la tormenta;
antes que el humo el incendio;
antes que el monte la fiera;
la ruina antes que la mina;
antes que la nube densa
el rayo (¡ay de mí!) mostrando
en la amiga competencia,
quán impensados me asaltan,

quán improvisos me cercan,
si el nublado, si el asedio,
el fuego, el golfo, la niebla,
el rayo, la ruina, el bruto,
el incendio y la tormenta.
A Angela Don Luis adora,
y con tan grandes finezas,
que de dia, ni de noche
de sus umbrales se ausenta.
Si me declaro con él,
¿qué razón hay que yo tenga,
que no la tenga él? Si dexo
de declararme, es baxeza,
que él no esté doble conmigo,
y yo lo esté con él; fuera
de que es partido villano,
que yo, que me ofende, sepa,
y él no, que le ofendo yo;
y, pues no es la vez primera,
que donde andan zelos, ande
la amistad en contingencia,
quitemonos los embozos,
y lo que viniere venga.
Mejor será, de una vez
ó asegurarla ó perderla. *vase.*

D. LEONOR.

Entreabre esa ventana,
Inés, y en viendo, que dexa

mi hermano la calle, ese hombre
en ella pon.

D. LUIS.

Leonor bella, *sale.*
oye::

D. LEONOR.

¿Qué mas he de oir?

D. LUIS.

mis disculpas.

D. LEONOR.

¿Puede haberlas
á tantas injurias, tantos
agravios, tantas cautelas?

D. LUIS.

Oye, y las sabrás.

D. LEONOR.

Ni oirlas
quiero, falso, ni saberlas;
sino que te vayas luego
tan para siempre, que de esta
casa en tu vida te acuerdes.

D. LUIS.

Has de oirme, ahunque no quieras.

D. LEONOR.

¿Iráste, si te oygo?

D. LUIS.

Sí.

D. LEONOR.

Pues dí.

D. LUIS.

Viendome en mis penas
tan suspenso, Don Antonio
informarse quiso de ellas;
y como penas de amor,
no hay otras que las desmientan,
por no revelar, que tú
eras, Leonor, dueño de ellas,
y por desviarle mas,
que de tí escrupulo tenga,
quise nombrarle otra dama.

D. LEONOR.

Calla, calla; cesa, cesa,
falso, aleve; fementido;
y porque, que mientes, veas,
y veas, que antes que Felix,
ya lo habia dicho ella;
¿qué criada es, la que ya
tienes en su casa mesma
sobornada?

D. LUIS.

¡Yo criada!

D. LEONOR.

En vano fingir intentas.
Muy buena boba enamoras.
Ella me vengará de ella,

y tú de ella y de tí. Inés,
¿qué aguardas? La puerta cierra:
dá con ese hombre en la calle,
y en tu vida á abrirle vuelvas.

D. LUIS.

Leonor mia, mira, mira:::

D. LEONOR.

Aqui no hay nada, que vea.

INES.

Vamos; no vuelva mi amo.

D. LUIS.

Tú verás, que mis finezas
te desenojan.

D. LEONOR.

Y tú
la poca ó ninguna emienda,
que puede tener el que
dá zelos con una necia.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Alonso, leyendo una carta, y Juana.

D. ALONSO.

¿Qué hacen Angela y Beatríz?

JUANA.

Las dos, señor, asentadas
á las labores están;
que ésta y las demás mañanas
á estas horas las divierten.

D. ALONSO.

Dilas, que tengo que hablarlas,
que á mi quarto pasen: pero
no, mejor será que vaya
yo al suyo, y no las estorbe
la digna ocupacion, Juana,
de la diversion, en que
dices á estas horas se hallan
bien entretenidas.

JUANA.

Tú
lo verás.

D. ALONSO.

Aunque me engañas,
veré tambien qué labores
son éstas.

JUANA.

Las dos damas,
que de entendidas y hermosas
se precian, supuesto que ambas,
úna el ingenio se afeyta,
y otra se estudia la cara.

Entran por un lado, y salen por otro, y descubrese á una parte Doña Angela tocandose, y vá Juana á ayudarla; y á otra Doña Beatríz leyendo en un libro.

D. ALONSO.

¡Oh quién pudiera trocar
tan opuestas, tan contrarias
inclinaciones, y que
fuese Angela la inclinada
al aprender, y Beatríz
al parecer! ¡Mas qué vana
pretension, si hay superior
arbitrio, que las reparta!
En cuyos opuestos genios

suspenso quedé, al mirarlas.

D. ANGELA.

¡Es posible, que no acabes
de hacer esa trenza!

JUANA.

¿Si andas,
por mirarte á todas luces,
tan inquieta, qué te espantas?

D. ANGELA.

Noramala para tí.
¡Qué torpe y desaliñada!
Si pudiera deslucirme
algo á mí, fuera tu maña.
Tres tocados son con este,
los que hoy has errado.

JUANA.

Aguarda,
verás, si tengo disculpa.

D. ANGELA.

¿Qué disculpa, mentecata?

JUANA.

Estarte viendo, señora,
dentro de tu espejo, y tanta
es la suspension, de ver
tu hermosura, que admirada,
no es posible, que te acierte
á servir.

Indias para mi señora Doña Beatríz, puesto en quiebra, ha faltado de esta Ciudad: y ahunque dexa algunos efectos, no tan corrientes, que no necesite de mucha diligencia su cobranza. Remitidme poder, noticias y papeles, para que yo:::

No leo mas; porque me quiebra
el corazon, que sea tanta,
Beatríz, tu poca fortuna,
que lo mas y menos hayas
de necesitar de otro.

D. BEATRIZ.

No, señor, extremos hagas:
que tu menor sentimiento,
será mi mayor desgracia.

D. ALONSO.

¡Cómo no! A Sebilla he de ir,
que no es para encomendada
esta dilígencia, á quien
le duela menos la falta
de tus aumentos.

D. BEATRIZ.

¿Señor:::? *arrodillase.*

D. ALONSO.

¡Qué haces! Del suelo levanta.

D. BEATRIZ.

Será en vano: y no me tengo

de levantar de tus plantas,
sin que, besando tu mano,
me dés con ella palabra,
de que no te ha de costar
de esa hacienda la cobranza
el menor desasosiego.
Pierdase todo; que nada
importa con tu quietud.
No el que sea desdichada
en lo menos, consecuencia,
de serlo en lo mas, se haga,
aventurando, señor,
tu salud, tu edad, tus canas
por mí; que, quando á mi estado
no le quede otra esperanza,
para entrarme en un Convento,
mis pobres joyuelas bastan.
La mayor fineza sea,
el cuidar de tí yo.

D. ALONSO.

Basta,
basta el ruego, Beatriz; que es
con tan nueva circunstancia,
que ruega uno y manda otro:
pues con las mismas palabras,
lo contrario, que me ruegas,
parece, que me lo mandas.
Fuera de que es bien, que sepas,

que de esa quiebra me alcanza
no pequeña parte á mí;
que no quiero, que obligada
quedes al cargo de todo.
Y asi, mientras la jornada
dispongo, y el modo ajusto,
en que ha de quedar mi casa,
(bien, que, quedando tú en ella,
nadie, Beatríz, hace falta)
habré de valerme de este
caballero, que con tanta
fineza en tí de tu padre
vivas las memorias guarda. *vase.*

D. ANGELA.

Mucho me pesa, Beatríz.
Por cierto, no te faltaba
mas ahora, que ser pobre.
Pero vive en confianza,
de que no te faltarémos,
yo y el que su estrella guardá
con la dicha de mi esposo;
pues no dudo:::

D. BEATRIZ.

¿Qué?

D. ANGELA.

que trayga
tu remedio, sí, en algun
escudero de su casa. *vase.*

D. BEATRIZ.

Guardete el cielo por tanto
favor. No en vano fiada
en tí vivo yo; y no en vano
quiere, ay infelíz, tirana
esmerarse mi fortuna,
hasta ver, adonde alcanza
el sufrimiento en un pecho,
y el sentimiento en un alma.
Pero de muy baxos medios
se vale esta vez, si trata
de acrisolar mi paciencia;
porque, contra mi constancia
no es el interés exámen,
sin ver, que teniendo armas
en mí contra mí tan nobles,
tan generosas é hidalgas,
como mi propia memoria,
de las civiles se valga.
Y, para que de una vez
desengáñe su ignorancia,
y sepa, de quáles puede
usar con mayor ventaja,
he de acordarselas todas.
Yo, fortuna:::

Sale Juana.

JUANA.

Una tapada

de buen arte, al parecer,
afligida, ha entrado en casa,
y preguntando por tí,
licencia, de hablarte, aguarda.

D. BEATRIZ.

¡A mí, quién puede ser! Pero
mujer y afligida basta.
Dilá, que éntre.

Sale Doña Leonor con manto.

D. LEONOR.

¿Podré hablaros
á solas?

D. BEATRIZ.

Sí. Salte, Juana,
allá fuera.

JUANA.

A que es, señora,
envestidura, apostára
la vida.

D. BEATRIZ.

¿Por qué?

JUANA.

Porque hay
mil de estas estrafalarias,
que, á título de limosna,
se estofan, de lo que estafan. *vase.*

Ya estoy sola: bien podrá,
señora, decir qué manda.

D. BEATRIZ.

Que me dés, Beatríz, los brazos.

D. LEONOR.

¿Leonor mia? ¿Pues qué causa
hay, que te oblígue á venir
de esa suerte?

D. BEATRIZ.

Oye y sabrásla.

D. LEONOR.

Al despedirnos anoche,
me dixiste, que deseabas,
en fé de la inclinacion,
que se ha confrontado en ambas,
desahogar tus desazones
conmigo, y tan obligada
quedé á que quieras de mí
hacer esta confianza,
que no vi la hora, de verte.
Y, como si destapada,
á pagarte la visita
viniera, era cosa clara,
que me habia de asistir
Angela, de quien recatas
tus sentimientos; y, puesto,
que dixiste, que te holgáras,
que habláramos sin escucha,

quise, habiendo esta mañana
ido á sacar á la Puerta,
Beatríz, de Guadalaxara,
un vestidillo, dexando
á la vuelta una criada,
con quien salí, no perder
la ocasion, sino lograrla,
ahunque de paso: y asi,
pues no saben, con quien hablas,
mira, en qué puedo servirte.
¿Qué me quieres? ¿Qué me mandas?
Fiarte de mí, bien puedes:
y si quieres, que mis ansias,
que tambien de anoche acá
hay novedad en mis causas,
quiten el miedo á las tuyas,
lo haré, aceptando la paga,
antes que la obligacion:
pues, si en mi temor reparas,
quizá te he menester mas
yo á tí, que tú á mí. Esto basta,
que te diga por ahora. *llora.*

D. BEATRIZ.

Mas que tus labios me callan,
tus ojos, Leonor, me dicen.

D. LEONOR.

¿Pues qué esperas? ¿Pues qué aguardas,
para decirme tus penas,

si me vés llorar? Pues nada
te empeña mas; en decirlas,
que el ver; que sabré llorarlas.

D. BEATRIZ.

Ahunque es verdad, Leonor mia,
que la ocasion deseaba
de comunicar contigo
un cuidado, se adelanta
tanto tu pena á mis penas,
que he de rogarte, me hagas
el favor, de hablar primero.

D. LEONOR.

Si es tomarme la palabra,
de que mis ansias, Beatríz,
el paso á las tuyas abran,
yo lo haré. Sabrás, ay triste,
que libre, altiva y ufana,
burlando imperios de amor:::
¡La voz parece que extrañas!
Pues no la extrañes, Beatríz;
que, si he de contar mis varias
fortunas, fuera tibieza
en mí, dexar de contarlas;
pues fortuna sin amor,
no es mas, que cuerpo sin alma.
Burlando, digo otra vez,
imperios de amor, ufana,
altiva y libre vivia

quando su deidad tirana,
ofendida, de que fuese
yo la exepcion de sus armas
las que contra otras por uso,
tomó contra mí en venganza.
Don Luis, el mayor amigo
de mi hermano, con la entrada
que el serlo le permitia
á todas horas en casa,
y con el digno pretexto
de esposo, medios y trazas
buscó, de que yo entendiese
las mudas cifras del alma.
No fueron dificultosas;
que mi hermano, en su alabanza
siempre hablando, me quitó
el cuidado de estudiarlas.
Dexo aqui, por no cansarte,
papeles, ruegos, criadas,
rexas, noches; y voy solo,
á que, en fé de la palabra
de esposo, empeñé el cariño,
en cuya tranquila blanda
paz, viento en popa, de amor
sulqué los pielagos, hasta
que los embates de zelos
levantaron la borrasca.
A Angela tu prima adora,

y no tan solo me agravia
en la parte del afecto,
á quien tan ingrato falta;
pero en la parte tambien,
de que mi hermano la ama,
y, su competencia, temo,
que pase á mayor desgracia,
si es que se encuentran los dos;
porque sé, que Felix anda
buscandole desde anoche,
para decirle sus ansias.
De suerte, que entre mi hermano
y amante, sobresaltada
es fuerza vivir, temiendo
el todo y la circunstancia.
Y asi vengo á suplicarte,
pues, como ladron de casa,
es fuerza estár á la mia
de lo que pasa y no pasa,
procures con tu cordura
tu entendimiento y tu maña,
haciendo, que Angela á entrambos
cierre el paso á la esperanza,
desviar aqueste empeño,
que á dos lances amenaza
mi vida; pues de qualquiera
suerte soy, á quien alcanzan,
ú de Felix las ofensas;

en mi casa y en mi pecho,
que solo una cortesana
galantería, en que hicieron
lo medido en las palabras,
y lo atento en las acciones
alarde, sobre su gala,
de su ingenio y su nobleza,
es el que (la voz me falta)
me debió el primer afecto,
sin presumir, que pasára,
ni nunca pasar pudiera
del primer afecto, hasta
que repetida la vista
de esa calle viva estatua,
reconocí de mi prima
el galantéo. ¡Mal haya
pasion tan incorregible;
que, quando, quien es, recata,
para que diga, quien es,
es menester maltratarla!
En fin viendo, quanto vive
imposible mi esperanza;
pues tan desfavorecida
el cielo quiere, que nazca
de meritos y caudales,
y todo, Leonor, me falta,
lo que decirte queria,
era lo primero, me hagas

favor de que esta pasion
nunca de tu pecho salga;
pues mejor es, que se esté
oculta, que desayrada:
y lo segundo, que tú
le diviertas y disuadas
del empeño de mi prima,
pues razones tiene hartas,
que desagraden de ella;
y para que consolada
viva yo, mira á qué baxo
partido se dán mis ansias,
que el no verle galan de otra,
para consuelo me basta.

D. LEONOR.

Una hermosura, Beatríz,
á las dos ofende. Haya
contra la hermosura ingenio.
Veamos quién puede mas.

D. BEATRIZ.

Baxá
la voz, y hablemos mas quedo,
que está Angela en esa quadra.

Salen Don Antonio y Don Luis.

D. ANTONIO.

¡Qué á entrar os atreveis!

D. LUIS.

Sí;
que viendo, que no está en casa
Don Alonso, pues le he visto
fuera, quiero, á la criada,
que os dixe, dar un papel.

D. ANTONIO.

Pues yo me quedo á la entrada,
para hacer alguna seña,
si algo viere. *retírase.*

D. LUIS.

Ahunque me enfada
Don Antonio, en haber sido,
quien dicho á Don Felix haya
mi amor, porque uno ni otro
presuman, ya que no caygan,
donde fue, donde lo oí,
no es justo, darme de nada
por entendido, hasta que él
se declare, á cuya causa
no he querido, que me halle
esta noche, porque añada,
dando á Isabél un papel,
siquiera esta circunstancia,
de que estoy mas empeñado,
que él.

D. BEATRIZ.

Encubrete. ¿Quién anda

aqui?

D. LUIS.

Con Beatríz he dado.

D. LEONOR.

¡Ah tirano! ¡Quién pensára *tapase.*
que aqui habia yo de verte!

D. LUIS.

Quien::: si::: quando::: vos::: El habla
se me ha turbado en el pecho. *ap.*

D. ANTONIO.

Turbadose ha. ¡Quién hallára *vale.*
disculpa!

D. BEATRÍZ.

¿Pues no decís,
qué buscais?

D. ANTONIO.

A una criada
buscando venimos. ¿Qué,
el decirlo, os embaraza?

D. LUIS.

¡Qué decís!

D. ANTONIO.

El caso es,
(quiera Dios, que con bien salga)
que en la casa que servia
antes de ésta, que es la casa
de una deuda del señor
Don Luis, de joyas y plata

se hizo un grande hurto, y ella
dixo, que aquella mañana
vió un hombre salir, estando
asomada á una ventana,
y que le conoceria,
si le viese.

D. LUIS.

¿Hombre, qué trazas?

D. ANTONIO.

Hase prendido un ladron
con mil preciosas alhajas,
y, para que reconozca,
si es el que vió, y si de tantas
son de su señora algunas,
me ha encomendado la Sala,
como Oficial que soy de ella,
que un requirimiento la haga.
El señor Don Luis corrido,
por ser criminal la causa,
de que vos sepais, que él
en la diligencia anda,
que al fin pensó, que, sin veros,
fuera posible, el hablarla,
se ha embarazado; mas yo,
á quien nada le embaraza,
doy testimonio, de que
buscamos á la criada.

D. BEATRIZ.

Está bien, y la que es
tambien sé. ¿Isabél?

Sale Isabél.

ISABEL.

¿Qué mandas?

D. ANTONIO.

Vive Dios, que lo ha creído.

D. LUIS.

Conforme á lo que la llama.

D. BEATRIZ.

Ponte el manto; que con esos
señores, fuerza es, que vayas.

ISABEL.

Pues yo, señora, qué culpa
tengo en qué:::

D. BEATRIZ.

No digas nada.
Vé, y ponte el manto; y los dos,
pues yo permito llevarla,
sea, donde no tengais,
que volver aquí, á buscarla.

D. LUIS.

No lo creyó mucho. Ved:::

D. BEATRIZ.

No mas.

D. ANTONIO.

que nosotros:::

D. BEATRIZ.

Basta;
que ha de ir con los dos.

D. LEONOR.

¡No sé
cómo reprimo mi rabia!

Salen al paño Don Felix y Roque.

ROQUE.

¿Señor, qué intentas?

D. FELIX.

Si yo
le ví entrar, y veo que tarda,
¿por qué, á lo que él se atrevió,
no me atreveré yo?

ROQUE.

Aguarda;
que aquí está él, Don Antonio,
y Beatríz y una tapada.

D. FELIX.

Oye pues.

Sale Doña Angela.

D. ANGELA.

¿De quando acá
despides tú á mis criadas?

Beatríz? ¿Son tuyas ó mias?

D. BEATRIZ.

Tuyas.

D. ANGELA.

¿Pues cómo las mandas?

D. BEATRIZ.

Como esos señores vienen
por ella, y es cortesana
accion, que por ella no
tengan que volver.

D. ANGELA.

Si tanta
gente creyera que habia,
no saliera descuidada,
porque hoy solo me toqué
para el gasto de mi casa.

D. FELIX.

¡Qué será esto!

ROQUE.

Qué sé yo.

D. LUIS.

¡Qué beldad tan soberana!

D. FELIX.

¡Qué peregrina hermosura!

D. ANTONIO.

Si os enojais, de que salga
la criada, mejor es,
ahunque se pierda la instancia,

el que nos vamos sin ella.

D. LUIS.

Decís bien; vamos.

D. LEONOR.

¡Qué ansia!

Al irse hallan á Don Felix.

D. LUIS.

¡Don Felix, vos aquí!

D. FELIX.

¿Pues
qué os admira? ¿Qué os espanta,
si vos estais, que esté yo,
y quizá con mejor causa?

D. LEONOR.

¡Mi hermano!

D. BEATRIZ.

Ya es otro el riesgo.
¡Don Felix aquí!

D. ANGELA.

¿Qué extrañas,
si el uno por Isabél,
que venga el otro por Juana?

D. LUIS.

¡Por qué mejor!

D. FELIX.

Porque tengo
la que teneis, á que añada

la de veniros buscando,
por tener una palabra,
que hablar con vos.

D. LUIS.

Quien me busca
en parte tan excusada,
no como amigo pretende,
que responda.

D. ANTONIO.

¡Cómo se hablan
los dos así! Pues Don Luis,
Don Félix, ¡qué es esto!

LOS DOS.

Nada.

D. ANGELA.

¡Qué bueno será ver, cómo
los que se mueren, se matan!

D. FELIX.

Yo tengo, que hablaros.

D. LUIS.

Yo,
que responderos.

D. LEONOR.

¡Turbada
estoy!

D. BEATRIZ.

Ved, mirad:::

D. FELIX.

De aqui
salgamos; que de las damas
buenas campañas no son
los estrados.

D. LUIS.

¿Pues qué aguarda
vuestro valor?

Al irse, sale Don Alonso.

D. ALONSO.

¡Cómo es eso
de estrados, y de campañas
en mi casa! ¡Cómo:::!

D. FELIX.

¡Bravo
empeño!

D. LUIS.

¡Desdicha extraña!

D. BEATRIZ.

Muerta estoy.

D. ANTONIO.

Roque, ¡qué es esto!

ROQUE.

A esto, señor mio, llaman,
quando pierden los fulleros,
caerse acuestas la casa.

D. ALONSO.

¡Aqui tanto atrevimiento!
¡Nadie responde, ni habla!
¡Qué es esto, digo; y qué::!

D. ANGELA.

Yo
lo diré en quatro palabras.

D. BEATRIZ.

Ella ha de echarlo á perder,
si lo dexo á su ignorancia.

D. ANGELA.

Aquesos dos caballeros
enamorados, me:::

D. BEATRIZ.

Aguarda;
que, si no estabas aqui,
¿has de saberlo?

D. ANGELA.

Pues tanta
dificultad hay, en que
enamorados:::

D. BEATRIZ.

Sí: calla;
pues no lo viste. Señor,
estando yo en esta sala,
que Angela estaba allá dentro,
aquella mujer tapada
huyendo se entró, diciendo,

que su honor y vida estaba
á riesgo, y que por mujer
la favorezca y la valga.
Tras ella esos caballeros,
y los que los acompañan,
entraron, y por la cuenta,
segun el lance declara,
el uno es, el que la ofende,
y el otro es, el que lo ampara.
Puseme delante de ella;
y al verme, sin que la espada
sacasen, á mi respeto
tubieron atencion tanta,
que dixo uno: Pues llegó
esa fiera, esa tirana
enemiga al soberano
sagrada de vuestras plantas,
él la asegure: á que el otro
dixo: Pues ya asegurada
queda ella, ahora podemos
los dos de nuestra demanda
ajustar en otra parte
el duelo, que de las damas
buenas campañas no son
los estrados. ¿Pues qué aguarda
vuestro valor? dixo el otro:
con que volver las espaldas,
quedarse ella, y entrar tú,

fue uno; y esto es lo que pasa.

D. ANGELA.

Oyga, ¡qué no era por mí
la pendencia!

D. ANTONIO.

Aquesta dama *á Roque.*
tan bien miente como yo.

ROQUE.

Y ahun mejor.

D. ALONSO.

Ahunque no basta
para el supremo decoro,
que se le debe á mi casa,
haber de su atrevimiento
sido esa, Beatríz, la causa,
el respeto que han tenido
á tu persona, me ataja
mucha parte de la ira.

D. FELIX.

Si hubiera de nuestra saña
sido eleccion, por ser vuestra,
tubierais, en que fundarla;
mas, si el acaso ó el miedo
se la dierou á esa ingrata,
quien sin eleccion elige,
enoja, pero no agravia.

D. ALONSO.

Tambien aquesta razon

admito, para que haya
otra mas, que me disculpe,
no echaros á cuchilladas
de mis umbrales. Señora, *á Leonor.*
(mude estilo mi templanza,
que de hombres á mujeres
son las frases muy contrarias)
de lances de amor y zelos,
mozo fui, (nada me espanta.)
Ya en mi casa entrasteis, ya
es Beatríz la que os ampara,
á cuya cuenta correis.
Ved, ¿qué quereis, que yo haga,
ó qué quereis hacer?

D. LEONOR.

Esto.

Vase llevandose del brazo á D. Luis.

D. LUIS.

A mí me dice, que vaya
con ella. ¡Quién será, cielos,
esta mujer, que me saca
de igual trance!

D. ANTONIO.

Con él vine:
con él he de ir.

Vase con Don Luis.

D. ALONSO.

Hasta que haya
alejadose de aqui,
que no podais alcanzarla,
no habeis de salir.

D. FELIX.

No haré,
pues, el mandarlo vos, basta.

D. ALONSO.

Angela, Beatríz, tenedle,
mientras que yo á mirar salga,
si se ha perdido de vista. *vase.*

D. FELIX.

¡Quién vió, ni prontitud tanta
en un fracaso, ni en una
desdicha atencion mas sabia!

ROQUE.

¡Eso admiras! ¡Qué mujer,
señor, no nació dotada
en mentira infusa!

D. BEATRIZ.

Cuerda *ap.*
andubo Leonor, pues salva,
el ser conocida, dando
fuerza al engaño.

D. ANGELA.

¡Que nada
de quanto tú viste, viese!

D. FELIX.

¿Cómo acudirá, quien se halla
con poco tiempo, y con dos
obligaciones á entrambas?
Una es, Angela divina,
hacerte cargo de tantas
finezas, como me debes;
otra es, darte á tí las gracias,
discreta Beatríz, de tantos
riesgos, como me restauras:
y pues á una y otra deuda
razon sobra, y tiempo falta,
supla una y otra, arrojarme
igualmente á vuestras plantas;
á tí, por lo que me libras,
y á tí, por lo que me matas.

D. ANGELA.

¿Es eso lo que os quedó,
que decir á la tapada,
que fue con el otro?

D. BEATRIZ.

Poco
os debe atencion, que iguala
ningun agradecimiento.

D. FELIX.

¿Qué quereis, si hay quien la arrastra?

D. BEATRIZ.

¡Qué he de querer! Mas si fuera

mia, yo la domeñára
á que lo primero fuera
lo primero.

D. FELIX.

¿Hubiera trazas
para eso?

D. BEATRIZ.

Querer quererla.

D. FELIX.

¿Y dime, quererla, basta?

D. BEATRIZ.

No; mas dispone.

D. FELIX.

No hay
dispuesta materia, que arda,
si está en otra parte el fuego.

D. BEATRIZ.

Irla acercando la llama.

D. FELIX.

Cerca está, pero no prende.

D. BEATRIZ.

Luego es consecuencia clara,
que no está dispuesta; y pues
disponerla, es aplicarla.

D. FELIX.

Decid, sin que mas os cueste,
el cuidado de guardarla,
que hoy os quiero, sin teneros

cuidadosa.

D. BEATRIZ.

Todo pára,
en resolveros, Don Felix,
á no volver á esta casa;
que no hay para cada dia
un engaño, una tapada,
ni un deseo de la enmienda
á atrevimientos, que agravian
mas, que imaginais, no solo
á ella, á Angela, á su fama,
á mi tio y á mí. ¡Pero
á quien::! No sé:::

D. FELIX.

No vaya
con tal duda. ¿A quién decís?

D. BEATRIZ.

Preguntadlo á la tapada;
pues ella lo sabe, y ella
os lo dirá.

D. FELIX.

¡Duda extraña!
¡Ella lo sabe!

D. BEATRIZ.

No sé;
y sí sé.

D. FELIX.

En voces contrarias

respondeis?

D. BEATRIZ.

Sí.

D. FELIX.

Mal podré,
sin conocerla.

D. BEATRIZ.

Buscadla.

D. FELIX.

No sé á dónde.

D. BEATRIZ.

Yo tampoco.
Pero ella:::

Sale Don Alonso.

D. ALONSO.

Pues ya se alargan,
idos, caballero, y ved,
ya que fue la prisa tanta,
que dió aquella dama, á irse,
que no hubo lugar, de que haga
amistades, que debiera,
que salis de aquesta casa,
y correrá por mi cuenta
qualquier disgusto ú desgracia,
que de este duelo resulte.

D. FELIX.

Yo os doy, señor, la palabra;

porque fue lance rifado,
sin empeño de importancia,
que por aquella mujer
segundo duelo no haya.

D. ALONSO.

Oíd: dexar lo que os dexa,
es la mas cuerda venganza.
Id con Dios.

D. FELIX.

Guardeos el cielo.
¡Qué es lo que llevo en el alma,
que con sentirlo, lo ignoro!

ROQUE.

¿Pues qué ha sido?

D. FELIX.

Unas palabras
tan confusas á una luz,
á otra luz tan cortesanas,
que, viendo á Angela, el oirlas,
me divirtió, de mirarla. *Vanse.*

D. ALONSO.

Si cerradas estas puertas
estubieran, no se entráran
acá tales alborotos.

D. BEATRIZ.

Descuido fue.

D. ALONSO.

No faltaba

mas, que era andarme yo ahora,
si mas el lance durára,
ajustando duelecitos
de melenas y tapadas.
Entraos las dos allá dentro.
Mas oyé, Beatríz.

D. BEATRIZ.

¿Qué mandas?

D. ALONSO.

La jornada corre prisa:
ya ves, que la ropa blanca
dice, quien es cada uno,
mayormente en las posadas.
Si menester fuere alguna,
te ruego, esta tarde salgas,
á prevenirla. *vase.*

D. BEATRIZ.

Saldré,
señor, de muy buena gana
esta tarde por tí. ¿Vienes,
Angela?

D. ANGELA.

Sí: que embobada
me he quedado de saber,
que, los que á una mujer aman,
riñen por otra.

D. BEATRIZ.

¿Qué quieres?

Como eso en el mundo pasa.
No hay, sino:::

D. ANGELA.

¿Qué?

D. BEATRIZ.

Aborrecer
á los dos.

D. ANGELA.

Desde mañana
(porque hoy tengo, que hacer unos
lazos) verán, que no tratan
de mas, que de aborrecerlos
mis tres sentidos del alma. *vase*

D. BEATRIZ.

Sí; que las cinco potencias
estarán muy ocupadas;
que aborrecer y hacer lazos,
son dos cosas muy contrarias. *vase.*

Salen Doña Leonor, Don Luis y D. Antonio.

D. LEONOR.

Que me conozca no quiero, *ap.*
Don Luis; y cómo podré
tomar el coche, no sé.
Pues ya os serví, caballero,
no habeis de pasar de aquí.

D. LUIS.

¿Cómo, obedeceros, puede

mi obligacion, sin que quede
por deudor á quien debí
haberme dado, no digo
la vida; porque es menor
dádiva, que fue el honor
de una dama? Y, si consigo
dexarla por vos segura
del riesgo, que amenazó
su opinion, pues, ahunque no
fue cómplice su hermosura
del atrevimiento mio,
siempre las mujeres son
deudoras de la opinion
en qualquiera desvarío
de los hombres, ¿cómo puedo
condenarme, á no saber,
á quien lo he de agradecer?

D. ALONSO.

Poco convencida quedo
de la razon, que me dais:
(disfrazar en vano intento
el habla y el sentimiento)
pues vos á mí no me estais
en obligacion ninguna;
que hallandome acaso alli,
y empeñada, quando ví,
que en tan deshecha fortuna
Beatríz de mí se valia,

¿que hice de su fingimiento
en ayudar el intento,
pues asi como asi, habia
yo de salirme de alli?

D. LUIS.

Sí. Pero villano indicio
fuera, quando el beneficio
viene á resultar en mí,
el no agradecerle yo.

D. LEONOR.

Pues supuesto que quereis
agradecerle, podreis
con una accion.

D. LUIS.

¿Qué es?

D. LEONOR.

Que no
me sigais mas.

D. LUIS.

Eso es
haber, señora, querido
que el ser desagradecido,
me cueste, el ser descortés,
Pues si de vuestra porfia
vencerme, señora, intento,
falto al agradecimiento,
por ir á la cortesía.

Y á dos afectos rendido,
ya que uno forzoso es,
mas quiero ser descortés,
que no desagradecido.
Quien sois, me decid, si ya
otro bien quereis hacerme.

D. LEONOR.

Quizá os pesará, de verme.

D. LUIS.

Quizá no me pesará.
Sepa pues, quien sois, por Dios.

D. LEONOR.

Estoy, porque lo sepais,
no mas de porque añadais
otro defecto á los dos.

D. LUIS.

¿Qué defecto?

D. LEONOR.

Mal, cruel
pasion, cubrirte he querido.
No sé, si el de fementido,
falso, ingrato, aleve, infiel,
mal caballero, y villano.

D. LUIS.

La causa no alcanzo.

D. LEONOR.

¿No

quereis verla?

D. LUIS.

Sí.

D. LEONOR.

Pues yo
soy. ¡Ay de mí! ¡Mi hermano!

Al descubrirse á Don Luis, salen Don Felix y Roque, y ella se retira.

D. LUIS.

¡Quién vió empeño mas cruel!

D. LEONOR.

De aqueste portal pretendo
valerme. Ved, que estoy viendo
quanto os pasáre con él,
y que, si no pensais modo
para dexar reñir,
me tengo de descubrir,
y hemos de acabar con todo.

D. FELIX.

La tapada, á quien siguió
Don Luis, al ver, que he llegado,
á un portal se ha retirado.

D. ANTONIO.

¿Qué debo hacer ahora yo, ap.
hallandome entre los dos,
puesto que, de ambos amigo,

á uno falto, si á otro obligo?

D. LUIS.

¡Qué de hacer; valgame Dios,
entre Felix y Leonor, ap.
quando creciendo recelos,
á empeño de amor y zelos,
se va añadiendo el de honor!

D. FELIX.

Y pues lo quiso mi estrella,
que los alcance, sabrás,
Roque, que me importa mas,
que imaginas, conocella.
Y asi, ahunque me veas reñir,
no cuides de mí:::

ROQUE.

No haré.

D. FELIX.

sino tras ella te vé;
adonde quiera, que ir
la vieres.

ROQUE.

No he menester
yo tan grande diligencia,
como huir una pendencia,
para ir tras una mujer.

D. FELIX.

Huelgome haberos hallado

tan presto.

D. LUIS.

A mí no me pesa.

D. ANTONIO.

A mí, sí; que de las burlas,
me sé pasar á las veras.
Ninguno empuñe la espada,
sin mirar la diferencia,
que hay para sacarla, quando
suceden las contingencias
entre amigos ó no amigos,
ó el que la sacáre, entienda,
que me halle al lado del otro.

D. LUIS.

Yo no la sacaré en esta
ocasion; que habiendo oído,
que hay campañas, mal hiciera
en sacarla, y mas adonde
hay, quien impedirlo intenta.

D. FELIX.

Si lo dixe, ¿á qué mas puede
obligarme, que ir á ella?

D. LUIS.

Pues guiad, donde nó haya
testigo, que lo defiendan.

D. ANTONIO.

Ni guieis vos, ni vos sigais,
sin que primero se advierta,

que, antes que allá hable el acero,
lo puede aqui hacer la lengua.
¡Qué se ha de contar mañana
de que dos hombres, que eran
amigos ahier, hoy riñen,
y mas por cosa tan ciega,
como el amor de dos dias!
Pues, para que reñir deban
dos amigos, ha de ser
tan reservada materia,
que, á mas no poder, se esté
honestada por sí mesma.
Visteis una dama vos:::

D. FELIX.

Y rendido á su belleza,
confieso, que la dí el alma.

D. ANTONIO.

¿Pues adónde está la quexa
de que á otro, lo que á vos
os aconteció, aconteźca?
¿Teneis vos algun favor?

D. LUIS.

Ni amago de que le tenga.

D. ANTONIO.

¿Pues dónde está la esperanza,
que mas que un amigo pesa?
Volved, necios, en vosotros,
y ya que la accion suspensa,

si no capitúla paces;
por lo menos, firma treguas;
decidme vos: ¿sois amigo
de Don Felix?

D. LUIS.

De manera,
que diera por él mil vidas.

D. ANTONIO.

¿Vos de Don Luis?

D. FELIX.

Nada precia
mas, que su amistad, el alma,

D. ANTONIO.

Pues puesto que el reñir fuera
ya para enemigos tarde,
y para amigos apriesa,
hayamonos á razones,

D. LUIS.

Yo confieso, que si hubiera
sabido antes de Don Felix
la pasion (esto me mueva
estarlo oyendo Leonor)
de la mia desistiera;
porque en mí no ha sido mas,
(¡que haya de ser eso fuerza!
mas paguelo el gusto, y no
la obligacion de sus prendas)
que el capricho de saber,

hasta donde la soberbia
llegaba de una hermosura
tan vana:;;

D. FELIX.

Yo no pudiera
desistir ya de la mia,
ahunque supiese la vuestra:
Con que arguye la ventaja
que hay, si bien se considera,
de amor á capricho,

D. LUIS.

Hay,
que no es la ventaja esa.

D. ANTONIO.

¿Luego, si no enamorado
estais, y él lo está, compuesta
está la qüestion?

D. LUIS.

No está:
que hay segundo duelo en ella,
que satisfacer.

D. ANTONIO.

¿Qué duelo?

D. LUIS.

Que, siendo la vez primera,
que su amor supe, en su casa
de Angela, buscarme en ella
tan desatento, y decir,

que los estrados no eran
campañas, me obliga; á que
nadie que lo oiga, crea,
que doi la satisfaccion,
que solo doy por quererla,
dar, al temor y no:::

D. ANTONIO.

Oíd:
Quien nunca, Don Luis, dió muestras,
de que sabia reñir,
riña, siempre que se ofrezca.
Mas, quien sentó su opinion
tanto, como vos la vuestra,
dexe de reñir; que mas
airoso, que el otro, queda
quien, saben todos, que sabe
reñir, y de reñir dexa;
porque quiere acompañar
el valor de la prudencia.
¿Quereislo mejor? ¿Don Felix,
pensárais vos, que pudiera
nunca dexar de reñir
Don Luis por miedo ó flaqueza?

D. FELIX.

Y si otro lo pensára,
le matára en su defensa.

D. ANTONIO.

¿Creyerades vos, Don Luis,

que si una cosa sintiera
Don Felix, dixera otra?

D. LUIS.

No; de ninguna manera.

D. ANTONIO.

Pues si uno no lo pensára,
y si otro no lo creyera,
vive Dios, que será un ruin,
quien mal de este duelo sienta;
y vuelvome á mi principio.
Donde hay amistad, no hay tema.
Finezas atropelladas
son algo mas, que finezas.
Si á un amigo no se sufre
tal vez una impertinencia,
¿á quién se ha de sufrir? Daos
á buenas, y de su estrella
siga el rumbo, el que no puede
no seguirle, y el que llega
á verse allí superior,
palabra:::

D. LUIS.

Tened la lengua.
Palabra no la he de dar.
Baste, que de Angela bella
nunca he estado enamorado.
Quien me entendiere, me entienda.

D. FELIX.

Dexadme echar á esas plantas,
y ved, si quereis á ellas
una y mil satisfacciones.

D. LUIS.

Haberla dado quisiera
mas, que admitirla.

D. LEONOR *al pasar.*

Un zeloso,
qualquiera, que escucha, aprecia. *vase.*

D. LUIS.

Resolvió salir Leonor, *ap.*
en viendo, que Felix queda
ya asegurado; con que
tambien yo lo quedo, en que ella
vaya, sin ser conocida.

D. FELIX.

¿La tapada no es aquella,
que supuso Beatríz?

D. LUIS.

Sí.

D. FELIX.

Pues ya que la competencia
volvió á su amistad, á Dios;
que me importa conocerla.

D. LUIS.

Eso no; conmigo vino
tan recatada y cubierta,

que con haber sido yo
el que eligió, no me ruega
mas, de que no la conozca;
y no es justo, si desea
encubrirse, que dé á otro,
de descubrirla, licencia;
y antes, para asegurarla,
que nadie seguirla intenta,
por esotra parte habemos
de irnos.

D. FELIX.

Vamos norabuena.

D. ANTONIO.

Sea, por un solo Dios,
donde no hablemos de veras;
que me teneis mareado,
casi vencido, á que crea,
si hay zelos, ó si hay amor.

D. FELIX.

Preguntaselo á mis penas.

D. LUIS.

Mejor pudiera á las mias.
¡Mal haya eleccion, que empeña
á obligaciones, donde haya
de quedar el gusto en prendas!

D. FELIX.

¿Roque?

ROQUE.

Ya entiendo. El cuidado
pierde, de que se me pierda;
que desde que del portal
la ví salir, ojo alerta,
su guarda he sido de vista.

D. FELIX.

Pues siguela, hasta que sepas,
dónde vive, y quién es. Cielos,
haced, que el enigma entienda,
que á ella remite Beatríz. *Vanse los tres.*

ROQUE.

Ya dá á la calle la vuelta.
Alargo el paso, á alcanzarla,
no, entrandose en otra puerta,
me dé con el trascanton.

Salen Inés y Doña Leonor tapadas.

INES.

¿Era hora, de que vinieras?

D. LEONOR.

Vén; que hay mucho, que contarte. *vans.*

ROQUE.

Con otra tapada encuentra,
y mano á mano las dos
entran en la calle nuestra,
y ahun en nuestra casa. ¡Cómo
es esto! Bueno es, que tenga

mi amo contratado ya,
que á casa á buscarle venga,
y me haga á mí, que la siga:
si ya no es, que ella pretenda
darme el trascanton en casa.
Pero no: por la escalera
sube, y á la puerta llama,
qual pudo en su casa mesma.
Volveré, á buscar volando
á mi amo; que es bien, sepa
la visita, que le aguarda,
y la suma diligencia,
que la casa me ha costado. *vase.*

Salen Doña Leonor é Inés, quitandose los mantos.

D. LEONOR.

Quitame este manto apriesa;
que ahunque no importaria, Inés,
el que mi hermano supiera,
que fui en casa de Beatríz,
importa, que no lo sepa
por circunstancias, que hubieron
de obligarme, á que por fuerza
me amparase de un portal,
en que él me vió.

INES.

Pues ya quieta,
y segura estás, ¿no puedo

saber, qué ha habido?

D. LEONOR.

Oye atenta.
Llegué á casa de Beatríz::: *llaman.*
Mira, quién llama á esa puerta.

INES.

Mas parece invocacion,
que no relacion aquesta;
que es ella misma, señora.

Sale Doña Beatríz con manto.

D. LEONOR.

¡Qué dices! ¡Qué es esto, bella
Beatríz! ¡Tan presto me pagas
la visita, que ahun apenas
he llegado, quando ya
te dió cuidado la deuda!

D. BEATRIZ.

Dixome, Leonor, mi tio,
porque una jornada apresta,
que comprase no sé qué
prevenciones para ella,
mas dadas á mi cuidado,
que al suyo; y viendome fuera
ya una vez de casa, quise,
no volverme, sin que sepa,
qué te pasó con Don Luis;
que, ser bravo lance, es fuerza,

el que se hallase contigo
embarazado, al ver, que eras
tú la que de aquel empeño
le sacases.

D. LEONOR.

Ahun no cesan
ahí, Beatríz mía, sucesos,
que mas á luz de novela
parecen imaginados,
que sucedidos. Rresuelta,
á no descubrirme, estube;
porfió, en que me descubriera;
y, á sus sinrazones mas
que á sus razones atenta,
me descubrí.

D. BEATRIZ.

¡Qué diria,
al verte!

D. LEONOR.

Ahun eso se queda,
sin saber; porque al instante
mismo mi hermano:::

INES.

Y el que entra,
que parece, que tu voz
hoy mas conjura, que cuenta.

D. BEATRIZ.

¿Dónde podré retirarme;

que no quiero, que me vea,
que es hacer muy sospechosa
mi venida, sobre cierta
plática, que allá tubimos
los dos?

INES.

Pues en vano intentas,
esconderte, porque ya
te vió. *vase D. Beatríz.*

Salen Don Felix y Roque.

D. FELIX.

¡Qué es lo que me cuentas!

ROQUE.

Si no me crees, vesla alli.

D. LEONOR.

En fin, ¿no quieres, que sepa,
que eres tú?

D. BEATRIZ.

No, por Dios.

D. LEONOR.

Pues
de hallarte aqui, sin que pueda
preguntarme á mí, quién eres,
cuidado con la deshecha.
Señora, ese caballero
no vive aqui, y bien pudiera,
pues hay puerta, en que llamar,

no entrarse hasta donde:::

D. FELIX.

Espéra,
y no enojada, Leonor,
te desazones, ni ofendas
con esta dama, negando,
que vivo aqui; que si piensas,
que es tomarme en tu decoro
alguna libre licencia,
te engañas, y bien podias
tener hartas experiencias,
de quánto mis atenciones
pundonorosas respetan
los umbrales de tu quarto;
y porque no solo quexa
formes, pero aun el enojo
en agasajo conviertas;
sabe, que á esta dama débo
la vida, pues si por ella,
y el ingenio soberano
de Beatríz, Leonor, no fuera,
Don Luis, Angela, su padre,
y yo, tén por cosa cierta,
nos hubieramos perdido
esta tarde.

D. LEONOR.

¿Qué me cuentas!

D. FELIX.

Esto es para mas de espacio;
que ahora basta, que sepas,
que, el venir aqui, es la dicha
mayor, que hay que me acontezca;
pues sin saber cómo, hoy solo
ví entrar el bien por mi puerta.

D. LEONOR.

Siendo asi, trueque el estilo. ap.
Perdonad, por vida vuestra,
el no saber, que os estaba
en tan generosa deuda.

D. BEATRIZ.

Perdonadme: vos á mí,
y aqueste agrado os merezca,
el haber de recibirle,
porque es forzoso, encubierta.
¡Qué es esto, Leonor!

D. LEONOR.

No sé;
que eres la tapada: piensa
de tu casa.

D. BEATRIZ.

¿Qué causa hay,
de que por ella me tenga?

D. LEONOR.

Tampoco lo sé; mas puesto,
que por tan claro lo asienta,

alguna tendrá; y asi,
convenir con él, es fuerza.

D. BEATRIZ.

¿Y á qué he de decir, que vine?

D. LEONOR.

Tú allá en tu ingenio lo inventa.

D. FELIX.

Ahora, señora, mil veces
dexad, que á las plantas vuestras
ponga primero la vida,
que os debo, y luego con ella
el alma, de agradecido,
de excusar la diligencia,
de ir á buscaros, á cuya
causa mandé, que os siguiera
este criado; pues fue
mi suerte hoy tan lisonjera,
que supieseis vos mi casa,
al ir yo, á saber la vuestra.

D. BEATRIZ.

Bien haberte á tí seguido, *á D. Leon. ap.*
y hallarme á mí se concuerda.

D. FELIX.

Decidme, ¿qué me mandais?
Porque obedecida, tenga
la razon de suplicaros,
que me saqueis de una pena,
en que me puso Beatríz,

diciendo, que vos:::

D. BEATRIZ.

La lengua
tened; que porque veais,
que lo que allá diria ella,
es, lo que yo aqui á deciros
vengo de su parte, es fuerza
adelantar la razon,
pero más solo quisiera:::

D. FELIX.

Salte tú allá fuera, Roque.

D. LEONOR.

Inés, allá dentro te entra.

INES.

¡Secretico! No en mis dias,
sin que saberlo pretenda:::

ROQUE.

¡Caso reservado á mí!
No en mis meses, sin que quiera,
alcanzarle:::

INES.

que seria
mal contado:::

ROQUE.

Que error fuera:::

LOS DOS.

el que lo oyesen los mantos,
y no lo oyesen las puertas. *vanse.*

D. BEATRIZ.

Lo que Beatríz os diria
es, que hay, á quien ofenda,
Felix, vuestro galanteo,
ahun mas, sí, que á Angela bella,
á su padre y al honor
de su lustre y su nobleza;
y tanto, que traheis la vida
muy á riesgo de perderla;
no porque haya Angela dado
(que infamemente mintiera)
nunca ocasion, mas porque hay
tan locas pasiones ciegas,
que se empeñan, donde no
saben, en lo que se empeñan.
Un poderoso enemigo
teneis, de tantas cautelas,
que quizá hablando con vos
está, y quando mas os muestra
descubierta el alma, es quando
la tiene mas encubierta.
Yo (sea quien fuere) sé
vuestro riesgo, y por sospechas,
que pueden tocarme, en que
él os mate, y yo le pierda,
sabiendo, quanto es Beatríz
prudente, advertida y cuerda,
tapada, como me hallasteis,

me fui, á declarar con ella,
porque su ingenio pusiese
á tanto peligro emienda.
Que no bastaba, me dixo,
porque su prima era necia,
loca, vana, y tanto, que
no vé la hora, en que sucedan
por ella escandalos, que hacen
mas ruidosas las bellezas;
y que asi viniese yo,
á deciros, que ella os ruega
de su parte, que la hagais
merced, de que por sus puertas
no paseis, que sentiria
mas, Felix, vuestra tragedia,
que el deslustre de su prima.
Direis, al valerse ella
de mí, ¿cómo escojí al otro,
teniendo en esta materia,
que hablar con vos? Pero facil
me parece la respuesta,
con que quise desvelar
para con vos la sospecha
de la segunda intencion,
reservando para esta
ocasion, el declararme.
Tambien direis, que es muy nueva
cosa, hacer bien, y guardar

la cara; pues no os parezca
que no hay razon; que si yo,
Don Felix, me descubriera,
acabado estaba todo;
pues por mí facil os fuera,
que supieseis, quién es vuestro
enemigo, y error fuera,
curar un daño con otro,
pues saber basta en mis penas,
que dí el aviso á Beatríz,
y Beatríz á vos, por señas,
que os pide, que no llegueis
ninguna noche á la rexa
de la vuelta de su calle,
porque os aguardan en ella.
Con esto, á Dios, y no hagais
otra vez la diligencia,
de que un criado me siga;
pues quando el cuidado os mueva,
de saber, quién soy, Beatríz
os lo dirá; ya que es fuerza,
pues ella os remite á mí,
el que yo os remita á ella. *vase.*

D. FELIX.

Oíd, esperad.

D. LEONOR.

No la sigas;
que no es correspondencia

de un agasajo un pesar.

D. FELIX.

No quiero mas de, que sepas,
que peligros no retiran
á los hombres de mis prendas.
Vive Dios, que no ha de haber
noche, que no esté á sus rexas.

D. LEONOR.

Será gran temeridad.

D. FELIX.

Que lo sea ó no lo sea,
esto no te toca á tí.

D. LEONOR.

Pues toqueme:::

D. FELIX.

¿Qué?

D. LEONOR.

que adviertas
lo que debes á Beatríz,
pues allá el peligro emienda,
y aqui el peligro te avisa.

D. FELIX.

¿Pero qué importa, si es fea,
y entendimiento no hay,
que se iguale á la belleza?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Antonio embozado, como recatandose, Don Felix tras él y Roque.

D. ANTONIO.

No pongais tanto cuidado,
en conocerme. Ya he dicho,
que pienso, que en este puesto,
mas que os embarazo, os sirvo:
y pues no es la primer noche,
que hablar á esa rexa os miro,
no me debe de importar,
pues lo veo y no lo impido.
Llegad pues: llegad á ella;
que seguro estais conmigo,
mas que pensais.

D. FELIX.

Caballero,
los reservados motivos
de una alma, no se revelan
facilmente; ni os he visto

otra noche, sino es esta.
Por eso no he pretendido
conoceros otra noche.
Ya os ví, y no puedo conmigo
dexar de saber, quien es
de mis acciones testigo.

D. ANTONIO.

Pues no os empeñeis. Yo soy,
Don Felix.

Descubrese.

D. FELIX.

¡Qué es lo que miro!
¿Don Antonio?

D. ANTONIO.

Sí.

ROQUE.

¿Esperarás
para mañana, á decirlo;
que he estado de aquello de
pendiente el alma de un hilo?

D. FELIX.

¡Pues, Don Antonio, qué es esto!

D. ANTONIO.

Es saber vuestro peligro;
y, sin que vos lo sepais,
quise venir, á asistiros.

D. FELIX.

La fineza os agradezco;
pero no el riesgo imagino;
pues no tiene inconveniente,
quando á ninguno compito,
hablar á una dama.

D. ANTONIO.

Basta,
que disimuleis conmigo,
como si yo no supiera,
que es el ordinario estilo
de un amante cortesano,
negarse á qualquier indicio
de susto, muy en su duelo
el disimulo al amigo.
Yo sé, que en aquella calle,
centinela de vos mismo,
esperando la invasion
de un poderoso enemigo,
estais en vela á un cuidado,
si desvelado á un cariño;
y ahunque á él le ignorais, sabeis,
que en lo fatal del destino
el mas ignorado riesgo
es el riesgo mas preciso;
y asi, sin haceros cargo,
de que es la amistad servicio,
todas las noches he estado,

como veis.

D. FELIX.

Mucho os lo estimo.
¡Mas yo enemigo! ¡Yo riesgo!
¡Quién, Don Antonio, os lo ha dicho!

D. ANTONIO.

Si lo hemos de decir todo,
Roque fue, el que me lo dixo.

D. FELIX.

¿Pues tú de qué lo sabias?

ROQUE.

Si todo hemos de decirlo,
de aquella dama tapada,
á quien seguí, y en tu mismo
quarto hallaste, sin romperse
la tramoya, donde vino.

D. FELIX.

¿Pues ella contigo quando
habló?

ROQUE.

Quando habló contigo:
porque, como me mandaste,
que me saliese, á no oirlo,
á oirlo, me salí; que en fin
criados, dueñas y vecinos,
¿de qué servimos, señor,
si de acechar no servimos?
Contéselo á Don Antonio,

pretendiendo, leal y fino
te disuadiese el empeño.
Si él, en vez de hacerlo, hizo
la fineza de asistirte,
disculpado está el delito.

D. ANTONIO.

Y bien disculpado está;
pues que el barrio recojído
no está, y esta noche mas
temprano vuestro amor vino,
que otras noches. Haciendo hora,
que me digais, os suplico,
de la noche al Alba, ¿qué
diablos teneis que deciros?
Porque, quando vos hablando,
estoy yo perdiendo el juicio:
y mas, con una señora,
que, á lo que á todos he oído,
no es la sábia Fitonisa,
si ya no es que discursivo,
de lo que visteis de dia,
amante contemplativo
enamorais de memoria;
que, ahunque es un cielo divino
lo lindo de su hermosura,
¿qué importa, si anochecido,
se apaga todo, y se queda
á buenas noches lo lindo?

ROQUE.

Que enamore con linterna,
mas de mil veces le he dicho,
ó que se trayga el lampion
de Siquis y de Cupido,
con que maulero de amor,
podrá ser, que halle perdidos
en los brios de lo hermoso
los trastos de lo entendido.

D. FELIX.

¡Ay Don Antonio! Si hubiera,
(ya que en los extremos mios
para hablar esto con vos,
rodado el lance se vino)
si hubiera, digo otra vez,
de explicaros, de deciros
la novedad de un amor
tan nuevo y tan peregrino;
que dudo, que hasta hoy en otro
se haya escuchado ni visto,
no acusárais estas horas.
Antes, ay de mí, imagino,
que las tasárais á instantes,
ahunque las vierais á siglos.
Decirlo deseo, y deseo
el callarlo, porque miro
que, si lo digo, aventuro
la verdad, con que lo digo.

y si no lo digo, falto
tambien al pequeño alivio
de contarlo; de manera,
que en dos afectos distintos,
en el uno vengo á darme,
lo que en el otro me quito.
Pero entre una y otra duda,
parta la voz el camino;
pues el decirlo á vos todo,
será callarlo y decirlo.
Bien os acordais de aquel
lance, en que todos nos vimos
restados, quando Beatríz
tan rara enmienda previno;
pues no contenta, con darme
la vida que me dió, hizo,
que de intentar darme muerte,
me dé la tapada aviso.
Dixome pues de su parte
aquello de un enemigo
poderoso, á quien mi amor
ofendia. Agradecido
la empecé á estár desde entonces;
pero por el caso mismo,
que el peligro me avisó,
abandonando el peligro,
vine aquella misma noche;
que es carabana del brio,

hacer aprecio del riesgo,
para hacerle desperdicio.
En la calle estaba, quando
ví, que entreabierto un postigo
de esa rexa, una mujer
en sumisa voz me dixo:
¿Es Felix? Sí, respondí.
¿Segun eso, no os han dicho,
prosiguió, que no vengais,
Felix, de noche á este sitio?
Antes de eso, dixe, debe
inferirse, que lo he oído;
pues que quiso, que viniese,
quien, que no viniese, quiso.
En fin no perdamos tiempo.
De este pequeño principio,
resultó de un lance en otro,
que, ser Beatríz, averiguo;
y ahun no sé, de qué pasion
con ingenioso designio
en voces adrede erradas,
acertados los indicios.
Con que, siguiendo su genio
el imán de lo atractivo,
no es Angela, con quien hablo
de noche, siendo, á quien miro
de dia. Ved de un amor
el mas ciego laberinto,

que jamás se supo; pues,
queriendo cada sentido
hacer bando de por sí
con opuestos desvaríos,
si en Doña Angela lo hermoso
me suspende lo entendido
en Doña Beatríz. A una,
clicie de su luz la sigo,
todo el tiempo que su luz
goza resplandores vivos
del sol. A otra, todo el tiempo,
que es la flor, que en su capillo
se oculta, hasta que á la noche
pundonoroso el capricho,
de que luce sin el sol,
la hace, que trémulos giros
la perficionen á sombras,
sin iluminarla á vises.
En cuya guerra civil,
ya lo dixe, de sentidos
dentro de mí amotinados
dia y noche á dos asisto,
enamorado de dos:
de la una, si la miro;
de la otra, si lo oygo,
llevandose á un tiempo mismo
hermosura y discrecion
(acabemos de decirlo)

si la hermosura los ojos,
la discrecion los oídos.

D. ANTONIO.

¿Una grande novedad
pensaréis, que me habeis dicho,
en que amais á dos?

D. FELIX.

¿No lo es?

D. ANTOIO.

No; que á mí me ha sucedido
mas de quatrocientas veces.

ROQUE.

¿Qué pobrete no ha tenido
en una parte el deseo,
y en otra parte el capricho?

D. FELIX.

La rexa abren.

D. ANTONIO.

Pues llegad;
que yo hácia alli me retiro.

Retirase Don Antonio y Roque, y sale Doña Beatríz á la rexa.

D. BEATRIZ.

¿Es Don Felix?

D. FELIX.

Y rendido
á la pena de esperar,

casi llegaba á culpar
tu tardanza.

D. BEATRIZ.

Nunca ha sido
pena, espefar; que, si llena
de susto á la posesion
una breve dilacion,
¿por qué ha de llamarse pena?
¿Contrario efecto, no es justo,
que á una causa se conceda,
para que inferir se pueda
de una pesadumbre un gusto?

D. FELIX.

La gloria, Beatríz, de hablarte,
con la esperanza se alcanza:
luego tiene la esperanza
la culpa en aquella parte;
que, sentir, toca al cuidado,
la dilacion del empleo.
Luego es fuerza, que al deseo
le dé la esperanza enfado.
Del sol una propiedad
lo diga en la noche fria;
quanto mas vecino al dia;
es mayor la obscuridad.

D. BEATRIZ.

Sí: mas si llego á advertir,
que al mirar su rosiclér,

el empezar á nacer,
es empezar á morir;
¿qué logra la posesion
del dia en su lucimiento,
si es preciso, que al aumento
siga la declinacion?
Auge es en la astrología,
no poder pasar de allí,
y término el hasta aquí
es de la filosofía.
Luego la esperanza, mas
que la posesion alcanza,
si, quando vá la esperanza,
la posesion vuelve atrás,
Lo poseído, á perder
llega estimacion tan grave;
pues no le admira hoy, quien sabe,
que mañana le ha de ver.

ROQUE.

¿Has oído aquello?

D. ANTONIO.

Sí.

ROQUE.

¿Y dime, por vida mia,
hablan en algarabía,
porque yo nada entendí?

D. ANTONIO.

Sí deben de hablar; mas yo

á estas horas solo entiendo,
que me estoy de sed muriendo.
¿Sabes, Roque, si hay ó no,
por aqui una casa, en que,
ó aguas ó aloja se venda?

ROQUE.

Que hay detrás de aquella tienda
una tabernilla, sé.

D. ANTONIO.

¡Qué propia noticia tuya!

ROQUE.

Cada uno habla, en lo que alcanza.

D. FELIX.

Mucho os debe la esperanza.

D. BEATRIZ.

No os admire, de que arguya
tan en su favor; porque
me está muy bien, el tenella.

D. FELIX.

¡Pues vos necesitais de ella!

D. BEATRIZ.

Y ahun de dos.

D. FELIX.

Eso no sé.
¡De dos esperanzas!

D. BEATRIZ.

Sí.

D. FELIX.

¿Quáles son?

D. BEATRIZ.

Vos las sabeis,
que ameis y de amar dexeis.
Mirad, Felix, siendo asi,
que la ha menester á dos
varias luces mi pesar,
si la debe lisonjear.

D. FELIX.

No; que de ninguna vos,
que necesitais, os digo.

D. BEATRIZ.

Mejor lo dirá mi estrella,
y mejor Angela bella.

Salen Doña Angela é Isabel á la rexa,

D. ANGELA.

¿Quién la mete á usted conmigo?
Y, pues estoy acechando,
sin que me cause fatiga,
y sin que á mi padre diga,
señor, aqui andan parlando:
hablense allá, sin que yo
entre en la danza.

D. BEATRIZ.

¡Tú, aqui:::!
¡Cómo, Angela:::

D. ANGELA.

Como sí.

D. BEATRIZ.

no te acuestas!

D. ANGELA.

Como no.

D. BEATRIZ.

Bien ves, como te he cojido
en el hurto; que no en vano
te quise ganar de mano,
en haber aqui venido,
á ver esto.

D. ANGELA.

¡Luego yo
soy, sobre quien caen las quexas!

D. BEATRIZ.

Caballero, á aquestas rexas
no se habla.

D. ANGELA.

Mal año, no.

D. FELIX.

Vamos de aqui, ay infelíz.

D. ANTONIO.

¿Qué hay?

D. FELIX.

Ver con la sombra obscura
á Angela con hermosura,
y con ingenio á Beatríz. *vanse los tres.*

D. BEATRIZ.

Ven tú, y cierra esa ventana.

ISABEL.

¿Viste bien el hombre?

D. ANGELA.

¡Y pues,
no habia de verle!

ISABEL.

¿Y quién es?

D. ANGELA.

El hermano de la hermana.

ISABEL.

¿Pues cómo zelosa, al vello,
no sentiste, que hable asi
con Beatríz, quien te amó á tí?

D. ANGELA.

Tú tienes la culpa de ello.

ISABEL.

¡Yo!

D. ANGELA.

Sí; que es muy fuerte cosa,
querer, que me acuerde yo,
si tú, majadera, no
me acuerdas, que estoy zelosa. *vanse.*

Salen Doña Leonor é Inés con luces.

D. LEONOR.

Inés, no me pesa oír

su quexa; pero si ha sido
verse de mí aborrecido,
lo que le obliga, á venir
con rendimientos, ¿por qué
me tengo yo de quitar,
para volver á enfermar,
la cura, con que sané?

INES.

Dices bien; pero, señora,
quien de sanar busca medios,
aborrece los remedios
en el punto, que mejora.
¿Por' quánto pudiera ser,
que despechado dexára
de venir, y te pesára?

D. LEONOR.

Yo no le he de oír, ni ver.

INES.

Mira, ya que mi señor
seguro está hasta la ahora,
que es cada voz de la aurora
clarin, que rompe el albor,
no le oygas, ni le veas;
mas dexa, que desde alli
pueda oirte y verte á tí;
yo fingiré, sin que seas
sabidora para él,
que soy yo la que me atrevo,

á abrir la puerta.

D. LEONOR.

No es nuevo
el lance.

INES.

¿Hay mas de que aquel,
que le oyga de mala gana,
quando por viejo le muevo,
me le ponga hoy como nuevo,
y me le vuelva mañana?
¿Qué dices?

D. LEONOR.

No sé.

INES.

¿Voy? Dí
presto, sí, ó no.

D. LEONOR.

Qué sé yo.

INES.

Que sí has dicho.

D. LEONOR.

¡Que sí!

INES.

Un no,
que se sabe, que es no, es sí. *vase.*

D. LEONOR.

Vé, ya que pensar me dexa,
si es cierto ó no el refran sabio,

de que se duerme el agravio
al conjuro de la quexa.

Salen Inés y Don Luis de embozo.

INES.

Mira, que no te ha de oír,
ni ver.

INES.

Bastame, Inés bella,
que yo pueda oilla y vella;
pues, si tengo de decir
la verdad, desde aquel dia,
que Leonor retiró,
á su principio volvió
la ignorada pasion mia.

INES.

De un adagillo, que á Hespaña
añadió Lope, se infiere:::

D. LUIS.

¿Qué?

INES.

„quien piensa, que no quiere,
el ser querido, le engaña.
Mas ya me vuelvo á fingir,
que con ninguno aqui hablaba.“
No era nadie, el que llamaba.

D. LEONOR.

¿Y acabóse ya de ir

ese necio, que á mis rexas
no dexa de porfiar?

INES.

Debieronse de acabar
por esta noche las quexas,
que prevenidas trahía;
y habrá ido, á dar á hacer
otras nuevas, que traher
para mañana.

D. LEONOR.

¡Qué fria
cosa, pesada y cruel
es, oír con desazon
los écos de una pasion!

INES.

Noramala para él,
si tu favor merecia,
siendo tú, en quien asegura
el ingenio y la hermosura
su mejor medianería,
sin costarle en la atencion
de nivelada igualdad,
lo hermoso una necedad,
lo feo una discrecion;
¡quién mètió á la tal persona,
en buscar caballerías,
hecho Infante Bobalías,
de Infanta Bobalindona!

Tienes sobrada razon
de enojarte. Mas, señora,
él no nos escucha ahora;
toma la satisfaccion,
que te dá, pues cosa es clara,
que perdon un yerro espera.

D. LEONOR.

No bastára, ahunque me diera
tantas, Inés:::

D. LUIS.

Sí bastára,
si tú quisieras, Leonor. *llega.*

D. LEONOR.

¡Qué es esto!

INES.

¡Pues cómo entraste
aqui!

D. LEONOR.

El disimulo baste,
traydora; que:::

D. LUIS.

Tu rigor
no á Inés culpe, sino á mí;
que no tiene culpa Inés
de mis despechos; y pues
tú no te dueles de mí,
dexala, que ella se duela,
y no acuses su piedad.

que no dexas tú crueldad
para nadie. Ya que apela
á tus plantas, Leonor bella,
mi culpa, oyeme en mi culpa,
no porque tengo disculpa,
mas porque quiero tenella.
Yo::

D. LEONOR.

Señor Don Luis, en vano
el satisfacerme es;
y puesto:::

D. FELIX *dentro.*

Una luz, Inés.

D. LEONOR.

¡Ay infelice! ¡Mi hermano!

INES.

Como llave maestra tiene,
entrar pudo.

D. LEONOR.

¡Muerta estoy!

D. LUIS.

¿Qué haré?

D. FELIX.

¿No baxas?

INES.

Ya voy.

D. LEONOR.

Que te retires conviene

á ese camarin.

D. LUIS.

Fuerza es.

INES.

¡¡Inventará esto el demonio!

Toma una luz, escondese Don Luis, y sale Don Felix.

D. FELIX *al paño.*

En mi quarto, Don Antonio,
con Roque esperad. Inés,
saca unos dulces, y de agua
un bucaro, porque tiene
sed un amigo, que viene
conmigo.

INES.

Oiga lo que fragua
la fortunilla.

D. EELIX.

¡Leonor,
vestida á estas horas!

D. LEONOR.

Sí;
¿pues quándo no me halla asi
el dia, con el temor
de los sustos y recelos,
en que, hasta volver, me tienes?
Mas, como, siempre que vienes,

te entras al instante (¡ay cielos!)
en tu quarto, no me vés
si en vela ú dormida estoy.

D. FELIX.

Don Antonio, de quien hoy
me hallo obligado, despues,
que ese loco le contó,
que yo enemigo tenia,
ni de noche, ni de dia
me dexa: tanto debió
mi amistad á su amistad.
Conmigo al umbral llegó:
dixo, que tenia sed; yo
le dixe, en mi quarto entrad,
que del de mi hermana, Inés,
que siempre esperando está,
agua y dulces sacará.
Aquesta la causa es
de haber entrado; y en fin,
si oyendome estás, ¿qué aguardas?
¿Cómo, en ir por ello, tardas?
Abre aquese camarin,
daca un barro:::

INES.

Sí abriré.

D. FELIX.

y dulces.

INES.

En todo estoy.
Vete tú; que ya yo voy.

D. FELIX.

Abre; yo los llevaré;
no pases tú allá.

INES.

¡Hay mohina
como ésta!

D. FELIX.

¿Qué sucedió?

INES.

¿Para esto nos perdonó
el lance de la cortina?
La llave se me ha perdido.

D. FELIX.

¿Has visto, que torpe estás?

INES.

No hallo la llave.

D. FELIX.

Tú harás,
Quiebranse unos vidrios dentro.
que la abra así. ¡Mas qué ruido
adentro hay!

INES.

¡Ay de mí!
Ladrones deben de ser. *vase.*

D. FELIX.

Quien anda en él, he de ver.

Sale Don Luis, y mata la luz.

D. LUIS.

Embaracelo yo asi;
ya que, al sentir, que iba á abrir,
por retirarme, encontré
con los vidrios, que quebré,

D. FELIX.

O he de matar ó morir,
ó saber, quién eres.

D. LEONOR.

Cielos, *ap.*
¡qué haré en tan fiero rigor!

D. LUIS.

Toma la puerta, Leonor:::;

D. LEONOR.

¡Dónde irán mis desconsuelos
á dar!

D. LUIS.

que, á que no te siga,
me quedo. *vase D. Leonor.*

ROQUE *dentro.*

Acudamos presto
al ruido.

Sale Don Antonio.

D. ANTONIO.

Trahe luz. ¡Qué es esto!

D. FELIX.

Mi desventura os lo diga.
Tomad esa puerta, y no
salga ninguno.

D. ANTONIO.

Sí haré.

D. LUIS.

Mirad, Don Antonio, en qué
os empeñais, que soy yo.

D. ANTONIO.

¡Quién habrá en el mundo oído *ap.*
tan nuevo lance, que pende
de ser mi amigo, el que ofende,
y mi amigo el ofendido!
Uno en mí el favor espera;
otro á mí se me declára.
¡Quién, sin que á alguno faltára,
á entrambos favoreciera!

D. FELIX.

Hombre, ya estoy contra ti,
y en aquella puerta está,
quien salir no os dexará.

ROQUE *saliendo con luz.*

¿Yo tambien no estoy aqui;
que siendo tres contra uno,
si fin al refran no dás,

á tu lado me hallarás?

D. FELIX.

Medio no te queda alguno,
sino el morir, ú decir,
quién eres.

D. LUIS.

Pues á escojer
me dás, el medio ha de ser:::

D. FELIX.

¿Quál? Dí presto.

D. LUIS.

El de morir.
Hácia Don Antonio voy. ap.
Que me deis paso prevengo.

D. ANTONIO.

Ved, si hay con quien vengo vengo,
que hay con quien estoy estoy.

D. LUIS.

Pues sea de esta manera.

Vase abrazado de Don Antonio.

D. FELIX.

A los brazos arrestado
con Don Antonio ha llegado.

ROQUE.

Y aun rodado la escalera.

D. FELIX.

Tras ellos, cielos, iré

ay enemiga Leonor,
á restaurar de mi honor
la parte que queda. *vase.*

ROQUE.

¿Qué
te toca, Roque? Quedarte,
hasta que de empeño igual
lo que pasa en el portal
diga la segunda parte. *vase.*

Salen Don Alonso y Doña Angela.

D. ALONSO.

Mira, Angela, lo que dices.

D. ANGELA.

Muy bien mirado lo tengo;
y asi, antes que te partas,
quise decirtelo, á efecto
de que este cuento te lleves
hácia allá, porque sospecho,
que oí decir, que en los caminos
suele hacer gran falta un cuento;
y éste, de que Beatríz sale
de noche á la rexa, pienso,
que no dexará de ser
á criados y cocheros,
(pues las cosas de importancia
tú no has de tratar con ellos)
quando no haya de que hablar,

de algun entretenimiento.

D. ALONSO.

De que sea verdad, dos
grandes conjeturas tengo,
ser necedad el decirlo,
y necedad el hacerlo:
en Angela, bien se vé
guardarlo para este tiempo;
y en Beatríz, pues fue el amor
la necedad del discreto.
Vén acá: vuelve á decirme,
¿lo has visto?

D. ANGELA.

Por estos mesmos
ojos, que se han de comer
mariposicas; que aquello
de los gusanos, señor,
no se ha de entender con estos.

D. ALONSO.

Disimula, porque viene
Beatríz.

Sale Doña Beatríz.

D. ANGELA.

Nací para eso.
¿No sabes, lo que á mi padre
le estaba ahora diciendo?
Como en una rexa anoche

estabas tomando el fresco,
y no mas. ¿No disimulo ap.
muy bien, señor?

D. ALONSO.

Sí por cierto.

D. BEATRIZ.

Es verdad, que anoche estaba
á la rexa; pero á efecto
de que andaban por la calle
unas sombras, y queriendo
saber, señor, qué criada
les daba el atrevimiento,
que hay alguna, que en tu casa
se conserva á mi despecho,
la rexa abrí.

D. ALONSO.

Ese sería,
á buen seguro el intento.
¿Pero por qué esa criada
ha de estar?

D. ANGELA.

Porque no tengo
otra yo, que sepa hacer
mas garambaynas del pelo;
y eso importa mas que esotro.

D. ALONSO.

Pon tú, Beatríz, el remedio.
Disimular yo es mejor, ap.

á pesar de algun recelo,
que ahun ha quedado en el alma.

Sale el Escudero.

ESCUDERO.

Ya, señor, está dispuesto
todo; bien puedes baxar.

D. ALONSO.

Beatríz, á Dios; que yo espero
sacarte de ese cuidado.

D. BEATRIZ.

Sabe Dios, que el que yo tengo,
es tu salud, y que solo
tu descomodidad siento.

D. ALONSO.

A Dios, Angela. Los brazos
me dad las dos. Los extremos
bastan. Beatríz, por mi vida,
no llores.

D. ANGELA.

Yo para eso.
¿No llorára, por mi padre?
Por esto diria el proverbio:::

D. ALONSO.

A Dios otra vez: ahunque
nada al escrupulo creo,
mucho al escrupulo dudo;
pero no es para aqui esto,

Abrazadme, vos Mungia;
y esta noche el aposento
vuestro, procurad, que esté,
sin que nadie lo vea, abierto;
y esperadme en él.

ESCUDERO.

Ya sabes,
con la fé que te obedezco.

D. ALONSO.

Veré, lo que hace esta noche,
y tomaré por lo menos
resolucion para irme,
ó, para valerme, medio. *vase.*

D. ANGELA.

Ven acá. ¿Lloras de veras?

D. BEATRIZ.

¿Llora alguien de burlas?

D. ANGELA.

Pienso,
que sí; porque yo mil veces
me suelo llorar riyendo. *vase.*

D. BEATRIZ.

¡Valgame Dios, qué de cosas
concurren á un mismo tiempo
á un pensamiento afligido!
Digalo mi pensamiento;
pues, quando por una parte
voy, llevada del afecto

de aqueste enigma de amor,
que le trato y no le entiendo,
me sale por otra parte
siempre Angela al encuentro.
¡Pero qué mucho, qué mucho,
que ahun no sepa lo que siento,
si, como nocturno amor,
de las sombras le alimento!
¡Oh quánto::!

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Beatríz, perdona,
si, sin avisarte, entro;
que hoy no piden atenciones
las fortunas, que corriendo
vengo á tus pies tan deshechas,
que ahun este manto sospecho,
que es la tabla del naufragio,
tan acaso hallada, ay cielos,
que es de una vecina, adonde
tomé anoche el primer puerto.
Mi alma, mi vida, mi honor
á fiar de tí, Beatríz, vengo;
que no me atreviera de otra.

D. BEATRIZ.

Sosiegate y cobra haliento.
¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha habido?

D. LEONOR.

Don Luis anoche, yo muero,
entró en mi casa; mi hermano
en ella::: Valgame el cielo.

Desmayase.

D. BEATRIZ.

En mis brazos sin sentido
cayó con el deshaliento,
y la pasion que trahia;
y, ahunque del grave suceso,
que iba contando, el desmayo
trocó el discurso tan presto,
introducidos en él
Felix y Don Luis, bien temo,
que de Felix el honor
amancillado habrá esto;
y, ahunque corre prisa, mas
corre la de su remedio.
¿Juana, Juana?

Sale Juana

JUANA.

¿Qué me mandas?

D. BEATRIZ.

Anda por tu vida: presto
ayudame, á que á Leonor
á aquesa quadra llevemos,

que reservada á los cofres,
detrás de mi alcoba tengo;
que fuera dicha, que nadie
la viera.

JUANA.

Pues es á tiempo,
que Angela con Isabél
está en el quarto de adentro,
algo suceder habia,
á pesar del hado fiero,
en favor.

D. LEONOR.

¡Jesus mil veces!
En fin ¡ay Beatríz! riñendo
á mi hermano y á Don Luis,
dexé en mi casa, y (no puedo
proseguir) huyendo de ella:::

D. BEATRIZ.

Pues no prosigas; que luego
lo dirás. Halienta ahora,
y cobrando algun esfuerzo,
descansa en tanto conmigo.

D. LEONOR.

En vano, Beatríz, lo intento;
pues el corazon á saltos,
me está quebrantando el pecho.

D. BEATRIZ.

Pues ya ella se esfuerza, á ir,

encierrate por de dentro
con ella tú, mientras yo
á la desecha me quedo,
de desmentir las espías
de Angela; no ambas faltemos
juntas, y entren á buscarnos.

Vanse Doña Leonor y Juana.

Nadie la vió: todo esto
está solo: algo en favor,
otra vez á decir vuelvo,
en tanto tropel de penas
habia de sucedernos.
Mas ay, que el favor es uno,
y ellas muchas: y ahunque el cielo
nunca dexa los resquicios
tan cerrados al consuelo,
que no pueda la esperanza,
acecharlos entreabiertos,
tan tomadas las desdichas
tienen los pasos, que pienso,
que sea facil, hallarlos;
pero no facil, vencerlos;
siendo la mayor de todas,
que el honor de Felix puesto
á las censuras esté,
de quien sepa, por lo menos,
la pendencia; y por lo mas,

que su hermana ¡qué tormento!
falta de su casa. ¡Hombre,
á quien ú de mi hado el ceño,
ú de mi estrella el influxo
atraxeron á mi afecto,
desayre en su honor, y yo
capaz de él, sin que::!

Sale Juana.

JUANA.

Ya ha vuelto
en sí, y dice, que la veas.

D. BEATRIZ.

Pues en tanto, que yo entro
á verla y á escribir, Juana,
dos letras, ponte corriendo
el manto.

JUANA.

¿Dónde he de ir?

D. BEATRIZ.

A buscar un caballero.

JUANA.

¿Quién es?

D. BEATRIZ.

Don Luis de Mendoza.

JUANA.

Ahunque de vista, acudiendo
á esta calle, le conozco,

no sé, dónde vive.

D. BEATRIZ.

A eso
nos puede servir de algo,
siquiera el conocimiento
de Isabél. Y asi á el descuido
se lo pregunta.

JUANA.

En efecto,
no hay mal, que, por bien no venga.
A obedeceros voy. *vase.*

D. BEATRIZ.

¡Cielos,
¡Felix restado, y su honor,
y yo sabidora de ello,
y no trato de emendarlo!
Eso no; que por mi mesmo
pundonor debo acudirle.
Tan vana soy en aquesto,
que el tiempo de desayrado,
presumo, que le aborrezco.
Y asi, Felix, donde quiera,
que estás tu dolor sintiendo,
halienta, vive y respira,
adivinando ó sabiendo,
que está seguro tu honor,
pues yo en mi poder le tengo. *vase.*

Salen Don Felix y Don Antonio.

D. FELIX.

No hay consuelo para mí,
Don Antonio, ni ha de haberle,
viendo que aquel hombre, ay triste,
quando á salir se resuelve,
llega con vos á los brazos,
y tanta fortuna tiene,
que desasido de vos,
de vos y de mí pudiese,
tomando la calle, ay triste,
escapar tan velozmente,
que ni sé de él, ni de aquella
ingrata, tirana, aleve,
ni qué debo hacer.

D. ANTONIO.

Yo sí.

D. FELIX.

¿Pues qué aguardais?

D. ANTONIO.

Mirad, Felix:
la primera instancia en casos
tan ásperos como este,
del acero es; la segunda,
del consejo. Si la muerte
le hubierades dado anoche,
desempeñarais valiente

el dolor; mas no el honor,
que es el que ahora os compete
desempeñar; que una cosa
es, que el fracaso me encuentre,
y otra, que le busque yo.
Y asi, lo que me parece,
es, que el dolor tolerado,
en ambas instancias muestre,
que andando restado en una,
andubo en otra prudente.
Fuerza es, que, quien es, se sepa.
(¡Quien decirselo pudiese! ap.
Pero fióse de mí.)
y fuerza es, que Leonor fuese,
claro está, de él á ampararse.
Y siendo, como se debe
presumir de su dolor,
en quien nada el lustre pierde,
lo que os toca, es colorearlo;
ya lo dixe. Cuerdamente,
poneos, Felix, de parte
del dolor, y hasta que muestre
el veneno su malicia,
para que mejor recete
su antidoto la cordura,
no hagais novedad. No os eche
nadie menos, ni repare
en voz, ni en semblante. Haliente

el corazon hácia fuera,
ahunque hácia dentro reviente;
que los extremos de honrado,
tal vez ignorando, advierten,
y si aprovechan algunas,
dañan infinitas veces.
¿Qué hicierades sin dolor
á estas horas?

D. FELIX.

Me parece,
que de Angela la calle
pasára, porque tubiese
su jurisdiccion el dia,
hasta que á la noche entre
en otra jurisdiccion
el alma.

D. ANTONIO.

Pues, ahunque os pese,
habeis de venir á ella.

D. FELIX.

Porque se vea, que tiene
ganas de sanar mi honor,
ningun remedio desprecie.
Vamos, ahunque es tan costoso,
como que de amor me acuerde,
y de él me olbide.

D. ANTONIO.

No olbida

quien se acuerda, de qûe siente.

Sale Don Luis.

D. LUIS.

¿No me bastaban, fortuna,
las confusiones crueles,
de no saber de Leonor,
ni dónde, ni cómo fuese;
sino que añadirme quieras,
la de que Beatríz pretende
hablarme? ¿Qué me querrá?
Pero sea lo que fuere,
pues el papel dice, que
seguro en su casa entre,
veré, qué me manda.

D. FELIX.

Oíd.
¿Don Luis no es aquel que viene
hácia casa de Beatríz?
Y ahun en ella me parece,
que entra.

D. ANTONIO.

¡Qué intentas hacer!

D. FELIX.

¡Qué quereis, que hacer intente?
Lo que hiciera sin dolor,
al ver, que Don Luis me ofende.

D. ANTONIO.

¿Don Luis os ofende?

D. FELIX.

Sí.

D. ANTONIO.

¡Quién, cielos, haberle puede *ap.*
dicho, que él es? Ved:::

D. FELIX.

Quitad,
pues vuestro consejo es este.
¿Don Luis? ¿Ah Don Luis?

D. LUIS.

¿Quién llama?

D. FELIX.

Yo os llamo.

D. LUIS.

¡Ay de mí! ¡Don Felix,
y demudado el semblante!
¡Si Don Antonio le hubiese *ap.*
dicho, que soy yo el de anoche!

D. ANTONIO.

Echada está ya la suerte *ap.*
con todo el resto á una mano.

D. LUIS.

¿Qué mandais?

D. FELIX.

Saber, qué tiene,
que hacer en aquesa casa,

Don Luis, quien, ya que no ofrece
clara palabra, la da
á entender tacitamente,
de no entrar en ella.

D. ANTONIO.

Menos,
que yo presumí, sucede. *ap.*

D. LUIS.

Bien se vé, que Don Antonio,
no le ha dicho, que yo fuese; *ap.*
y bien, (¡quanto sobresalta
qualquier vara al delinquente!)
que, pues lo mas nos mejora,
no lo menos nos arriesgue.
La palabra, que á uno dí,
cumpliré; (el valor se esfuerce)
que, si vengo aqui, no vengo,
porque ver á Angela pienso;
y, pues dar satisfacciones
de como un hombre procede,
nunca puede ser desayre,
Beatríz me llama por este
papel; á ver á Beatríz
vengo; y pues ella no tiene
que daros pesar, ni yo,
porque el decírlo, recéle:
pues, ni el secreto me obliga,
ni el escrupulo me vence,

tomad el papel, y á Dios.

Dale un papel y vase.

D. FELIX.

¡Quién creerá, que si tubiese
lugar el corazon, donde
nueva pena se alimente,
se le añadiera esta mas,
de que Beatríz, (pena fuerte,)
á Don Luis escriba y llame!

D. ANTONIO.

¿Cómo dice?

D. FELIX.

De esta suerte.

Lee.

Pues podeis, sin que mi tio
os sirva de inconveniente,
señor Don Luis, os suplico
vengais al instante á verme;
que me importa, y os importa.

Don Antonio, ahunque deséche
en parte vuestro consejo,
no tengo de hacer en este
lance con dolor, lo que
sin él hiciera. Que dexe,
perdonad, de obedeceros.

D. ANTONIO.

¡Cómo!

D. FELIX.

Como si yo hubiese
de obrar aqui, como obrára,
entrára, donde supiese,
que me ofende con Beatríz,
quien con Angela me ofende.
Mas no es bien, que nuevo empeño
hoy nuevo escandalo empiece;
que una cosa es, que yo arguya,
que la palabra me quiebre;
y otra, que le informe, ay triste,
en duelos, que el duelo aumenten.
Vamos de aqui; que no quiero,
que algun delirio me fuerce,
á errarlo.

D. ANTONIO.

Decís bien; vamos.

Sale Roque.

ROQUE.

¿Es hora, de que te encuentre?

D. FELIX.

¿Qué me quieres?

ROQUE.

De Beatríz
en casa dexaron este *daselo.*

papel.

D. FELIX.

¡De Beatríz! Oíd,
pues nada hay, qué á vos reserve.
Lee.
Sin que espereis ni la hora
ni la rexa, entrad á verme
al anochecer; pues ya
no es mi tio inconveniente.

Con unas mismas razones,
poco ó nada diferentes,
á mí y á Don Luis escribe;
con que es forzoso, que cese
aquel primero motivo,
de reportarme prudente,
y vaya á saber, qué es esto,
supuesto que ya anochece.
A Dios quedad. *vase.*

D. ANTONIO.

Id con Dios.
Ahora tras los dos entre,
adondé intento escondido
estár, á lo que sucede.
Cumpla yo mi obligacion,
y venga lo que viniere. *vase*

ROQUE.

Tras ellos es bien tambien

que yo por testigo entre,
y lo que viniere venga. *vase.*

Salen Don Luis, Doña Beatríz y Juana con luz.

D. LUIS.

A serviros obediente
vengo á ver, qué me mandais.

D. BEATRIZ.

Pon ahí esa luz, y vete,
donde puedas avisarme
si hácia aqui Angela viniere. *vase Juana.*
Vos esperadme á esta parte.
Cé, Leonor, cé.

D. LEONOR *al paño.*

¿Qué me quieres?

D. BEATRIZ.

Que oygas, y no te descubras.

D. LEONOR.

En todo he de obedecerte.

D. LUIS.

¡Qué prevencion será ésta!

D. BEATRIZ.

Señor Don Luis, quánto aleve
es el hombre, que á su amigo
en solo el gusto le ofende,
vos lo sabeis; y sabeis,

qué será en el honor. Este
principio asentado, vamos,
á que siendolo Don Felix
vuestro, y siendolo Leonor
mia, á entrambos nos compete,
por él, por ella, por mí
y por vos mismo, que emiende
el juicio, lo que erró amor;
y asi entended, que á ponerme
de parte de la razon,
os llamo, y que::: Alli anda gente.
En tanto, que, quien es miro,
retiraos á ese retrete;
que, si es quien sospecho, nada,
ni ahun en el tiempo, se pierde;
pues lo que os dixera á vos,
será lo que á él le dixere:
y asi ved, que hablo con ambos.

Escondese Don Luis.

D. LEONOR.

¡Qué enigma, cielos, es éste!

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Sola está Beatríz. ¡Pues cómo,
si Don Luis llamado viene
de ella, con ella no está!

Mas no en discurrir me empeñe,
ni darme por entendido.
Perdona, Beatríz, si á verte,
llamado de tu papel,
no vine tan velozmente,
como quisieran mis ansias.

D. LUIS.

¡Llamado de Beatríz viene
tambien Don Felix! ¡Qué es esto!

D. LEONOR.

¡Qué es, lo que Beatríz pretende,
que á mi hermano tambien llama!

D. FELIX.

¿Qué mandas pues, y qué quieres?

D. BEATRIZ.

Perdido el color, la voz
torpe, el labio balbuciente,
á todas partes mirando,
uno dices, y otro sientes.
¿Qué miras?

D. FELIX.

Nada.

D. BEATRIZ.

¿Qué buscas?

D. FELIX.

No sé.

D. BEATRIZ.

Fuerza es, que recele,

si sabe algo, de que aqui
Leonor está.

D. LUIS.

¡El alma teme,
si es su cuidado pensar,
si le engaño, y al no verme
con Beatríz, juzga, que estoy
con Angela!

D. FELIX.

Porque no eche
de ver en mí mi cuidado,
otra nueva causa invente,
No admires, Beatríz, que quando
el alborozo de verme
llamado de tí, debiera
traherme á tus plantas alegre,
triste me traiga un dolor,
Mi hermana (¡ah tirana aleve! ap.
Si voy á mentir, ¡qué mucho,
que de su traicion me acuerde!)
á un accidente postrada,
queda en manos de la muerte;
y ahun muerta para conmigo. ap.

D. LEONOR.

Nada, en lo que finge, miente;
que es verdad; muriendo estoy.

D. LUIS.

¡Qué escucho! ¡Cielos, valedme!

Sin duda, donde ella fue
á ampararse y socorrerse,
él la halló, y para matarla
mas á su salvo, accidente
vá entablando, que despues
mejor su venganza honeste.

D. BEATRIZ.

Mucho de tanta desgracia
me pesa; pero os consuele
saber, que de esos achaques
se sana muy facilmente,
si se aplican los remedios
á tiempo, y como uno llegue,
la vereis mejor.

D. FELIX.

No sé.

D. BEATRIZ.

Yo sí.

D. FELIX.

¿Cómo?

D. BEATRIZ.

De esta suerte.
Hablemos, Don Felix, claro;
que ahunque es la verdad, Don Felix,
que no se tratan achaques
tan penosos, como éste,
sin que empacho, á quien los dice,
y á quien los escucha, cuesten:

con todo eso, quando caen
en quien, mas que tú, los siente,
no es desdoro, y antes es
dicha, que doliendo empiecen
los remedios; que hay remedios,
que no sanan, si no duelen.
Males pues de amor y honor
(no el oirlo te avergüence,
que en mí se ha quedado el rayo,
ahunque hasta tí el trueno llegue)
son dos males tan contrarios,
que el alma, que los padece,
implicandose uno á otro,
á sus mismas ansias muere.
Y son dos males tan uno,
que si á la cura obedecen,
y se convienen, el alma
mejorada convalece.
El remedio del amor
es considerar, que pende
la inclinacion de un influxo,
que domina, ahunque no vence.
El del honor, advertir,
que no hay venganza tan fuerte,
como no tomar venganza
si hay otro fin, que lo emiende.
Con que de parte de amor
á aquesas plantas, Don Felix,

te suplíco por Leonor,
que el pasado enojo temples.
Hierros dorados llamaron
á sus yerros, mayormente
quando caen sobre sujeto,
que, si tú elegirle hubieses,
no le eligieras mas noble
en los naturales bienes,
y en los bienes de fortuna
mas rico, ilustre y decente.
Siendo asi, ahora de parte
de Leonor otra y mil veces
á tus pies, Felix, te pido,
que mires, que consideres,
que no hay quien se vengue, como
quedar bien, sin que se vengue.
Lo ruidoso de la sangre,
por templado que se cuente,
suena á agravio; pero quando
se le embaraza el que suene,
por mas que corra ruidoso,
suena quexa solamente;
y siendo asi, que de amor
y honor las suaves leves
medicinas no te apliques,
y estar mejor, te parece,
ofendido, que quexoso,
y vengado, que prudente.

esto es, que sepa Don Luis, *ap.*
que otro remedio no tiene:
la que á tus plantas humilde,
postrada y rendidamente
lloró, heroicamente altiva,
sabrá en tus manos ponerte
á tu enemigo, porque
tras lo lenitivo entre
lo cáustico. Fuego y sangre
cautericen tus crueles
ansias, y quedes mejor,
quando con esto lo quedes.
Dentro de mi casa está,
de donde salir no puede.
Un caballo de mi tío
en aquella esquina tienes,
prevenidas estas joyas,
que para tu fuga lleves,
y esta pistola en mi mano, *sacala.*
para que de tí no piensen,
que ventajoso reñiste,
con que, si él te diere muerte,
se la daré en tu venganza;
que ahun muerto, no quiero dexes
de quedar siempre mejor.
Mira, á lo que te resuelves;
pero no: no te resuelvas,
sin que yo otra vez te ruegue,

que acudas á lo mejor.
De tu mismo honor te duele
en tí y en Leonor, supuesto;
que quando muerto le dexes,
y á tu casa vuelvas, ya
podrá ser, que á ella no encuentres.
¿Pues qué hareis? Huir forzados
ella y tú. ¿Será bien lleves
tú contigo una desdicha,
y ella otra, quando puedes,
con no publicarla nunca,
mejorarla para siempre?
Yo te he pagado hasta aquí
un afecto, que me debes,
y ahun has de deberme otro;
pues yo te ofrezco, Don Felix,
si te restauras tu honor,
desde aqueste instante serte
tercera de Angela, y :::

D. FELIX.

Basta;
Beatríz, las lagrimas cesen;
que ellas y la accion te estimo
como debo, y me convencen
tus razones de manera,
que es fuerza, que las acete.

D. BEATRIZ.

¿Dasme esa palabra?

D. FELIX.

Sí,
siendo, como me prometes,
noble.

D. BEATRIZ.

Mira, si lo es.

Saca á Don Luis.

D. FELIX.

Ahunque pudiera ofenderme
de una amistad ofendida,
son tantos los intereses,
que con vós, Don Luis, mejora,
que nada hay, de que me quexe.

D. LUIS.

No sé, qué respuesta daros,
si no es que los pies os bese
á vos y á Beatríz, á quien
tanto bien mi vida debe.

D. FELIX.

Parezca, Don Luis, Leonor;
que á vos, y á ella juntamente
daré los brazos y el alma.

D. LUIS.

¿Pues cómo, si tú la tienes
á ese accidente rendida,
que en mí parezca pretendes?

D. FELIX.

Yo no sé de ella.

D. LUIS.

Tampoco
yo.

D. BEATRIZ.

Yo sí. Bien salir puedes,
Leonor.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Humilde á tus plantas:::

D. ALONSO *dentro.*

Hoy á mis manos, aleve,
morirás.

D. BEATRIZ.

¡Qué voz (¡ay triste!)
àquella es?

TODOS.

¡Qué ruido es éste!

D. FELIX.

Cuchilladas en tu casa
son.

Sale Doña Angela.

D. ANGELA.

¿Sabrán decirme ustedes,
qué hay por acá?

Salen Don Antonio y Roque.

ROQUE.

Don Antonio,
y yo, á ver, lo que os sucede
estabamos á esa puerta,
quando un hombre, al sentir gente,
sacó la espada, diciendo:::

D. ALONSO *dentro.*

Hoy vengaré con tu muerte
los agravios de mi casa.

D. BEATRIZ.

¡Mi tio!: ¡Desdicha fuerte!

Sale Don Alonso con la espada desnuda.

TÓDOS.

Tenéos, señor Don Alonso;
que aqui ninguno os ofende.

D. ANGELA.

¡Tan cerca estaba Sebilla,
que tan aprisa te vuelves!

D. ALONSO.

Todos me ofendeis, y en todos
me he de vengar.

D. BEATRIZ.

Señor, tente;
que quantos están aqui,
á solo servirte atienden.

Leonor, sabiendo, que estabas
desde esta mañana ausente,
á vernos vino esta tarde:
su hermano el señor Don Felix,
viendo, que ya era de noche,
para acompañarla, viene
por ella, y esos señores
con él.

D. ANGELA.

Miente, señor, miente;
que Leonor no ha estado acá
esta tarde. ¡Que tú pienses,
Que has de urlirte esta vez
con los engaños que sueles!
que me ha reñido, Isabél,
que zelosa no me muestre,
y he de mostrarme zelosa.

D. ALONSO.

¡Zelosa, de quién!

D. ANGELA.

De este
el primero; que casarse
conmigo, señor, pretende.

D. LUIS.

Si casado con Leonor
estoy, ¿cómo eso ser puede?

D. ANGELA.

Pues será de estotro; que

tambien aqui por mí viene.

D. FELIX.

¡Cómo! Si yo de Beatríz
soy esposo, porque muestre,
que entre ingenio y hermosura
el que puede elegir, debe,
si para dama la hermosa,
para mujer la prudente.

D. ANGELA.

Pues ello ha de ser alguno,
ya que no hay otro, sea éste.

D. ANTONIO.

¡De mí zelosa! ¡De quándo
acá!

D. ANGELA.

De quando ello fuere.

D. ALONSO.

Caballero, que Leonor,
á ver á Beatríz, viniese,
Felix por su hermana, y que
se case con Beatríz Felix,
es creer, lo que está bien;
pero no que se sospeche,
que á vos os hallo en mi casa,
y que mi honor no remedie.
Dadle á Angela la mano.

D. ANTONIO.

¡Yo!

D. FELIX.

¿Qué mal estaros puede,
si sois pobre, y ella rica?

D. ANTONIO.

Ahora coma, y reviente.
Echad esa mano acá.

D. ANGELA.

Ahora bien, tomad.

D. ALONSO.

Como eehe
los escandalos de mí,
mas que bien ó mal se emplee.

ROQUE.

Con que dirá la comedia,
ahunque á Don Antonio pese:::

TODOS.

que para dama la hermosa,
para mujer la prudente.

EL ESCONDIDO
Y LA TAPADA,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Yo os dixera
la causa, si la causa lo sufriera;
que pronuncian de un Noble, ay Dios, los labios
ó mal, ó tarde, ó nunca los agravios. Jorn. II.

ARGUMENTO.

Don Cesar, amante de Celia, y de Lisarda, ausente de Madrid, por haber muerto á un hermano de ésta, viene llamado de aquella, que en su casa le tenia dispuesta oculta habitacion.

Don Felix, hermano de Celia, que se hallaba en Italia, noticioso de haber sido esta muerte por su hermana, viene receloso de los desordenes de su casa.

Don Juan, primo y futuro esposo de Lisarda, sabiendo la venida de Don Cesar, se vale de Don Felix, para que le acompañe á vengarse de aquel, que en el interin viene, á ver á Celia, y ésta le encierra con Mosquito, su criado, en la preparada mansion. Equivocados Don Juan y Don Felix envisten á uno, acude la Justicia, y resulta la muerte de otro, y ser conocido Don Felix; por lo que en aquella noche se muda á otra casa, llevandose á su hermana con la pena, de dexarse encerrado á su amante Don Cesar.

Don Diego, padre de Lisarda, se agrada de la casa desocupada, y se muda á ella; existiendo siempre Don Cesar en la

oculta habitacion en que Celia le dexó, pues quando intentaba salir ocurrian impedimentos; bien que pudo enviar á Mosquito disfrazado á buscar, quien le guardase las espaldas.

Beatriz, á pesar del cuidado de su hermano, logra ver á Cesar, resultando de esto, no solo reciprocos zelos de Don Juan y Lisarda, sino haber de quedarse oculta tambien en casa de ésta; y multiplicandose los lances, tiene que entrarse en la estancia en que estaba escondido Don Cesar.

En medio de estas ocultaciones reconocense todos, y quiere vengarse cada uno de su enemigo; pero casandose Don Cesar con Celia, y Don Juan con Lisarda, satisfechos de sus reciprocas desconfianzas, se concluye la accion á gusto de todos.

PERSONAS.

DON CESAR.

DON FELIX.

DON JUAN.

DON DIEGO.

LISARDA.

CELIA.

OCTAVIO.

BEATRIZ, *criada.*

INES, *criada.*

MOSQUITO, *criado.*

CASTAÑO, *criado.*

GONZALO, *cochero.*

OTAÑEZ, *escudero.*

ALGUACILES.

MUSICA.

EL ESCONDIDO Y LA TAPADA.

JORNADA PRIMERA.

Salen haciendo algun ruido Don Cesar y Mosquito, vestidos de camino con botas y espuelas.

D. CESAR.

Pues no podemos entrar
en Madrid, hasta que sea
de noche ya; ata las mulas
á esos troncos, y sobre esta
texida alfombra de flores,
que bordó la Primavera
entre estos estanques, donde
la Casa del campo obstenta

tanta variedad, podemos
esperar, á que anochezca.

MOSQUITO.

Ya están las mulas atadas;
y ahun fuëra mas justo, que ellas
nos atáran á nosotros.

D. CESAR.

¿Por qué?

MOSQUITO.

Porque son mas cuerdas.

D. CESAR.

¿Luego los dos somos locos?

MOSQUITO.

Concedo la conseqüencia,
mas con una distincion.

D. CESAR.

¿Quál?

MOSQUITO.

Tú por naturaleza,
y yo por concomitancia;
que es, por lo que se me pega;
de andar contigo.

D. CESAR.

Aqui pues,
¿qué hay, que locura sea?

MOSQUITO.

¡Cuerpo de Christo conmigo!
Habrá tres meses apenas,

que salimos de Madrid,
por haber dexado en ella
muerto á un noble caballero,
que era hermano, por mas señas
de una de aquellas dos damas,
que á un mismo tiempo festejas,
y por zelos de la otra;
que como autor de comedias,
tienes en tu compañia
segunda dama y primera;
pasamos á Portugal,
y porque en una estafeta
nos vino un pliego, que yo
ahun no sé, lo que contenga,
sin mirar inconvenientes,
dimos á Madrid la vuelta,
y dices, que ¡qué locura
hay aqui! ¡No consideras,
que no hay Alcalde de Corte,
que no esté echando centellas
por aquella boca, y que
juran, que hemos de ver puestas,
tú la cabeza á tus plantas,
las plantas yo á otras cabezas!

D. CESAR.

Confieso, que dices bien,
en que mi vida se arriesga
hoy en Madrid; pero donde

mi vida trahe una pena
misma, habiendo de morir
en Lisboa de una ausencia,
ó en Madrid de mis desdichas,
ya que dos muertes me cercan,
y que me dán á escojer
el modo de morir, dexa,
que muera contento, donde
Lisarda hermosa lo vea.

MOSQUITO.

Yo, ahunque el Martirologio
Romano aqui me traxeran,
para que escojiera muerte
á mi proposito, fuera,
sin agradarme ninguna,
vanisima diligencia,
porque no hay tan bien prendida
muerte, que bien me parezca.
¿Qué culpa tengo, de que
tú á morir contento vengas,
para traherme de reata?

D. CESAR.

Pues dime, ¿tú qué recelas,
si tú en nada estás culpado,
ni te hallaste en la pendencia?

MOSQUITO.

Pues si un triunfo matador
arrastra, los que se encuentra,

un amo matador, dime,
¿no arrastrará (cosa es cierta)
qualquiera triunfo criado?

D. CESAR.

No ví locura mas necia.

MOSQUITO.

Y esto á una parte, señor,
¿qué razon hay, de que sea
tan cerrado tu capricho,
que, ya que me trahes, no sepa,
á qué me trahes? Dime pues
¿qué es lo que en Madrid intentas?

D. CESAR.

Eso te diré, no tanto,
Mosquito, porque lo sepas,
como por descansar yo,
con decirlo; que las penas
no tienen otro consuelo,
sino el rato que se cuentan;
que como mujeres son,
se despican con la lengua.
Lisarda, raro milagro,
donde la naturaleza
para modelo compuso
de una hermosura perfecta
la hermosura y el ingenio,
haciendo paces en ella;
que hasta allí estaban reñidos,

el ingenio y la belleza:
fue (ya lo sabes) del Templo
de amor la deidad mas bella,
á cuyas aras no hay
vida y alma, que no sea
mudo sacrificio. Bien
tantas víctimas lo muestran,
como yacen á sus ojos
rendidas, si no sangrientas.
Yo, que entre el mortal consuelo
de sus victorias, apenas
la ví, quando con la mia
hizo numero, y no cuenta;
idolatrando su imagen
viví, sin que mereciera
perdon por el sacrificio,
ni merito por la ofrenda.
Desvalido amante pues
de este hermoso hechizo, de esta
hermosa mujer, mi vida
á tanto explendor atenta,
la clicie fue de sus rayos,
y el imán de sus estrellas.
Viendo pues, que á todo un sol
alas fiaba de cera,
y que al generoso vuelo
solo monumento era
el mar de mi llanto, donde

se apagaban sus centellas,
dispuse olbidarla; como:
(¡qué error!) como si estubiera,
el olbidarla en la mano,
de quien no estubo, el quererla:
y por hacerme en efecto,
contra veneno á mis penas,
venciendo amor con amor,
puse los ojos en Celia,
Celia, que fuera milagro
de hermosura, si no fuera,
porque Lisarda se alzó
con todo el imperio de ella.
Si, donde amé, fui infelice,
y los afectos se truecan,
donde no amé, ¿qué sería?
Saca tú la conseqüencia.
¡Oh amor, si te llaman Dios,
cómo de Dios desemejas
tanto, que los fingimientos,
y no las verdades premias!
U dexa, amor, de ser Dios,
ú de ser ingrato, dexa;
porque decir Dios é ingrato,
ó suena mal, ó no suena.
De Celia, en fin admitido,
estaba siempre con Celia
como extrangero mi amor,

dexando á Lisarda bella
acá en lo mejor del alma,
donde adorada estubiera,
cierto lugar reservado.
Escucha de qué manera.
Tiene un Príncipe, un Señor,
lexos du sí un gra palacio,
y en el suntuoso espacio
cerrado el quarto mejor:
éste se guarda en rigor,
y ahunque igual huesped por él
pase, el Alcayde fiel
dice: este quarto oportuno,
es de mi Rey, y ninguno,
ha de aposentarse en él.
Asi el alma toda, que era
el palacio de mi amor,
dexó á Lisarda el mejor
quarto, ahunque no le ví viera.
Este guarda de manera
el corazon, que nombró
su Alcayde; que ahunque hospedó,
dentro á Celia, considero,
que fue en otro quarto, pero
en el de Lisarda no.
De aquella pues despreciado,
y favorecido de ésta,
engañado en esta el gusto

con la memoria de aquella,
neutral estaba mi vida,
quando en esta competencia
sucedió, que Don Alonso,
hermano infeliz de aquella
bellisima ingratitud,
que no ablandaron mis quexas,
á Celia sirvió. ¡Habrá dicho
algun hombre, que es la fuerza
de los zelos tal, que, donde
no hubo amor, haber pudiera
zelos! Si; porque los zelos
son un genero de ofensa,
que se hace, á quien se dan,
y no es menester, que sean
hijos de amor; que tal vez
el pundonor los engendra:
si bien estos dos linages
son con una diferencia,
que el alma en los del amor
anda, por saber la pena;
y en los del pundonor anda
el alma, por no saberla.
Digolo, porque mil veces,
ahunque ví acciones y señas
solo de parte de él, yo
cuidé poco de entenderlas;
hasta que, saliendo un dia

de la hermosa primavera
Celia al parque, Don Alonso
al parque baxó con Celia.
Yo, que en el sitio esperaba
y le ví venir con ella,
por ella y por él no pude
disimular mas, sin mengua
de mi valor; y llegando
á los dos, pronuncié apenas
la primera razon, quando
Celia dixo: seais, Don Cesar,
bien venido; que os deseo,
porque con vuestra presencia
me dexará Don Alonso,
ya que á hacerlo, no le fuerzan
tantos desengaños. El,
mal pensada la respuesta,
dixo::: Mas no sé, que dixo;
que nunca un noble se acuerda
de palabras, que el enojo
pronuncia desde la lengua
á las espadas; mas luego
sacamos los dos las nuestras.
De una estocada cayó
en el suelo. Entonces Celia,
confundida con la gente,
que acudia á la pendencia,
pudo, sin ser conocida,

dar á su casa la vuelta,
y yo libre, fuí á tomar
á la Encarnacion iglesia,
donde estube, hasta que fuimos
á Portugal. Todas estas
cosas sabes. Desde aqui,
las que no sabes, empiezan.
Estando pues en Lisboa,
recibí por la estafeta
de Celia una carta; en que
dice::: Mas la carta es esta.

Lee.

Si no estubiera satisfecha, de que vos lo estais de la poca culpa que tube en vuestra desgracia, fuera mi vida la segunda que hubierades quitado. Mi hermano, como sabeis, está ausente, y no podeis tener retrahimiento mejor, que mi casa; que en ella no os han de buscar. Y asi, para tratar mas cerca de vuestros negocios, os podeis venir á ella, donde estareis secreto, como deseais, sino servido, como mereceis. Celia.

Esta carta me ha obligado,
á que hoy á Madrid me venga:
pues no hay retrahimiento, donde
seguro un hombre estár pueda,

Mosquito, como una casa
particular, y desde ella
podré de noche salir
á las cosas de mi hacienda,
y de mi composicion;
pues no negocia en ausencia
el pariente ni el amigo
lo que el mismo dueño. Fuera
de que, si he de hablar verdad,
ni esto ni aquello me fuerza
tanto, como parecerme,
que podré adorar las rexas
de Lisarda alguna noche,
ya que dispuso mi estrella,
que, dando muerte á su hermano,
toda la esperanza pierda,
de merecer su hermosura:
pues la que adorada era
cruel conmigo, ¿qué será
ofendida? ¿la que, fiera,
procedia á los halagos,
qué ha de hacer á las ofensas?
Esto á Madrid me ha trahido;
pues, para adorar en ella
las paredes de Lisarda,
estaré en casa de Celia.

MOSQUITO.

Siempre fuí de parecer,

que por lo menos tubiera
dos damas un hombre; porque,
de dos la una como aquesta,
no se puede errar el tiro.
Beatricilla é Inés sean
testigos tambien; pues, siendo
las dos de Lisarda y Celia
un algo mas que fregonas,
y algo menos que doncellas,
por si se pierde la una,
que la otra no se pierda,
las traygo en el corazon,
duplicadas como letras.
Pero dime, ¿qué papel
me toca en esta comedia
del caballero escondido?

D. CESAR.

Pues no estás culpado, fuera
te quedarás, á avisarme
de todo, lo que suceda.

MOSQUITO.

Y si, mientras se averigua,
si lo estoy ó no, me pescan
el coleto?

Ruido dentro.

LISARDA *dentro.*
Pára.
BEATRIZ *dentro.*
Tente,
borracho. ¿Qué haces?
D. CESAR.
Espera:::
MOSQUITO.
Por mi nombre me llamaron.
D. CESAR.
que en una zanja de aquellas
se ha atascado un coche.
MOSQUITO.
Y todo
sobre el arroyo se vuelca.
D. CESAR.
Mujeres son; fuerza es,
acudir á socorrerlas *vase.*
MOSQUITO.
Dios te haga caballero
parante por su clemencia;
que harto tiempo has sido andante.
Ya la encerada ballena,
para escupir sus Jonases,
por un costado revienta.
¡Beatricilla es, vive Dios,

la que sacaron primera.
Sin duda está aqui su ama.

Escondese, y sale Beatríz en brazos del cochero y Otañez.

BEATRIZ.

¡Ay de mí! Yo salgo muerta;
roto el manto, la basquiña
manchada, y en la cabeza
mas de quatro mil chichones.

GONZALO.

Voto á Dios.

BEATRIZ.

¡Gonzalo buena
cuenta ha dado de nosotras!

GONZALO.

Aquesta es la vez primera,
que me ha sucedido.

OTAÑEZ.

Cierto,
que si de esta suerte empieza,
que dentro de un año puede,
á mi ver, poner escuela,
de volcar coches.

BEATRIZ.

Parece,
que toda su vida entera,
no ha hecho otra cosa, segun

el primor, con que los vuelca.

OTAÑEZ.

¿Y señora?

GONZALO.

Un caballero
la ha sacado medio muerta.

OTAÑEZ.

Voy, á avisar á mi amo,
que allá en los jardines queda. *vase.*

GONZALO.

Yo á la torre de las guardas,
para que á ayudarme vengan. *vase.*

MOSQUITO *saliendo.*

¿Beatríz?

BEATRIZ.

¡Mosquito, qué es esto!

MOSQUITO.

Breve será la respuesta.
Vengo de lexas tierras,
niña por verte;
mas hallote volcada,
quiero volverme.

BEATRIZ.

¿Y tu señor?

MOSQUITO,

Vesle alli.

BEATRIZ.

¡Pues cómo de esta manera!

MOSQUITO.

Qué sé yo. Mas lo que importa
es, Beatríz, atar la lengua.

BEATRIZ.

Haz cuenta, que deslenguada
estoy.

MOSQUITO.

Pues no es buena cuenta;
que las deslenguadas hablan
mas, que las lenguadas mesmas.

Saca á Lisarda Don Cesar.

D. CESAR.

Bien de oceano hespañol
blasonar podrá esta esfera,
pues acaba su carrera,
despeñada en ella el sol.
Cobre en su bello arrebol
el nacar; no triunfe asi,
hoy de tan bello rubí.
¡Ay Lisarda, quién pensára,
que yo en mis brazos llegára,
á verte! ¡Mas, ay de mí,
que, como estás sin sentido,
estoy con ventura yo,
pues tú con sentido no
me lo hubieras consentido!
Desdichada dicha ha sido,

la que tanto bien me ha dado;
pues ya me cuesta el cuidado,
de verte asi, que es forzoso,
que esté, ahun quando mas dichoso,
desdichado el desdichado.
Hermosisimo desvelo,
á cuyo desmayo pierde
el suelo su pompa verde,
y su pompa azul el cielo,
desentumecced el hielo
al fuego de vuestro ardor.
Ved, que lloran el rigor
de tanto mortal desmayo
todo el cielo rayo á rayo,
todo el suelo flor á flor.
Aquestas campañas bellas
sin luz están ni arrebol.
Anocheced, si sois sol;
pero dexadnos estrellas.

LISARDO.

¡Ay de mí, infelíz!

D. CESAR.

Ya en ellas,
hay nueva luz. Pues volvió
en sí, mi dicha acabó:
mi desdicha digo esquiva;
que, á precio de que ella viva,
no importa, que muera yo.

LISARDA.

¡Qué es, lo que pasa por mí!

D. CESAR.

Cielos, pues se ha de ofender
de verme, no me ha de ver.

Cubrese el rostro.

LISARDA.

¡Qué es esto! ¡Quién está aquí!

D. CESAR.

Quien, viendo, señora, allí,
que su vereda el sol ciego
errada llevaba, luego
llegó á emendar el acaso;
porque no era digno ocaso,
tan poca agua á tanto fuego.

LISARDA.

¿Pues cómo, habiendo vos sido,
quien mi vida ha restaurado,
la voz habeis recatado,
el rostro habeis escondido?
Lo que decís, no he creído,
ó son medios poco sabios;
que, esconder semblante y labios,
ni han sido, ni son oficios,
de quien hace beneficios,
sino de quien hace agravios.

D. CESAR.

Quien sirve, por merecer,
no merece, por servir;
pues ya se dá á presumir,
que se lo han de agradecer.

LISARDA.

Tan hidalgo proceder,
ya es otro merito, en quien
hace sin pension el bien.
Decid, quien sois.

D. CESAR.

No haré tal.

LISARDA.

¿Y he de proceder yo mal,
porque vos procedais bien?
No. Y asi he de ver ahora,
quien sois.

D. CESAR.

Pues no lo veais,
si agradecer deseais
este secreto, señora.

LISARDA.

Duda el alma, el pecho ignora
porque.

D. CESAR.

Porque, si me veis,
de verme, os ofendereis.
Y asi, el deeirlo, dilato,

por no perder este rato,
que en duda lo agradeceis.

LISARDA.

¡Ofenderme yo, de veros!

D. CESAR.

Como holgarme yo, de hablaros.

LISARDA.

¡Pesarme á mí, de miraros!

D. CESAR.

Sí, como á mí, de perderos.

LISARDA.

¡Yo sentir, el conoceros!

D. CESAR.

Como yo el riesgo, en que estoy.

LISARDA.

Pues yo tengo de ver hoy,
por qué el pesar ha de ser,
el sentir y el ofender.

D. CESAR.

Porque yo, señora, soy.

Descubrese.

LISARDA.

Bien dixisteis, sí, que habia
de ofenderme el veros; bien,
que el conoceros, tambien
pesar para mí sería;
Bien, que la ventura mia,

habia de sentir hablaros;
pues ya, solo por sacaros
verdadero, siento, veros,
me pesa, de conoceros,
y me ofendo, de miraros.
¿Cómo, cómo habeis tenido
atrevimiento, de estár
en tan público lugar?

D. CESAR.

¡Quándo no fuí yo atrevido!

LISARDA.

¿Cómo hasta aqui habeis venido?

D. CESAR.

Como igualando á los dos,
si, por darle muerte, ay Dios,
á vuestro hermano, me fuí,
bien volví, pues que volví,
por daros la vida á vos.

LISARDA.

Tanto á sentir he llegado,
verla de vos defendida,
que he de aborrecer mi vida,
por habermela vos dado.

D. CESAR.

Lisonja de mi cuidado
será, ver tratar asi
vuestra vida desde aqui;
pues consuelo me parece,

que, quien su vida aborrece,
¿por qué ha de quererme á mí?

BEATRIZ.

Mi señor, que se quedó
en esos jardines, viene
hácia acá.

D. CESAR.

¡Qué haré!

LISARDA.

Conviene, ap.
proceder yo como yo.
Don Cesar, no penseis, no,
que en mí mas poder alcanza
de mi enojo la esperanza,
que la de mi rendimiento.
Obre el agradecimiento,
primero que la venganza.
Yo le tendré. Idos de aqui.

D. CESAR.

Sí haré, pues vos lo mandais.

LISARDA.

Y, si una vida me dais,
ya mi obligacion cumplí;
pero advertid desde aqui,
que no estais libre en lugar
ninguno.

D. CESAR.

Considerar

debeis, que aqueso es decir:::

LISARDA.

¿Qué?

D. CESAR.

que os busque.

LISARDA.

¿El despedir cómo puede ser llamar?

D. CESAR.

Pierdese una noche obscura
en un monte un caminante;
y, quando con planta errante,
hallar la senda procura,
mas se ofusca en la espesura.
El can, que despierto está,
siente el ruido, y á hacer vá
que huya de él con pies veloces,
llamandole con las voces,
que, para que huya, le dá.
Yo asi confuso y perdido,
camino ni senda sé.
Bien, que no veo, se vé,
pues á tus pies he venido.
Tú, despierta siempre al ruido
del desden velando estás;
voces, porque huya, me das;
mas, como perdido estoy,
donde oyendo la voz voy,

me voy acercando mas. *vase.*

Salen Don Diego viejo y Gonzalo.

LISARDA.

El coche.

D. DIEGO.

Vos, majadero,
mirad, lo que haceis.

GONZALO.

No quiero,
que presumas:::

D. DIEGO.

No seais pues
desvergonzado.

BEATRIZ,

Eso es
decir, que no sea cochero.

D. DIEGO.

¡Lisarda, qué ha sido aquesto!

LISARDA.

Que ese coche se cayó.

D. DIEGO.

¿Hizote mucho mal?

LISARDO.

No.

D. DIEGO.

Volvamos á casa presto. *vanse.*

Salen Don Felix, Celia, é Inés.

CELIA.

Extraña es su condicion.

D. FELIX.

¿Por qué no ha de ser extraña,
si, tú para que lo sea,
Celia, me has dado la causa?

CELIA.

¡Yo la causa, para que
de la guerra, donde estabas,
te hayas venido á Madrid,
á solo hacer en la casa,
donde me mata tu ausencia,
y donde viviendo me hallas,
prevenciones de cerrar
las puertas y las ventanas;
de modo, que en los texados,
ahun no has dexado una guarda
sin rexa! ¿Pues á qué efecto,
siendo yo, Felix, tu hermana,
sin mirar, que en mi respeto
tu mismo respeto agravias,
tan neciamente me zelas,
tan locamente me guardas?

D. FELIX.

Celia, no puedo negar,
que es necedad asentada

la desconfianza. Es cierto;
pero, no habiendo ventanas,
es menor; pues en efecto,
si no asegura, descansa.

CELIA.

Buena disculpa has hallado,
de haber dado desde Italia
vuelta á Madrid, tan á costa
de tu opinion y tu fama.
Partistete de la Corte,
lleno de plumas y galas;
no te debió de sonar
bien el ruido de las caxas,
ni oler la polvora bien,
echando menos el ambar,
y vienes diciendo extremos,
por dar disculpa á tu:::

D. FELIX.

Basta,
Celia. Salte tú allá fuera,
Inés.

INES.

De esta vez descansa
su corazon. *Vase.*

D. FELIX.

Pues baldonas
mi honor con soberbia tanta,
diré, lo que he pretendido

INES.

Aqui te llama
Don Juan de Silva, tu amigo.

D. FELIX.

Celia, no entienda Inés nada
de esto; que no es menester,
que lo que entre los dos pasa,
lo sepan de ningun modo
ni criados ni criadas:
y retirate á tu quarto,
porque éntre en aquesta sala
Don Juan. *vase D. Felix.*

INES.

Señora,
¿que una plática tan larga
hayais tenido?

CELIA.

Don Felix
ha sabido quanto pasa.

INES.

¿Y lo del tabique?

CELIA.

No;
eso solo se le escapa.
Por si hablan los dos en mí,
escuchemos, lo que hablan.

Escondense las dos, y salen Don Juan y Don Felix.

D. JUAN.

Seais, Don Felix, bien hallado.

D. FELIX.

Y vos, Don Juan, bien venido.

D. JUAN.

¡Gran dicha hallaros ha sido!

D. FELIX.

¡De qué venís tan turbado!

D. JUAN.

Ya sabeis, que de Lisarda
amante y primo adoré
la hermosura, mientras que
la dispensacion, que hoy tarda,
viene, á hacerme tan dichoso,
que premiando mi constante
amor, de primo y amante,
me llega á llamar esposo.
Ya sabeis, como mató
á su hermano y primo mio,
Don Cesar en desafio,
por una mujer, que yo
nunca conocí. Pues hoy,
por vencer esta tristeza,
salió al campo su belleza.
Yo, que de sus luces soy

flor, que la vive adorando.
á la Casa la seguia,
del campo, donde ella habia
con su padre ido; mas, quando
iba la puente á baxar,
el coche encontré en la puente,
porque no sé qué accidente
tan presto la hizo tornar.
Llegando al Sol, que conquisto,
á sacrificar mi vida,
de mi primo al homicida,
me pareció, que habia visto,
entrar de camino. Yo
le quise reconocer;
mas, siendo al anochecer,
no fue posible, y por no
errarlo, si no era él,
todo el lugar le seguimos
ese criado y yo, y vimos
apear; (¡pena cruel!)
adonde, á ver, si es ó no es,
quiero, que vamos los dos,
y que entreis delante vos,
porque no se esconda, pues
de vos no se ha de guardar.
Esto habeis de hacer por mí,
ya que de vos me valí,
pues es forzoso, amparar

un amigo ó un caballero,
quando no lo fuera yo,
á qualquiera que:::

D. FELIX.

No, no
digais mas. (Si considero, ap.
ahunque hoy no es mucho el error,
que si ésta la muerte fue
por Celia, asi vengaré
con otra causa mi honor)
que ya sé, que es recibida
necedad, que, sin dudar
ni saber ni preguntar,
ofrezca un hombre su vida,
á quien le llama; y asi,
ahorrad pláticas conmigo,
y guiad; que ya yo os sigo.

D. JUAN.

Menos de vos no creí.
Vamos; vereis, vive el cielo,
si el venir mi honor castiga.

D. FELIX.

¡Oh, á qué de cosas obliga
esta necia ley del duelo!

Vanse, y salen las dos.

CELIA.

¡Ay, Inés, lo has escuchado!

INES.

¡De qué me hubiera servido
servir, si no hubiera sido,
de saber quánto han hablado!

CELIA.

A Cesar van á buscar,
(¡pena injusta, dura suerte!)
para darle los dos muerte.
¡Quién pudiera imaginar,
que yo á Don Cesar llamára,
á que en mi casa viviera,
que antes mi hermano viniera
que él, y él mismo le buscára,
para matarle; y asi
satisfaciera mi hermano
sus zelos; pues es tan llano,
que fue la muerte por mí!

INES.

No dés por hecho, señora,
lo que, para haber de ser,
ahun faltan por suceder
mas de mil cosas ahora;
el ser verdad su venida,
que los dos le hayan de hallar
luego, y luego le han de dar
por la tetilla la herida.

CELIA.

Bien mi temor desconfia,

porque es tirana mi estrella.

Hacen ruido dentro.

INES.

Aguardate. ¿No es aquella
la seña, que antes solia
Don Cesar hacer?

CELIA.

Sí.

INES.

Dios
mejora los dias.

CELIA.

Pues
metele tú en casa, Inés,
mientras le buscan los dos:

vase Inés.

Que hoy verá Cesar, es llano,
como mi ingenio le guarda
de su padre de Lisarda,
de su primo y de mi hermano.

Salen Inés, Don Cesar y Mosquito.

D. CESAR.

Hasta llegar á tus brazos,
hermosa Celia, no sé,
si tube vida; y asi,
pues que mis ojos te vén,

dame, señora, á besar
solo el chapin de tu pie.

MOSQUITO.

Y á mí todo el ponleví
de tus zapatos, Inés.

CELIA.

Seas, Don Cesar, bien venido
á aquesta casa; que, ahunque
no pueda servirte en ella
hoy, como yo imaginé,
por causa de haber venido
mi hermano:::

D. CESAR.

La voz deten.
¡Qué dices! ¡Tu hermano está
ya en Madrid!

CELIA.

El dia que
escribí, que tú vinieras,
supe, como venia él;
que no te enviára á llamar
á no saberlo despues.

D. CESAR.

¿No estaba en la guerra?

CESAR.

Sí;
y lo que le hizo volver
tan presto, fue haberle escrito

el suceso tuyo.

D. CESAR.

Pues
segun eso en mayor riesgo
en tu casa estoy.

CELIA.

¿Por qué?

D. CESAR.

Porque no es posible estar
un punto en ella.

CELIA.

Si es;
que puede, Don Cesar, mucho
amor, ingenio y mujer.
Hoy en casa, Cesar, tengo
prevenido, donde estés,
sino bien acomodado,
seguro á lo menos bien.

D. CESAR.

¿De qué suerte?

CELIA.

De esta suerte.
Aquesta casa que vés,
tiene dos quartos, el baxo,
y el alto, que es éste, en que
yo vivo, porque en esotro
vive un estrangero, á quien
vienen despachos de Roma.

Esto convino saber,
por si acaso el dueño hallaba
para toda ella alquiler.
Por de dentro de ella tiene
secreta escalera, que
comunica los dos quartos,
ahunque condenada esté,
por ser los huespedes dos.
Aqueste tabique pues
por la parte ésta de abaxo,
de suerte, Don Cesar, que
yo por la parte de arriba
con mil trastos le ocupé
el dia, que por mi carta
á mi casa te llamé,
y, de que venia mi hermano,
aviso tube tambien.
Me hallé confusa, sitiada
de los dos, por no saber,
qué hacer con los dos: y asi
escucha, lo que pensé.
Cerrar, dice la escalera
por acá arriba muy bien,
tabicando sobre tabla
una puerta; que no fue
dificil tomar el yeso
sobre tomiza ó cordel;
de suerte, que no quedó,

ni ahun señal en la pared:
mayormente, que la quadra,
donde cae, sirve tambien
de tocador mio, y la tengo
colgada toda, con que
está mas disimulada.
Aqui estarás, Cesar, bien
todo el tiempo, que mi hermano
dentro de casa no esté,
y en estando en casa, dentro
de esta escalera:::

MOSQUITO.

Pardiez,
que habrá lindo San Alexo.

D. CESAR.

¡Qué dices!

CELIA.

¡Qué hay que temer!

D. CESAR.

Mil inconvenientes, Celia.

CELIA.

Dí, ¿quáles son?

D. CESAR.

Vamos pues,
salvando dificultades.
¿Es posible, no saber
tu hermano, que esta escalera
estaba aqui?

CELIA.

Sí; porque
en ausencia suya, yo
aqueste quarto alquilé;
y asi, no sabe Don Felix
todos los secretos de él.

D. CESAR.

¿Cómo, si vino zeloso
tu hermano, te dexó hacer
esa pared?

CELIA.

Un criado,
viendo su cuidado, fiel
me avisó; y asi ya estaba
hecha, quando llegó él.

D. CESAR.

Yo estimo, Celia, en el alma
el cuidado y la merced;
mas, ya que vino tu hermano
á este tiempo, ¿para qué
hemos de estar con cuidado
tan grande? Y asi me iré
contento, de haberte visto.
Quedate con Dios.

CELIA.

Deten
los pasos, Cesar; que no
de aqui has de salir, ni es bien

que está á gran riesgo tu vida.

D. CESAR.

¿De qué suerte?

CELIA.

Has de saber,
que en la posada que estás,
te ván á matar.

D. CESAR.

Pues, quién,
quisiera saber.

CELIA.

Don Felix;
que aqui se lo dixo á él
Don Juan. Pero qué::: ¿Llamaron?

Llaman dentro.

INES.

Sí, y mi señor mismo es.

CELIA.

Pues ya no puedes salir,
por fuerza te has de esconder.

INES.

El tabique sirva ahora,
ya que no sirva despues.

D. CESAR.

Por tu opinion solamente
me escondo ahora; mas despues,
que se haya acostado, Celia,

he de salir.

CELIA.

Presto vé,
mientras allá abren la puerta,
y en esa escalera, Inés,
encierra á los dos.

MOSQUITO.

¡A mí
han de encerrarme tambien!

INES.

Claro está, y no abras, en tanto
que recojida no esté
la casa, y en lo mas baxo
estad sin ruido.

D. CESAR.

¡Ah poder
de la fortuna! Mi vida
acabe ya de una vez.

Vanse los dos con Inés, y salen D. Juan, y Don Felix.

D. FELIX.

Ya estoy en mi casa; idos
Don Juan.

D. JUAN.

Pues de ella os saqué,
y os conocieron á vos,
y á mí no, hasta que quedeis

seguro, no he de dexaros.

CELIA.

Pues viene Don Juan con él,
sin duda, á buscar á Cesar
vienen los dos. *ap.*

D. FELIX.

Sí ha de ser.
¿Ola?

Sale un criado.

CRIADO.

¿Señor?

D. FELIX.

Esta hacienda
toda en salvo la poned
abaxo en el quarto de ese
caballero Milanés,
en tanto que hablo á mi hermana.

D. JUAN.

Yo el primero á todo iré.

Vanse Don Juan y el criado.

CELIA.

La casa van despojando.
Buscarle, sin duda es. *ap.*

D. FELIX.

¿Hermana?

CELIA.

¿Felíx, qué trahes?

D. FELIX.

Traygo una pena cruel.

CELIA.

Los dos han sabido allá, ap.
que aqui Don Cesar esté.

D. FELIX.

Llamóme Don Juan de Silva,
para que fuera con él,
á buscar á su enemigo.
Dixera al mio mas bien.
Al fin llegué á la posada.
y al huesped le pregunte,
dónde un forastero estaba,
que hoy despues de anochecer,
llegó á su casa. Que no
habia hecho mas, que haber
dexadole alli dos mulas,
dixo, y que se fue despues.
Esperandole estubimos
mas de dos horas ó tres,
hasta que un hombre llegó
de color, y al parecer
de Don Juan, que yo jamás
le ví, dixo, que era él.
Envestimosle los dos,
desembarazóse bien,

y al ruido de las espadas,
llegó Justicia, á querer
conocernos, y Don Juan
dió con el uno á sus pies.
Resistimonos en fin,
hasta que no faltó, quien
entre las voces decia:
Don Felix de Acuña es:
Habiendome conocido,
apelamos á los pies.
A riesgo traygo la vida,
por ser una muerte, y ser
con resistencia. Y asi,
pues ausentarme ha de ser
fuerza, no has de quedar, Celia,
donde me escriban despues
alguna cosa de tí,
que no le esté á mi honor bien.
Y asi conmigo al instante
en casa de mi tio ven,
donde quedarás guardada
de su cuidado; porque
no he de ausentarme yo, en tanto
que tú segura no estés.

CELIA.

Don Felix:::

D. FELIX.

No hay que decirme,

CELIA.

advierte:::

D. FELIX.

Aquesto ha de ser.
No hay, Celia, que replicar.

Sale Inés.

INES.

En un instante se vé
mudada toda la casa.
¿Qué es, lo que intenta hacer?

Salen algunos criados.

CRIADO 1.

Baxa tú aquese escritorio.

CRIADO 2.

Tira de ese brocatel;
que hasta las camas están
ya desarmadas tambien
abaxo, y no queda aqui
solo un clavo en la pared.

Quitan las colgaduras, y queda debaxo una pared blanca, con dos puertas á los lados, y enmedio una blanqueada disimulada.

D. FELIX.

Celia, vamos; que esto es fuerza.

Vente con tu ama, Inés.

CELIA.

¡A quién, cielos, en el mundo
esto puede suceder! *ap.*

INES.

¿Mas que á los de la escalera
los han de mudar tambien? *ap.*

INES.

Sale Don Juan.

No se quede aqui ninguno.
Salid, y cerrad despues.

A la puerta de enmedio D. Cesar y Mosquito.

D. CESAR.

Mas de media noche es ya.

MOSQUITO.

¡Si se habrá olbidado Inés,
de que nos tiene escondidos!

D. CESAR.

Pues ya tan quieta se vé
la casa, abre aquesa puerta:
despega un poco el cancel;
que teniendo colgadura
encima de la pared,

no nos podrán ver; sabremos,
que ruido, el que han hecho, es.

MOSQUITO.

¿Dónde está la colgadura?

D. CESAR.

Llama á Inés.

MOSQUITO.

¿Inés, cé, cé?

D. CESAR.

Quedo, no te vean ni oygan.

MOSQUITO.

¿Quién nos ha de oír ni ver,
si estamos en el desierto?
Por Dios; que á mi parecer
Alemanes han entrado
en esta casa.

D. CESAR.

¿Por qué
lo dices?

MOSQUITO.

Porque ha quedado
desbalijada.

D. CESAR.

¡Que estés
tan loco! ¡Que digas esto!

MOSQUITO.

Mas lo estás tú, en buena fe,

si dices esotro. Sal,
y verás, que no hay que ver.
Pues, para que tú lo veas,
sin duda, si es ó no es,
solo han dexado una luz
por descuido ó por merced.
Ni una silla, ni un bufete,
ni un quadro, ni un escabel,
ni un baul, ni un escritorio,
ni una cama, ni un cordel,
ni un jergon, ni una cortina,
ni una Celia, ni una Inés
nos han dexado.

D. CESAR.

¡Qué es esto;
que, ahunque yo el ruido escuché,
los golpes sin las palabras
no se daban á entender!
Gran novedad habrá sido,
la que á esto ha obligado.

MOSQUITO.

Ahun bien;
que vivirémos mas anchos:
pero pudieran haber
Inés y Celia dexado
siquiera un pan que comer.

D. CESAR.

¡Que estés ahora de gracia!

MOSQUITO.

Esto de desgracia es.

D. CESAR.

Y asi viendo, lo que ha sido,
y lo que aquí importa hacer,
es, irnos; porque, si Felix
ha llegado ya, á entender,
que por causa de su hermana
á Don Alonso maté,
y que hoy estoy en en Madrid,
¿quién duda, que aquesto es,
por vengarse?

MOSQUITO.

¿Pues por dónde
hemos de salir? ¿No ves
cerradas todas las puertas?

D. CESAR.

Por las ventanas.

MOSQUITO.

Tambien
son todas rexas.

D. CESAR.

Por una
guarda del texado. Vén
conmigo.

MOSQUITO.

Yo ruego á Dios,
que una gatada no dé.

D. CESAR.

¡Cielos, semejante caso
á quien pudo suceder!

JORNADA SEGUNDA.

Salen por una de las dos puertas Don Cesar y Mosquito.

MOSQUITO.

Esta es la casa sin duda,
que aquel famoso Extremeño
Carrizales fabricó
á medida de sus zelos;
pues no hay puerta ni ventana,
guarda, patio ni agujero,
por donde salga un Mosquito.
Digalo yo.

D. CESAR.

¡Si el ingenio
quisiera inventar un caso
extraño, pudiera hacerlo
con mayores requisitos
fingidos, que verdaderos
están presentes! ¡Habrá
quien crea, que es verdad esto!

Venir llamado de Celia:
tener aviso á este tiempo,
de que su hermano venia:
hacer con tanto secreto
este tabique: llegar
Felix á Madrid primero
que yo: esconderme por fuerza:
y, en estando una vez dentro,
mudarse toda la casa:
dexarme aqui: y en efecto,
no haber por donde salir:
cosas son, viven los cielos,
que han menester mas paciencia,
que la mia.

MOSQUITO.

Pues no es eso
lo peor.

D. CESAR.

¡Pues qué será,
si esto no es!

MOSQUITO.

Que no tenemos
que comer; porque el gigote,
que se olbidó en un puchero
á la lumbre, el medio pan
de la alhacena, ya dieron
fin. Y asi es fuerza, rendirnos
por hambre; porque no hay dentro

del sitio para dos horas
municion ni bastimento.

D. CESAR.

¡Que tubiese yo una llave
maestra de casa, al tiempo
que, ausente su hermano, entraba
á hablar á Celia, y que luego
se la volviese el dia, que
de aqui me ausenté! ¡Mas esto
quién lo pudo prevenir,
con humano entendimiento!

MOSQUITO.

Ya mal distinta la luz
en los distintos reflexos
se vá declarando. ¿En fin
qué piensas hacer?

D. CESAR.

Un medio
solamente se me ofrece.

MOSQUITO.

¿Y es, señor?

D. CESAR.

Escucha atento.
En este quarto de abaxo,
á Celia oí, que un extrangero,
hombre de negocios, vive.
A ese declararme pienso;
que menos importará,

que sepa uno mas aquesto,
que dexarme matar; pues
no dudo, que es el intento
este, de haberse mudado
Don Felix.

MOSQUITO.

¿Y cómo harémos,
para llamarle?

D. CESAR.

Dar golpes
por la escalera.

MOSQUITO.

Yo apuesto,
que piensan, que andan ladrones
al primer golpe, que demos,
y que nos matan á palos,
antes de oirnos.

D. CESAR.

No creo,
que hay otra cosa que hacer.
Voy á llamar. ¡Mas qué es esto!

Al ir á llamar él, llaman de adentro.

MOSQUITO.

El extrangero de abaxo,
que llama, antes que llamemos
nosotros. ¿Mas quánto vá,
que nos mudaron á un tiempo,

y estando él tambien cerrado,
ha pensado allá lo mesmo?
Llaman otra vez.

D. CESAR.

Esto es llamar á la puerta.

MOSQUITO.

¿Quién es?

D. CESAR.

Tente. ¡Qué haces necio!

MOSQUITO.

Responder, á quien nos llama,
que la llave no tenemos;
que vaya por ella.

D. CESAR.

Espera;
que, responder, no es acierto.

MOSQUITO.

Dexame solo llegar,
á ver por el agujero
de la llave, quién es.

D. CESAR.

Mira.

MOSQUITO.

Buena hacienda habemos hecho.
¡Ay señores!

D. CESAR.

¿Qué hay, Mosquito!

MOSQUITO.

La Justicia por lo menos
es, quien llama.

D. CESAR.

¡La Justicia!

MOSQUITO.

Sí, señor.

D. CESAR.

Por Dios, que es cierto.
¡Quién presumiera, que así
se vengára un caballero!

MOSQUITO.

Celia, señor, te ha vendido.

Golpes con martillo.

D. CESAR.

Vive Dios, que no lo creo
de Celia.

MOSQUITO.

Yo sí. Ya escampa.

D. CESAR.

¿No es descerrajar aquello?

MOSQUITO.

Sí. Ya conozco los golpes;
que estos son los golpes mesmos,
que, al empezar las comedias,
se dan en los aposentos.

D. CESAR.

¡Qué hemos de hacer!

MOSQUITO.

Confesarnos,
es el mas útil remedio.

D. CESAR.

Por si acaso es otra cosa,
lo mejor es, escondernos;
y no sea lo de anoche,
oír el ruido y no el suceso.

Entranse en la escalera, y abren la puerta, y salen Octavio, Alguaciles y gente.

OCTAVIO.

¿Para qué es romper la puerta?
que, pues yo las llaves tengo,
yo abriré, y ya que lo está,
diganme, sobre qué es esto,
vuesas mercedes; que yo
á los golpes, que he oído, vengo
desde ese quarto, en que vivo.

ALGUACIL.

Buscamos un caballero;
Don Felix de Acuña es
su nombre, por haber muerto
anoche un hombre en mi calle.

OCTAVIO.

Aqui importa el fingimiento. *ap.*
¡Don Feliz de Acuña!

ALGUACIL 1.

Sí.

OCTAVIO.

Pues ya ha mas de mes y medio,
que no vive en esta casa,
y que yo las llaves tengo
del quarto, para alquilarle,
con poderes de su dueño.
Bien se muestra, en verle asi.

ALGUACIL 2.

Tarde venimos.

ALGUACIL 1.

¿Qué haremos?

ALGUACIL 2.

Poner esta diligencia
por escrito.

Sale Otañez.

OTAÑEZ.

Aqui Don Diego
mi señor viene, á saber,
qué hay de aquel despacho.

OCTAVIO.

Necio,
¿que estoy ahora, no veis

con estos señores? Luego
baxaré; que en mi escritorio
me espere. *vase Otañez.*

ALGUACIL 1.

Aqui no tenemos,
que hacer. Vuesasted se quede
con Dios.

ALGUACIL 2.

Si hubieramos hecho
anoche la diligencia,
quizás no se hubiera puesto
en salvo.

ALGUACIL 1.

Nadie nos dixo,
ahunque se andubo inquiriendo
anoche, adonde vivia.

Vanse los Alguaciles, y salen D. Diego y Otañez.

D. DIEGO.

Señor Octavio, viniendo
tan de mañana, á saber
si habia venido en el pliego
que anoche llegó de Italia,
la dispensacion, que espero,
para casar á mi hija
con su primo, que deseo
salir ya de este cuidado:

y esperando, por saberlo,
allá baxo, ví baxar
Justicia; y asi me atrevo
á subir acá, por ver,
si en algo serviros puedo.

OCTAVIO.

En quanto á vuestros despachos
muy bien las albricias puedo
pediros; que ya han venido.

D. DIEGO.

Mil años os guarde el Cielo.

OCTAVIO.

En esto de la Justicia,
es, que un noble caballero
aseguró su persona
y su hacienda; que él atento
á su honor, dexar no quiso
sola á su hermana; y diciendo
estaba, que no vivian
ya aqui.

D. DIEGO.

¡Ay de mí, lo que siento,
el traher á la memoria,
á vista de ese suceso
mis penas! Siempre son muchas,
cada instante, que me acuerdo
de la muerte de mi hijo,
y que el que le mató, huyendo

tambien se libró de mí;
que yo le hiciera:::

OCTAVIO.

¿En efecto
nunca de él habeis sabido?

D. DIEGO.

Hasele tragado el centro
de la tierra; mas dexadme,
y no hablemos mas en esto.

OCTAVIO.

Yo hablo, porque hablabais vos;
vamos. ¿Mas qué tan atento
mirais en aqueste quarto?

D. DIEGO.

En que he venido á hacer, pienso,
de un camino, como dicen,
dos mandados; porque, habiendo
la dispensacion venido,
he de traher desde luego
á mi sobrino á mi casa;
y la que yo ahora tengo,
no es capáz; de mas, que ha un mes
que ando buscandola, y creo,
que este quarto por el barrio
y vecindad será bueno.

OCTAVIO.

Yo me holgaré, que os agrade,
por lo mucho que intereso.

D. DIEGO.

¿Qué mas vivienda que aquesta tiene?

OCTAVIO.

No sé; que os prometo, que, aunque dias ha que vivo en él, es hoy el primero, que en él he entrado.

Entran por una parte, y salen por otra.

D. DIEGO.

En verdad que me agrada: si por cierto; mayormente, por tener estos dos quartos diversos, pues en éste, hasta casarse, estará Don Juan, y luego yo estaré, dexando esotro, que es el mayor, para ellos. ¿Qué gana este quarto?

OCTAVIO.

Gana dos mil reales.

OTAÑEZ.

Es gran precio, que están baratas las casas.

D. DIEGO.

Decidme, quién es el dueño,

porque le vaya, con él
á concertar.

OCTAVIO.

Para eso
haced cuenta, que yo soy;
pues de un amigo es, que á un pleyto
está en Granada, y poder
para sus negocios tengo;
y asi conmigo no mas
se ha de tratar.

D. DIEGO.

Segun eso,
ya queda el quarto por mio,
porque yo con vos no tengo
de recatear; y asi haced,
porque vengan al momento
á colgarle, que las llaves
se dén.

OCTAVIO.

Si ha de ser tan presto,
mejor es, que os las lleveis,
porque hoy una holgura tengo
en el campo, y en mi casa
no queda nadie. Bajemos
donde la dispensacion
os dé, y las llaves.

D. DIEGO.

Contento

voy del quarto.

OCTAVIO.

No creereis,
quánto, én que lo esteis, me huelgo.

D. DIEGO.

Tendreis un criado en mí,
en Lisarda un angel bello
por vuestra, que es muy hermosa.

Vanse cerrando, y salen Don Cesar y Mosquito.

D. CESAR.

¿Haslo entendido?

MOSQUITO.

Algo dello.

D. CESAR.

¡Habrá mas y mas acasos!
¡Habrá mas y mas sucesos,
que eslabonen mis desdichas,
que logren mis sentimientos!
Un hombre mató Don Felix:
el mudarse nació de esto,
y buscando los despachos
para hacer el casamiento
de Lisarda y de su primo,
su padre (muero de zelos)
á Octavio subió á buscar
á este quarto, y al momento

se contentó de él, y de él
llevó las llaves el mesmo;
y por remate de todo,
porque ahun solo este remedio
de llamar abaxo, falte,
todos se van fuera. ¡Cielos,
hasta dónde echada está
la linea á mi sufrimiento!

MOSQUITO.

Alquilar un hombre un quarto
con ropa y servicio, vemos
en la corte cada dia;
pero el alquiler mas nuevo
es, alquilar uno un quarto
con amo y criado dentro.
Mas á bien, que en estos casos
de pesar hay de consuelo
otros.

D. CESAR.

¿Quáles son?

MOSQUITO.

No haber
Octavio visto antes de esto
esta escalera, y estar
de esta casa ausente el dueño,
pues si él viniera á alquilarla,
su escalera echára menos,
y fuera fuerza, el hallarnos

escalerados Don Diego.

D. CESAR.

En fin, para haber de ser
un tan extraño suceso,
no hay inconveniente alguno,
segun todo se ha dispuesto;
pero no se ha de rendir
hoy el valor de mi pecho
á faciles imposibles.

Saca la daga, para abrir la puerta.

MOSQUITO.

¿Qué haces?

D. CESAR.

Desclavar pretendo
con esta daga la puerta,
y salir de aqui; primero
que mi enemigo me cierre
hoy el paso; ahunque sea al riesgo,
de que en la primera calle
me prendan; que ya no quiero
vida, casada Lisarda
con Don Juan; ni quiero (ay cielos)
esperar, á ser testigo
ya del daño, que me ha muerto.

MOSQUITO.

Dices bien, señor; salgamos
de aqui, ahunque descerrajémos

la puerta.

D. CESAR.

No he de esperar
mas desdichas. ¡Mas qué véo!
Por la parte de allá fuera
abren.

MOSQUITO.

Pues el retrahimiento.

D. CESAR.

Por si es Don Diego, es forzoso.

MOSQUITO.

Mucho. nos quiere Don Diego,
pues que nos guarda con llave.

D. CESAR.

¡Qué viniese á tan mal tiempo!

MOSQUITO.

Segun todo se hace apriesa,
que sea el Adrede pienso.

Escondense los dos, y salen Beatríz, y Otañez.

BEATRIZ.

¿Aquesta es la casa?

OTAÑEZ.

Sí.

BEATRIZ.

Santiguome, y entro, á vella,
con el pie derecho en ella.

Malo es, abrirse hácia aqui
la puerta, y los escalones
toman la vuelta al revés,
bien, ó mal; una dos, tres:
y las bigas no son nones.
Otañez, vuelva á señor,
y diga, que, si no ha dado
el dinero adelantado
de esta casa, será error,
si al dueño no se le obliga
á mudar la puerta, (es llano,)
la escalera hácia esta mano,
y añadir aqui una biga.

OTAÑEZ.

Mala mano te dé Dios,
y mala biga tambien.
¿Mas esto del mal y el bien,
esto de la una y las dos,
el pie derecho por guia,
mirar puertas y escalones,
son por tu vida lecciones
de la dueña de tu tia?

BEATRIZ.

Claro está. ¿Qué pensais vos?
Como eso, quando acá estaba,
cada dia me enseñaba,
porque era una alma de Dios.

OTAÑEZ.

Y se le echa bien de ver
en la christiana doctrina,
que enseñaba á su sobrina.
Mas, Beatríz, lo que has de hacer,
es solamente tratar,
de varrer la casa, y no
contar sus bigas; que yo
tengo un chozno familiar,
que dá de mí testimonio.

BEATRIZ.

Si él es familiar, y está
con vos:::

OTAÑEZ.

Dilo.

BEATRIZ.

no será
familiar, sino demonio.

OTAÑEZ.

Picudita, bachillera,
que desde vuestra niñéz
teneis para la vejéz
hecho el gasto de hechicera;
hablad, como habeis de hablar.

BEATRIZ.

Arrendajo de Don Bueso,
anatomía de hueso,
almanac particular:

vos, que sois en el abismo
de esa calcilla neutral
de vos mismo el orinal,
y el musico de vos mismo,
flaca cecina de yegua,
baul de tabla, y pellejo,
me recorderis de viejo,
parce mihi de la legua,
puerto seco de la tos,
quiroteca de Cayfás,
y trecientas cosas mas,
¿cómo se ha de hablar con vos?

OTAÑEZ.

Relamidilla, embustera,
agradeced, que ha llegado
el coche, y que se ha apeado
señora; que yo os hiciera
llevar á la Inquisicion.

Sale Lisarda con manto.

LISARDA.

Notable priesa ha tenido
mi padre, pues ha querido
mudarse sin dilacion,
y que venga la primera
yo, á ver la casa y mandar,
cómo se ha de aderezar.

OTAÑEZ.

Tal huesped en ella espera.

BEATRIZ.

Muy cuerdo mi señor anda,
en que tú vengas ahora,
pues no agrada á una señora,
sino solo lo que manda;
que, si yo hubiera empezado
á poner algo, sospecho,
que, de quanto hubiera hecho,
nada te hubiera agradado.

LISARDA.

Buena la casa parece.

OTAÑEZ.

En este quarto ha de estar
Don Juan, hasta efectuar
las dichas, que amor ofrece.

BEATRIZ.

Acudid, Otañez, vos,
á ver apear la ropa
del carro.

OTAÑEZ.

Si en esto topa,
ya acuden, valgame Dios.

LISARDA.

No me traygan nada aqui.
Pues esta pieza ha de ser
tocador, no es menester

colgarla.

BEATRIZ.

Guardate allí

del polvo.

LISARDA.

¡Oh, qué triste estoy!

BEATRIZ.

¡Hoy, que pedirte quisiera albricias, de esa manera suspiras!

LISARDA.

Sí, porque hoy mirando mis penas voy.

BEATRIZ.

¿Quién, señora, lo causó?

LISARDA.

Oye. Don Juan:::

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¡Felíz yo, que á tan buen tiempo llegué, que en tus labios escuché mi nombre!

LISARDA.

¿Y no pudo, no ser dicha y desdicha si, el acordarme de vos?

D. JUAN.

No, que siempre es dicha:::

LISARDA.

¡Ay Dios!

D. JUAN.

Que tú te acuerdes de mí:
pues aunque haya sido aqui
en daño mio, sospecho,
que en el pecho satisfecho
estoy; que el relox veloz
obedece con la voz
al artificio del pecho.

LISARDA.

Sí; pero ninguno ignora,
que con otro tal indicio
muestra una hora el artificio,
y dá la voz otra hora.

D. JUAN.

¿Pues por qué, prima y señora,
hoy tanto rigor?

LISARDA.

No sé
que á vos os lo callaré
por la autoridad mia.
Yo á Beatríz se lo decia,
y á Beatríz se lo diré.
Beatríz, mi primo Don Juan
sin duda alguna ha creído,

que el entrar, á ser marido,
es salir, de ser galan.
Poco cuidado le dán
finezas: poco cuidado
festejos; pues olbidado
está ya, de que se infiere,
que no quiere, el que no quiere
un poco desconfiado.
Ahier al campo salí,
y á Don Juan en él no hallé;
en el campo peligré,
y de otro amparada fui:
y si á aquel agradecí
la fineza de mi vida,
á éste, que de mí se olbida,
castigarle puedo, pues
no es con éste cruel, quien es
con aquel agradecida.
Vine á casa, como viste,
y Don Juan no pareció
en toda la noche. Yo,
que ya sé, que esto consiste
en ese festejo, triste,
no zelosa estoy, por ver,
que Don Juan, antes de ser
mi esposo, verme dilata,
y que desde ahora me trata
ya como propia mujer.

D. JUAN.

Si supieras la razon,
tú me disculparás ya.
Buenos testigos quizá
aquestas paredes son.
Digan ellas la ocasion:
digan ellas:::

LISARDA.

¿Para qué,
si yo con Beatríz hablé,
me respondeis?

D. JUAN.

Culpa es mia.
Yo á Beatríz se lo decia,
y á Beatríz se lo diré.
Baxando anoche, á buscar
á mi prima, ví, al que dió
muerte á Don Alonso, y yo,
con animo de vengar
mi pena, le fuí á buscar,
llevando en mi compañia
á Felix, el que vivia
en esta casa. Llegamos,
donde á Cesar esperamos,
hasta que la rabia mia
me hizo envestir á otro hombre
por él; Justicia llegó:
conocernos pretendió,

y uno quedó (no te asombre)
muerto, quando oímos el nombre
de Don Felix repetido,
y viendose conocido,
fuerza el ausentarse fue.
Esta es la causa, porque
de honrado y de agradecido
yo no le pude dexar,
hasta que en salvo estubiese
él y su casa, é hiciese
diligencias de alcanzar,
si de mí llegaba á hablar
la Justicia. Se ha sabido,
que yo no fuí conocido;
con lo qual me he asegurado;
que mal pudo otro cuidado
tenerme á mí divertido.

BEATRIZ.

Pues yo, que he sido la oidora
en sala de competencia,
fallo por mí la sentencia,
que pues el uno á otro adora,
os deis por buenos ahora.

D. JUAN.

Yo obedezco, y si hay disculpa,
cese el rigor, que me culpa.

LISARDA.

Yo creo, que asi será;

que para nada me está
bien, que vos tengais mas culpa.

D. JUAN.

Ya que estás desenojada,
de la caída de ahier
la sangria:::

LISARDA.

Eso es, querer,
volver á verme enojada. *Vase.*

D. JUAN.

Será para una criada.
Castaño, dale á guardar
aqueso á Beatríz.

Vase, y sale Castaño.

BEATRIZ.

El dar
tanto el animo recrea,
que, ahunque para mí no sea,
le tomaré, por tomar.
Y pues tan revuelta está
la casa toda, en aqueste
aposento, que ha de ser,
ó tocador ó retrete
de mi señora, poniendo
vé, Castaño, sutilmente
no sé qué, que á mi ama trahes.

CASTAÑO.

Son mas de mil nosequees.
Espera, irélos trahiendo;
que aqui unos mozos los tienen.

BEATRIZ.

Para ponerlos mejor,
pongamos aqui un bufete.

Saca un bufete, y desde la puerta van tomando unos azafates cubiertos.

CASTAÑO.

Estos son de Portugal
dulces.

BEATRIZ.

Dí dulces dos veces,
pues dos veces lo serán
por dulces y Portugueses.

CASTAÑO.

Chocolate de Guaxaca
esto, y estos, que aqui vienen,
tocados, cintas y medias,
guantes, pastillas, pebetes,
faldriqueras, zapatillas,
y bolsos estos.

BEATRIZ.

Bien huelen.

CASTAÑO.

Toda esta salsa, Beatríz,

han menester las mujeres,
para que no huelan mal,
y mas las proprias.

BEATRIZ.

Tú mientes.

CASTAÑO.

Esto es quanto á esto; que aqui
vienen joyas excelentes
en este contador, que hoy
es contador de mercedes.

BEATRIZ.

Bien está; pero aqui falta
una alhaja.

CASTAÑO.

¿Qué es?

BEATRIZ.

Atiende:
un cierto vestido mio,
que de estas bodas alegres
de ribete se me dá.

CASTAÑO.

Forzoso era, que lo fuese;
porque ya, Beatríz, dí, ¿quál
vestido no es de ribete?
Mas no le quise traher;
que hay un grande inconveniente.

BEATRIZ.

Dí, quál.

CASTAÑO.

A mí me han parlado,
que de un berganton ausente,
que por colada y tizona
era Mosquito dos veces,
fuiste, sin ser la violada
Violante de Navarrete,
de sus botones ojal,
y de sus cintas ojete.
Hame dado pesadumbre
el caso, y no me parece,
que será puesto en razon,
que de Castaño se cuente,
con él te vistes, y con
otro te desnudas.

BEATRIZ.

Tente.
¿Pues dasme el vestido tú?

CASTAÑO.

No; pero basta el traherle;
que es como dar por tablilla
á la bola, que está enfrente.

BEATRIZ.

Ahun siendo esto, no hay razon;
que Mosquito solamente
fue, en hacer faltas con él,
pelota de mi trinquete.
Y, si vá á decir verdad,

tú solamente me debes,
mas lagrimas en una hora,
que Mosquito en treinta meses;
que de lastima le quise,
solo por ser buen pobrete,
mientras hallaba otra cosa.

CASTAÑO.

Tanto quanto me enterneces.
Este es, Beatríz, el vestido,
hecho y derecho, y aqueste
el manto.

BEATRIZ.

Y este un abrazo.

CASTAÑO.

¿En fin solo á mí me quieres?

BEATRIZ.

No está en uso, querèr solo
á nadie; basta, quererte;
y pues con tu amo hoy
en casa vives, advierte,
que si hay dares y tomares,
habrá dimes y diretes:
y á Dios por ahora; que es bien,
que aqueste aposento cierre
con llave, porque ninguno
aqui ni salga ni entre.

CASTAÑO.

A Dios. *vase.*

BEATRIZ.

Quedese el vestido
con lo demás, ¡Quien sirviese
una ama, que fuera novia
cada mes una ú dos veces! *vase.*

Salen á la puerta Don Cesar y Mosquito.

MOSQUITO.

Vive Dios, que he de salir.

D. CESAR.

¡Dónde has de salir! Detente.

MOSQUITO.

Si hemos oído cerrar
la puerta de este retrete,
y que han dexado en él dulces,
¿cómo podrás detenerme,
quando, ahunque fueran amargos,
me supieran lindamente?

D. CESAR.

No hagas ruido.

Saca la mano, y arroja él un azafate al tomar otro, y derriba el bufete.

MOSQUITO.

¿Cómo no,
si no me dexa el bufete,
abrir la trampa? Ya alcanzo
un azafate. ¡Oh si fuese

el de los dulces. Los guantes
son: el demonio los lleve.
A echar vuelvo la redada.

D. CESAR.

¿Qué has hecho?

MOSQUITO.

Ruido.

D. CESAR.

¡Tú quieres destruirme!

MOSQUITO.

Comer quiero,
Come tú.

D. CESAR.

Daréte muerte;
que es veneno para mí,
todo lo que está presente.

MOSQUITO.

Morir de veneno ó hambre,
muere á lo mas conveniente.

D. CESAR.

Harásme, que todo junto
lo arroje, lo rompa y queme
con el fuego de mi pecho,
ó que lo inunde y anegue
con el llanto de mis ojos.

MOSQUITO.

Si tanto fuego tubieses,

y si tanta agua llorases,
que hacer pudieramos este
chocolate! ¡Oh Jesus mio!

D. CESAR.

¡Que darse quexas, oyese,
Don Juan y Lisarda, cielos,
ella con dulces desdenes,
él con amantes finezas,
y yo escucharlo pudiese!

MOSQUITO.

Pues si á eso vá, yo tambien
he escuchado claramente,
pisar al frison Castaño,
y al háca morcilla en este
pesebre de amor; empero
digan, lo que se dixeren,
que de lastima me quiso,
sea buen pobrete ó riquete,
y coma yo, lo que el trahe;
que otro despique no tienen
zelos, sino valer algo,
porque sabe lindamente,
lo que otro compra.

D. CESAR.

En efecto
ya aqui lo mas conveniente
es, dexar anochecer,
y despechado ó valiente

determinarme á salir.

MOSQUITO.

Si tú en la calle tubieses
prevenidos para todo
tus amigos y parientes,
fuera seguro el empeño.

D. CESAR.

Tú, Mosquito, que no eres
conocido, bien pudieras,
(pues hoy anda tanta gente
revuelta en aquesta casa)
á salir de aqui, atreverte.

MOSQUITO.

Por salir, á beber algo,
no habrá cosa, que no intente.

D. CESAR.

Tú has de salir y avisar
de esto, á quien yo te dixere.

MOSQUITO.

Yo si hiciera, pero temo::

D. CESAR.

¿Tú, ahunque te vean, qué temes?

MOSQUITO.

ser tan Rey, que en la Capilla
me diga misa un Bonete.
Pero algo he de hacer por tí;
y una cosa se me ofrece,
para salir encubierto,

que no puedan conocerme.
El vestido de Beatríz
me disfrazará. A ponerle,
ayuda.

D. CESAR.

La puerta abren.

MOSQUITO.

Ya en el mal que nos sucede,
hay que comer y vestir.
Venga ahora lo que viniere.

Entranse los dos en la escalera, y salen á la puerta Beatríz y Lisarda.

BEATRIZ.

Digo, que en toda mi vida
no he visto tan excelentes
y aliñados azafates.

LISARDA.

Verelos, porque no piense
Don Juan, que no los estimo.
¡Pero qué estrago es aqueste!

BEATRIZ.

Esto ya es hecho, porque es
paso de la Dama Duende,
y no he de pasar por él.

LISARDA.

¿Quién entró, que de esta suerte
lo ha puesto, Beatríz?

BEATRIZ.

Ninguno
pudo entrar, porque yo siempre
tube la llave conmigo.

LISARDA.

Pues siendo esto asi, tú tienes
la culpa, que lo dexaste
de modo, que se cayese.

BEATRIZ.

¡Cómo pudo!

LISARDA.

¿Quién querias,
que para esto solo abriese?

BEATRIZ.

Quién no abrió para esto solo.
¡Hay mas desdichada suerte,
señores!

LISARDA.

¿Pues qué mas falta?

BEATRIZ.

Mi vestido, y sin ponerle.

LISARDA.

¡Qué vestido!

BEATRIZ.

El que me dió *llorando.*
Don Juan.

Salen Don Diego y Otañez.

D. DIEGO.

¡Qué ruído es aqueste!

BEATRIZ.

Y el manto tambien.

LISARDA.

Aqui
puso Beatríz todo este
regalo, que envió Don Juan,
y le hallamos de esta suerte;
y falta un vestido suyo.

BEATRIZ.

Ay, señor, y sin ponerle.

OTAÑEZ.

Sí, pero no sin quitarle.
Si una biga mas tubiese
esta casa, no faltára,
Beatriz, tu vestido.

D. DIEGO.

Siempre
en las mudanzas de casas
aquestas cosas suceden.
Id cojiendo todo eso.
Tú trata de recojerte
en tu quarto, porque el tiempo
que aqui Don Juan estubiere
sin desposarse, ha de ser,

el que menos ha de verte.

LISARDA.

Tanto obedecerte estimo,
que, porque á verme no entre
de noche en mi quarto, quiero
estar recojida. Venme
á desnudar, Beatríz.

BEATRIZ.

Quien
me ha desnudado á mí, puede;
que sabrá mejor que yo.

LISARDA.

No llores; que facilmente *ap.*
se remediará. Ahunque he dicho
que tengo de recojerme,
no lo he de hacer, hasta ver
á qué hora Don Juan viene.
Trahe luz, Beatríz.

BEATRIZ.

¡Ay señores,
mi vestido, y sin ponerle!
Notable desdicha ha sido. *vanse.*

OTAÑEZ.

Ha estado aqui tanta gente
hoy, que no es mucho, que falte
ahun mas que esto.

D. DIEGO.

¿Otañez, tiene

prevenido ya su quarto
Don Juan.

OTAÑEZ.

Y curiosamente
aderezado.

D. DIEGO.

Id á ver,
si en él falta algo; y ponedle
luces; porque ya la noche
cerrando baxa. ¡Oh qué alegre
dia fuera para mí;

Vase Otañez.

si mi hijo viviera éste!
¡Oh si me viera vengado
del traydor, que le dió muerte!
Mas no quiso mi fortuna,
tantas dichas concederme,
que llegáse::;

Sale Celia con manto.

Caballero,
si el amparar las mujeres,
heredada obligacion
es de todos los que tienen
noble sangre, pues con ella
nacieron á ser corteses,
amparad una mujer,
ya que la traxo su suerte

á vuestros pies; que no en vano
esta dicha he de deberle.
Un hombre, que de mi honor
le hicieron dueño las leyes
barbaras, que dispusieron,
que padezca el inocente
los delitos del culpado,
siguiendome; ay de mí, viene,
y está, en que no me conozca,
el honor suyo y mi muerte.
Haced, por quien sois, señor,
que hasta aqui ¡ay cielos! no entre,
porque yo, sino:::

D. DIEGO.

Callad.
No digais mas; que no deben
escuchar los caballeros
mas razon á las mujeres,
para ampararlas, que verlas
afligidas. A detenerle,
saldré, y ahun á desvelarle
las sospechas, que traxere.
Y, á no poder con razones,
podré con la espada; que este
pecho volcan es, que ostenta
dentro fuego, y fuera nieve.
Aqui esperad; mas de aqui
no habeis de pasar; que en este

quarto una hija mia vive;
y no quiero yo, que llegue
á saber, que hoy en el mundo
aquestas cosas suceden. *Vase.*

CELIA.

Bien hasta aqui ha sucedido
este atrevimiento. Deme
fortuna amor, si es que amor
fortuna para sí tiene.
Acercaréme al tabique
de la escalera.

Abren la puerta, y salen Don Cesar y Mosquito vestido de mujer.

D. CESAR.

Ahora puedes
sálir mejor; porque, siendo
ahora quando anochece,
antes que se enciendan luces,
podrá ser sálir, sin verte:
que yo, hasta que eche de ver,
que estás fuera, por si vuelves,
no me quitaré de aqui,
á todo trance valiente.

MOSQUITO.

Dios vaya conmigo, amen.

D. CESAR.

La seña, Mosquito, advierte,

que ha de ser, quando en la calle
estés con armas y gente,
disparar una pistola,
porque á mi noticia llegue,
para que yo salga.

MOSQUITO.

Salga
yo ahora, que es lo que conviene.

CELIA.

Un vulto se vá acercando
á mí.

MOSQUITO.

Un vulto hácia mí viene.

CELIA.

No podré llamar á Cesar,
en tanto que no se fuere.

Truecan lugares Celia y Mosquito.

MOSQUITO.

El no me ha visto, pues no
me habla nada.

CELIA.

¡Oh si se fuese!

MOSQUITO.

¡Oh si encontrase la puerta!

Sale Don Diego y llegase á Mosquito.

D. DIEGO.

Señora, seguramente
podreis salir; que en la calle
no hay un hombre, que os espere.

MOSQUITO.

Es grande merced que me hacen.

D. DIEGO.

Este portal, el de enfrente
y todos están seguros.

MOSQUITO.

Lindamente me parece.
Si hay Angeles entre canos, *ap.*
el de mi guarda es aqueste.

D. DIEGO.

Venid conmigo; que yo,
hasta donde vos quisiereis,
iré con vos.

MOSQUITO.

Que me place.
Si esto ahora me sucede
por un vestido inhumano,
que á media pierna me viene,
yo juro, de no traher
otro trage eternamente. *ap.*
Bien hayan los tres Poetas
que piadosos y corteses

sacaron á luz los *Privilegios de las mujeres.*

D. DIEGO.

¡Pobre señora afligida,
ahun á hablarme, no se atreve! *vanse.*

CELIA.

Ya se van, los que allí hablaban;
razon no pude entenderles.
Ahora por la noticia
de esta casa, en pasos breves
llegaré hasta la escalera. *llega.*
¡Cesar, señor!

D. CESAR.

¿Por qué vuelves,
Mosquito?

CELIA.

No soy, quien juzgas,
Don Cesar.

¡No! ¿Pues quién eres?

CELIA.

Detente: no te alborotes,
Celia soy.

D. CESAR.

¡Celia!

CELIA.

Sí; que este
extremo de amor no mas

que Celia supiera hacerle.
Dexéte anoche (fue fuerza)
cerrado (¡raro accidente!)
y he enviado esta mañana
á Inés, para que te diese
aquella llave maestra,
con que tú salir pudieses
de aqui, donde á tus desdichas
les fuera mas conveniente.
Halló la Justicia aqui;
volvió despues (¡dura suerte!)
y halló alquilada la casa
á tu enemigo en tan breve
tiempo. ¡Mas, quándo desdichas
gastaron mas tiempo que este!
No se atrevió, á entrar en ella.
Yo viendote en tan urgente
peligro, ahunque en casa estoy
de quien guardada me tiene,
de ella he salido. No importa
el cómo; basta que puede
mi ingenio haber hecho, que
el mismo Don Diego fuese,
quien me traxese hasta aqui,
y á esta causa, detenerme
no puedo. La llave es esta:
con ella, quando pudieres,
saldrás; y á Dios, Cesar; que,

si donde me dexó, vuelve
Don Diego, y no me halla allí,
podrá ser, que algo sospeche.

D. CESAR.

Oye escucha.

CELIA.

No es posible;
y mas ahora, que viene
con luz. Cierra tú esa puerta,
porque á tí no puedan verte;
que á mí no importa, supuesto
que aquí Don Diego me tiene;
pues el llegar hasta aquí,
disculpará facilmente
mi mismo temor.

D. CESAR.

¡Ay Celia,
mucho mi vida te debe!
Amor, dexame pagar
obligaciones tan fuertes.

Cierra, y salen con luz Otañez, Don Juan y Don Diego.

D. DIEGO.

No quiso en fin la mujer,
que acompañandola fuese
mas, que á esa primera calle.

D. JUAN.

¡Extrañas cosas suceden!

CELIA.

No llego á hablar á Don Diego,
hasta que solo se quede.

D. DIEGO.

Llevad esa luz al quarto
de Don Juan, ya que merece
mi casa desde este dia,
tan noble y honrado huesped:::

D. JUAN.

La dicha, señor es mia.

D. DIEGO.

que yo he de quedarme en este.

Vase Don Diego.

CELIA.

¡Pues cómo, sin acordarse
Don Diego, de que me tiene
aqui, en su quarto se ha entrado!
Sin duda, volviendo á verme,
adonde me dexó, y viendo,
que faltaba, le parece,
que me fuí, sin esperarle.

D. JUAN.

Hoy tengo de recojerme
temprano; porque Lisarda
no se enoje.

CELIA.

Si ha de verme
Don Juan, mejor es contarle,
lo que ha pasado, no lleguen
á echarme menos en casa,
que es ya muy tarde.

Sale Castaño.

CASTAÑO.

Aqui viene,
un caballero á buscarte.

D. JUAN.

¡A estas horas! Dile, que entre.

CASTAÑO.

Entrad.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

A solas importa,
hablaros.

CELIA.

Mi hermano es este.

D. JUAN.

Salios los dos y dexa
la luz sobre ese bufete.

Vase Otañez y Castaño.

CELIA.

En extraño aprieto estoy.

Ni á salir puedo atreverme,
ni estar aquí. Aquí me escondo,
hasta que se vaya Felix.

D. JUAN.

Ya estais solo. ¿Qué traheis?
Hablad.

D. FELIX.

Sí haré, si pudiere.

D. JUAN.

Apasionado venís,
Mejor estaréis en este
quarto. Entrad, donde os sentéis.

CELIA.

¡Ay de mí, si llega á verme!

D. FELIX.

No he venido tan despacio.
Escuchad; yo seré breve.
Don Juan, si sois mi amigo,
y si, de que lo soy vuestro, es testigo
aquesta casa, donde (voz no tengo)
vos me buscasteis, y á buscaros vengo;
que en un dia no mas están trocados
en los dos con la casa los cuidados:
oídme, ahunque parezca villanía,
venir tan puntual la pena mia
á cobrar una deuda, á que obligado
estais.

D. JUAN.

A todo estoy determinado.
Decidme, ¿qué mandais?

D. FELIX.

Una fineza
digna de ese valor y esa nobleza.

D. JUAN.

Decid pues, ¿qué quereis?

D. FELIX.

Que, si habeis hecho
mas diligencias, como yo sospecho,
de saber de Don Cesar, homicida,
que á vuestro primo le quitó la vida:
si habeis rastreado, ¡ay cielos! ó sabido
donde en todo Madrid está escondido,
pues le habeis de buscar determinado:::

D. JUAN.

¿Qué?

D. FELIX.

que habeis de llevarme á vuestro lado.

D. JUAN.

Eso, Felix, yo habia
de pediroslo á vos.

D. FELIX.

La pena mia
esto os ruega; porque ¡desdicha fuerte!
me importa mas que á vos, darle la muerte.

D. JUAN.

¡Pues qué os ha sucedido
con él de anoche acá, que os ha movido,
á salir solo á esto!

D. FELIX.

Yo os dixera
la causa, si la causa lo sufriera;
que pronuncian de un noble (¡ay Dios!)
los labios,
ó mal, ó tarde, ó nunca los agravios.

D. JUAN.

¡Agravios, Felix!

D. FELIX.

Sí.

D. JUAN.

No sois mi amigo,
si mas claro no hablais aquí conmigo.

D. FELIX.

Sí hablaré, ahunque el honor con la voz
lucha.

D. JUAN.

Hablad, pues otro vos solo os escucha.

D. FELIX.

Yo tengo (dudo, ay Dios, como lo
diga)
una aleve, una fiera, una enemiga,
una injusta tyrana,
una (¿qué sirven frases?) una hermana.

Ya lo dixe, y en la ansia que me aflige,
solo es consuelo oyr, que á vos lo dixe.
Esta pues causa fiera,
de que yo desde Italia me viniera,
á Madrid me ha tenido,
hermano, con cuidado de marido.
Mal haya parentesco tan injusto,
que es tan todo al pesar, tan nada al gusto;
que otros zelosos tienen ocasiones
de engañar con halagos sus pasiones;
mas no un hermano, que entre sus desvelos,
halagos no halla en que engañar sus zelos.
En fin anoche á Celia (ya lo visteis)
llevé á una casa (vos testigo fuisteis)
diciendo, que iba á ver á cierta amiga,
y volviendo por ella,
no estaba de visita ya con ella.
La amiga pues turbada
dixo, que de su casa disfrazada
salió, porque la dixo ser su intento
el irme á ver á mí al retrahimiento,
y que importaba mucho sola fuese;
porque, al verla, de mí nadie supiese.
Direis ¿que esta desdicha en que ha tocado
á Cesar? Pues de él nace mi cuidado.
Quando en la guerra yo de paz gozaba,

el dueño de la casa, en que hoy estaba,
me escribió que la muerte,
que á vuestro primo dió Cesar ¡oh fuerte
dolor! por ella fue, y yo he inferido,
que habiendo ahier, ay Dios, Cesar venido,
y hoy mi hermana faltado,
no le dé aquella causa este cuidado.
Y asi, pues á vos hoy en esto alcanza
un enojo venganza,
y en mí mi desagravio,
cuerdo solicitad é inquerid sabio,
donde está. Deudos tiene, amigos tiene,
y buscarle entre todos nos conviene;
que yo desesperado,
ya que tan claramente aqui os he hablado,
me voy huyendo, porque en tanto abismo,
ahun yo tengo vergüenza de mí mismo. *vase.*

D. JUAN.

Esperad; que no tengo de dexaros
ir solo, y es preciso acompañaros.
Cerrad, ola, esta puerta,
y, hasta que vuelva yo, á nadie esté abierta. *vase.*

CELIA.

¡Habrá, cielos, mas desdichas!
¡Habrá, cielos, mas temores,
que en mi agravio se conjuren,

que en mi daño se convoquen?
¡Qué he de hacer aquí!

Salen medio vestidas Lisarda, y Beatriz.

LISARDA.

¿Qué dices,
Beatriz?

BEATRIZ.

Digo, lo que oyes.

LISARDA.

¡Don Juan ha vuelto á salir
de casa á la media noche?

BEATRIZ.

Sí, señora.

CELIA.

¡Mas qué dudo
estas ciegas confusiones!
Si no::: ¡Mas ay de mí!

LISARDA.

Aguarda.

Repara en Celia.

BEATRIZ.

¡Pues qué hay, que así te alboroté!

LISARDA.

¿Quién eres?

CELIA.

Una mujer.

LISARDA.

¿A quién buscas aquí?

CELIA.

A un hombre.

LISARDA.

Descubrete.

CELIA.

No haré. *entrase.*

BEATRIZ.

Esta es sin duda:::

LISARDA.

No dés voces.

BEATRIZ.

la que me hurtó mi vestido.

LISARDA.

Huyendo de mí, se esconde.

BEATRIZ.

No entres allá, sin llamar gente.

LISARDA.

¡Qué poco conoces de zelos! Toma esa luz. Donde hay zelos, no hay temores.

Entranse las dos tras Celia, y sale Don Cesar.

D. CESAR.

Ya que, tan quieta la casa,

ruido ninguno se oye,
saldré, pues que tengo llave
con que abrir, para ir, adonde
repáre el daño de Celia,
que escuché. ¡Ahora estais torpes,
pies! Mirad, que las desdichas
tienen pasos de ladrones.
La puérta hallé ya. ¡A Dios pues,
infelices confusiones
de un desdichado. Ay Lisarda,
goza felíz tus amores,
sin verlo yo.

Al abrir la puerta Don Cesar, entra Don Juan.

D. JUAN.

¿Quién vá allá?

D. CESAR.

¡Ay de mí!

D. JUAN.

¿Quién es?

D. CESAR.

Un hombre.

D. JUAN.

¡Qué hombre en esta casa!

D. CESAR.

Uno,
que, si el mundo se le opone,

ha de salir, sin que nadie
le conozca, ni lo estorbe.

D. JUAN.

Sí hiciera, á no ser yo, quien
á estorbarlo se dispone.

Vuelve á salir Celia, y Lisarda tras ella.

LISARDA.

Tengo de verte la cara.

CELIA.

No harás, ahunque á eso te arrojes.

LISARDA Y D. JUAN.

¿Cómo has de estorbarlo?

D. CESAR Y CELIA.

Así.

Mata Celia la luz, y sacan Don Cesar y Don Juan las espadas, y riñen.

BEATRIZ *dentro.*

Ruido de espadas se oye.

D. CESAR.

Alborotada la casa
está. Vuelvo á encerrarme, donde
no me vean.

LISARDA.

Ola, luces.

CELIA.

El mismo secreto logre,
escondiendome en él.

D. JUAN.

No
te siguen mis pies veloces;
por no dexar esta puerta.

LISARDA.

Porque la puerta no tomes,
de ella no me he de apartar.

D. JUAN.

Traheed luces.

LISARDA.

¿Nadie me oye?

D. CESAR.

¿Quién vá?

CELIA.

¿Cesar?

Entranse Lisarda y D. Juan por las puertas de los lados, y D. Cesar y Celia por la de la escalera.

D. CESAR.

Entra, Celia,
y en la escalera te esconde.

JORNADA TERCERA.

Sale Don Cesar de la escalera, y saca á Celia desmayada.

D. CESAR.

Apenas::: Sin reparar
mis desdichas en la ociosa
murmuracion, del que diga,
que no está bien á la honra
de Celia, haberse ocultado,
iré pasando por todas
estas calumnias injustas,
atento á su vida sola.
Desmayada, ó muerta en fin
ha estado apenas una hora:
y ahunque rendida, ya al susto
de que á su hermano le oyga,
que la ha de dar muerte, ya
á la pasion rigurosa,
de verse en ajena casa,
donde sus peligros nota;

mire yo, qué medio pueden
darme mis ansias dudosas.
Llamar á quien con piedad
la vida á Celia socorra,
no es posible: pues dexarla
morir sin remedio, y sola,
será crueldad. Si de quantos
oyeren despues mi historia,
alguno ha de haber, que diga,
lo que hube de hacer, no esconda
su ingenio, sino anticipe
el consejo á la congoxa.
Irme y dexarla, es baxeza,
y mas habiendo ella propia
venido, á darme la vida.
Declararme, es accion loca.
¡Si, á darme la libertad
has venido, oh Celia hermosa,
cómo eres tú misma, como
la que me la quita ahora!
¿En quién hallaré consuelo?
Mas á una persona sola
me puedo fiar. Beatríz,
en quien mi pena amorosa
halló favor, ó le hallaron
mis dádivas generosas,
valerla podrá; que en fin
qualquier mujer es piadosa,

y de la que está afligida,
el mejor Medico es otra.
Yerre, ó acierte, á ella quiero
declararme; que ahunque ponga
á riesgo todo el secreto,
¿á qué mas riesgo, que ahora,
puede estar entonces? Haga
leal á mi pena traydora.
Este medio elijo, pues
no me dán otro, que escoja;
y pues, aclarando el dia,
viene en brazos de la aurora,
á buscar voy un remedio.
Ya vuelvo. Celia, perdona.

Dexala sentada, vasé, y vuelve ella en sí.

CELIA.

¡Ay de mí! Mi propio haliento
es, el que hoy mas me ahoga,
pues ahun, para respirar,
le hiela el pecho la boca.
Sin vida estoy y con alma,
toda viva, y muerta toda.
¡A quien dieron sus desdichas
en ayre á beber ponzoña!
Cesar, si acaso::: ¡Qué es esto!
Fuera del tabique, y sola

estoy, y sin hablar con nadie,
que me escuche, y me responda.
¿Cesar? ¿Cesar? Me ha dexado,
y se ha ido; es cierta cosa;
pues él de aqui no saliera
con tal riesgo en su persona,
si no para irse. ¡Qué dudan
mis desdichas, ó qué ignoran,
pues dos veces serán ciertas,
por ser desdichas y propias!
¡Ay ingrato, que primero,
que á mí, tú en salvo te pongas!
¿Qué he de hacer? Si hablo á Lisarda,
estando de mí zelosa,
es error. Si á Don Juan hablo,
siendo Don Juan, quien hoy toma
á cargo el honor de Felix,
es aventurarme loca.
Solo á Don Diego pudiera
decir menos temerosa
todo el suceso; que al fin
es noble, y solo á la sombra
de las canas el honor
seguramente reposa.
Esto es, si no lo mejor,
lo menos malo, ahunque ahora
executarse no pueda,
porque ya una puerta y otra

de Lisarda, y de Don Juan
abren. Otra vez me esconda
este sepulcro, que yo
al rigor de mis congojas,
como gusano de seda,
fabriqué para mi propia.

Entrase en la escalera, y salen Lisarda, y Beatríz, Don Juan y Castaño por las puertas de los lados.

LISARDA.

Mira, si ya está vestido
mi padre. ¡Triste cuidado!

D. JUAN.

Mira, si está levantado
Don Diego. ¡Pierdo el sentido!

BEATRIZ.

En su aposento hay ruido.

CASTAÑO.

Ruido en su quarto sentí.

LISARDA.

Contaréle, lo que ví.

D. JUAN.

Sin declararle por qué,
licencia le pediré.

LISARDA.

¿Es Don Juan?

D. JUAN.

¿Lisarda?

LISARDA.

Sí.

D. JUAN.

¡Qué es esto! ¡Tan desvelada
te tiene aquel embozado:::

LISARDA.

¡Tan necio á tí te ha dexado
aquella dama tapada:::

D. JUAN.

qué á estas horas levantada
estás!

LISARDA.

qué me hablas asi!

D. JUAN.

Yo digo, lo que yo ví.

LISARDA.

Yo digo, lo que ví yo.

D. JUAN.

¿Y esto no es mentira?

LISARDA.

No.
¿Pero esotro es verdad?

D. JUAN.

Sí.

LISARDA.

Mira, no me hagas, Don Juan,
perder el juicio, por Dios.

D. JUAN.

Perderémosle los dos,
si en eso tus cosas dán.

LISARDA.

Pues que presentes están
solos, los que han entendido,
todo lo que ha sucedido,
hablémos con mas acuerdo.

D. JUAN.

¡Cómo he de hablar, quando pierdo,
de imaginarlo, el sentido!

LISARDA.

¿Pues qué viste?

D. JUAN.

Un hombre ví,
que de este quarto salia,
y con una llave abria.

LISARDA.

Pues escucha ahora.

D. JUAN.

Dí.

LISARDA.

Si ahier, Don Juan, vine aqui,
¿qué tiempo tube, Don Juan,
para dar á ese galan

llave del quarto? ¿No vés,
quánto mejor pensar es,
que son ladrones, que están
hechos á tales excesos?

D. JUAN.

No son en las ocasiones
tan valientes los ladrones.

LISARDA.

Valientes hacen sucesos;
y ayuda también á esos
discursos, haber habido
un hurto, si ya no ha sido,
qué quieres decir tambien,
que mi galan era, quien
hurtó á Beatríz el vestido.

BEATRIZ.

Y nuevo.

LISARDA.

Mas fundamento
hubiera, en lo que ví aquí.

D. JUAN.

¿Qué viste?

LISARDA.

Una mujer ví
recojida en tu aposento.

D. JUAN.

¡Fuera tal mi atrevimiento,
que yo á tu casa traxera

mujer la noche primera,
que era huesped!

LISARDA.

Quien le tiene
tal, que á media noche viene,
tenerle en todo pudiera.

D. JUAN.

Si de una á otra quexa pasa,
ambas las he de amparar.
¿Qué habia de ir á buscar,
si estaba mi dama en casa?
Luego en suerte tan escasa
bien claro se dá á entender,
el que yo tube que hacer
otra cosa, y que no ha sido
mi dama, la que he escondido,
pues que fuera la iba á ver;
sino soy tan infelíz,
y tengo tan mala fama,
que presumas, que mi dama
le hurtó el vestido á Beatríz.

BEATRIZ.

Y sin ponerle.

LISARDA.

Un matíz,
viste con igual porfia
tu quexa y la mia este dia,
porque haya, quien arguya

para creida la tuya,
para dudada la mia.

D. JUAN.

Porque no tiene en la ira
tan grande facilidad,
el decir una verdad,
como oir una mentira.
Fuera de que, si se mira
igual la quexa al dolor,
ahun en lo igual es mayor
la mia, y apurar es justo,
que la tuya toca al gusto,
Lisarda, y la mia al honor.

LISARDA.

Bien sabe mi vanidad,
que de tal hombre no sé.

D. JUAN.

Verdad, quanto dixe, fue.

LISARDA.

Será de otra calidad
tu verdad de mí verdad.

D. JUAN.

Sí; que en mi duda el honor.

LISARDA.

En mí acredita el valor.

D. JUAN.

Yo sé, que un hombre he encontrado.

LISARDA.

Yo, que una tapada he hablado.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

¡Qué es esto!

LOS DOS.

Nada, señor.

D. DIEGO.

¡Tan presto los dos (ay Dios!)
levantados! ¡Don Juan, pues
tan mal hospedage es
esta casa para vos,
y ahun para tí, que los dos
estais á esta hora vestidos!

D. JUAN.

Disimulen mis sentidos. *ap.*
¿No miras, que desvelados,
mal amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?

LISARDA.

Si á mí me estubiera bien,
la misma respuesta diera.

D. JUAN.

¡Oh, quién creerla pudiera!

LISARDA.

¡Oh, quién no dudarla! ¡Quién!

D. DIEGO.

La disculpa está muy bien
fundada, y porque veais,
si en obligacion me estais:
para sacar, madrugué,
una licencia, con que
hoy desposaros podais,
de las amonestaciones
supliendo la dilacion.

D. JUAN.

Yo estimo, como es razon,
las muchas obligaciones,
en que cada dia me pones;
pero basta haber trahido
la dispensa, que ha suplido
el parentesco, y no es bien
hacer dispensar tambien
el tiempo que...

ELISARDA.

Y yo te pido,
que lo dilates, señor,
todo quanto tú pudieres.

D. DIEGO.

Si esto pides, y esto quieres,
ahun nunca será mejor.
Pero pareceme error,
madrugar para tan vana,
tan inutil, tan liviana

pretension ; y en fin si no
quereis hoy casaros , yo
quizá no querré mañana.

D. JUAN.

Yo, señor, siempre:::

LISARDA.

¡Ay de mí!

D. JUAN.

me tendré por muy dichoso,
en ser de mi prima esposo.
Excusa te pretendí
nuevos cuidados ; y asi:::

D. DIEGO.

Claro está, que no habrá sido
otra la causa , que ha habido;
porque (aqui para los dos) *ap.*
ni me la dixerais vos;
no; ni yo la hubiera oído. *vase.*

LISARDA.

Bien vés , quán necio has estado.

D. JUAN.

¿Has tú acaso , por tu vida,
estado mas entendida?

LISARDA.

Sí , pues he disimulado
tanta parte á mi cuidado.

D. JUAN.

Yo no sé disimular

á mi costa mi pesar,
y hasta que sepa despues,
quien el embozado es,
no me tengo de casar. *Vase.*

LISARDA.

¡Cielos, habrá sufrimiento
para tanta sinrazon!
¡Sospechas en mi opinion,
en mi fee deslucimiento:
quando mi honor siempre atento
á su vanidad ha sido
risco del mar combatido,
roble del viento azotado,
donde uno y otro cuidado
se quedaron con el ruido!
Digalo aquel, que sitiada,
por viento y agua movida,
de lagrimas combatida,
de suspiros asaltada,
en vano solicitada
la admiró sin titubear;
que al temer, y al suspirar,
no la hicieron movimiento
ni las ráfagas del viento
ni las ondas de la mar.

BEATRIZ.

Sentir, señora, es error,
las cosas con tanto extremo.

LISARDA.

A nadie mas que á mí temo.

BEATRIZ.

Entra en este tocador
á aderezarte; que es mejor;
que ya, de ir á Misa, es hora.

LISARDA.

Poco gusto tengo ahora,
de tocarme. Así me iré.
Dame tú el manto, porque
no he de ir tarde así.

BEATRIZ.

Señora,
el manto está aquí, que yo
limpiandole ahora estaba.

LISARDA.

Ponle, y ponte el tuyo; acaba,
y llama á Otañez. ¡Quién vió
mas pesares! ¡En mí halló
entrada indicio tan grave!
Mas ay, que no hay quien se alabe,
de que se libró á esta ofensa,
donde es vicio, que se piensa
mas que virtud, que se sabe.
¡Hombre en mi casa escondido,
que pudo dar tal cuidado!

Sientase en una silla; quédase suspensa, y sale Don Cesar.

D. CESAR.

Ocasion de hablar no he hallado
á Beatríz; pero harto ha sido,
no ser de nadie sentido,
y vuelvo (¡ay Dios!) porque no
á Celia, que aqui quedó
desmayada, hallen aqui.
¿Todavía estás asi,
mi bien?

LISARDA.

¡Quién me habla asi!

D. CESAR.

Yo.

LISARDA.

¡Pues tú, Don Cesar:::

D. CESAR.

¡Qué hazar!

LISARDA.

en mi casa!

D. CESAR.

¡Qué temor!

LISARDA.

¡Tú en mi quarto!

D. CESAR.

¡Qué rigor!

LISARDA.

Responde.

D. CESAR.

No acierto, á hablar,
porque helado:::

LISARDA.

¡Qué pesar!

D. CESAR.

el labio:::

LISARDA.

¡Qué sin razon!

D. CESAR.

enmudece:::

LISARDA.

¡Qué traycion!

D. CESAR.

y al verte:::

LISARDA.

¡Qué atrevimiento!

D. CESAR.

le falta haliento al haliento,
y razon á la razon.

LISARDA.

¿Cómo, dí, el rostro encubierto,
Cesar, ay cielos, tubiste,
quando la vida me diste,
y no ahora, que me has muerto?
Era das, Cesar, advierto

tus acciones, por indicios
de trocados exercicios;
pues hacen tu voz y labios
cara á cara los agravios,
pero no los beneficios.
Si, quando mas me adoraste,
de mí mas dexado fuiste;
si del todo me perdiste,
quando á mi hermano mataste,
baste ya, Don Cesar, baste
la porfia; que ésta fue
tu estrella. Ya me casé;
ya no te queda esperanza.
Si no vienes por venganza,
dí, ¿por qué vienes? ¿Por qué?
Hable tu temeridad.

D. CESAR.

¡Cómo la he de responder;
pues quando yo quiera hacer
virtud la necesidad,
echando á su voluntad
la culpa, para moverla,
Celia, pues no llego á verla,
cobrada al desmayo, está
sin duda oyendome ya!
¡Oh, qué tirana es mi estrella!

LISARDA.

¡Qué dices!

D. CESAR.

¡Si yo supiera
decir, á lo que he venido,
mi discurso enmudecido,
qué buen retórico fuera!
Solamente considera,
pues que yo mismo lo ignoro,
pues no lo digo, y lo lloró,
que vendré en mal tan severo,
ó á vivir, con lo que quiero,
ó á morir, con lo que adoro.
Si está en esta casa el bien,
que yo adoré, y yo perdí:::

LISARDA.

César, nó me hables asi;
que ya no es justo, ni es bien.
Cobarde la voz detén,
y dime, si anoche fuiste,
el que á esta casa viniste,
á darme la muerte.

D. CESAR.

No.

LISARDA.

Pues dete dos vidas yo,
por una, que tú me diste:
Vete ya de aqui, porque

si mi padre, ó si mi primo,
á quien como esposo estimo,
ya uno ó ya otro te vé,
es fuerza, que yo les dé
satisfaccion.

D. CESAR.

¡Qué esto haya! ap.
Parad, desdichas, á raya.

LISARDA.

Vete, antes que á verte lleguen.

D. CESAR.

¡Quién creerá, que ya me rueguen,
que me vaya, y no me vaya!
Pues no he de dexar en tal ap.
peligro á Celia.

Sale Beatríz alborotada.

BEATRIZ.

Ay, señora,
¡esto tenemos ahora!

LISARDA.

¿Qué hay, Beatríz? ¿Es otro mal?

BEATRIZ.

Pendencia hay en el portal,
y en las voces y el rumor
es:::

LISARDA.

¿Quién?

BEATRIZ.

Don Juan mi señor
con un hombre, que ha encontrado
en la calle.

D. CESAR.

Mi cuidado
siempre viene á ser mayor.

LISARDA.

¡Ay de mí! Si vé salir
de aqui á Don Cesar Don Juan,
á evidencia pasarán
sus sospechas: pues decir,
que él se ha atrevido á venir
sin mí, á estar aqui conmigo,
haciendo á mi honor testigo,
otra sospecha es cruel,
pues no se viniera él,
en casa de su enemigo,
á no tener ocasion
mayor, que á esto le obligára.

D. CESAR.

Dexame salir.

LISARDA.

Repara,
que estoy en gran confusion.
Mi opinion por mi opinion
hoy aventurar intento.
Llevale tú á tu aposento.

D. CESAR.

Mas seguro aqui estaré.
Dexame aqui.

LISARDA.

¿Para qué;
que esto es público á mi intento?

D. CESAR.

Si la descubro el secreto, *ap.*
no sé, despues lo que hará
por librarse; y pues está
libre Celia de este aprieto,
callarle quiero en efecto.

BEATRIZ.

Ya sube por la escalera,
Don Juan con otros.

LISARDA.

¿Qué espera
tu vida? Escondete pues
por mi honor hasta despues.

D. CESAR.

Solo por tu honor lo hiciera.

Vase con Beatríz D. Cesar, y salen Otañez y Castaño, que traben agarrado á Mosquito, y Don Juan.

D. JUAN.

Trahedle los dos de esta suerte,

hasta que en este aposento
diga, donde está su amo.

MOSQUITO.

Seame testigo el cielo,
de que se han hecho Justicia.
¿Sin vara, y sin mandamiento,
cómo me pueden prender
vuesas mercedes?

LISARDA.

¡Qué es esto!

MOSQUITO.

Dos Alguaciles, señora,
porfian, á lo que entiendo,
por no decir, que hacen punta,
pues á estocadas me han muerto,
en traherme aqui, sin saber
por qué.

LISARDA.

¡Ay de mí! Ya sospecho
la causa. Aqueste es criado
de Cesar. Quando aqui dentro
entró, se quedó en la calle,
adonde le conocieron.

D. JUAN.

Yo te diré, lo que ha sido.
Este hombre, que trahemos
es de Don Cesar criado.

LISARDA.

Bien discurrí yo en lo cierto.

D. JUAN.

Pasaba por esta calle
mirando, y reconociendo
esta casa; y es sin duda,
que estando aqui de secreto
Cesar, y habiendo sabido,
que yo le busco resuelto,
envia, á saber mi casa,
para matarme; y yo quiero,
que este criado me diga,
dónde está su amo:::

LISARDA.

Hoy muero,
si él lo dice.

D. JUAN.

porque yo
madrugue, y mate primero.
Metíle en este portal,
donde amenazas y ruegos
no han torcido su lealtad;
y asi por fuerza pretendo,
que me lo diga, pues hoy
he de matarle, si luego
no dice, donde está Cesar.

MOSQUITO.

Yo lo dixera bien presto,

si no me hubieran trahido ap.
donde él mismo me está oyendo.

D. JUAN.

¿Dónde está tu amo? Dílo.

MOSQUITO.

Sí diré.

LISARDA.

¡Valgame el Cielo! ap.
Hoy acabará mi vida,
si dice, que está aqui dentro.

MOSQUITO.

No está muy lexos de aqui;
y es verdad. ap.

LISARDA.

¡Ay de mí! ap.

D. JUAN.

Ea, presto;
dilo pues.

MOSQUITO.

En Portugal
entretenido le dexo,
en ver unos folijones,
que le dan mucho contento.

D. JUAN.

Si yo sé, que está en Madrid,
y que ha venido encubierto
tres dias ha: que se apeó
en una posada, y luego

sé, que Celia está con él,
¿cómo solicitas, necio,
encubrirlo?

MOSQUITO.

¿Pues hay mas
de que me dén un tormento?
¿Quién querrá hacerse verdugo,
ya que lo demás han hecho
sin mas título?

D. JUAN.

Yo sé,
lo que se ha de hacer en esto.
Palabra á Felix he dado,
que en público ni en secreto
no haré diligencia alguna,
sin darle cuenta primero,
como mas interesado
en la venganza, que emprendo:
y asi me importa, avisarle,
de que á este criado tengo
en mi poder; y entretanto
que aqui con Don Felix vuelvo,
que en un coche será facil,
quedará en este aposento
ó retrete, que al fin es
mas recojido y secreto,
pues que solo tiene paso
á mi quarto; y asi cierro,

porque, hasta hablar á mi amigo,
el lance apurar no puedo.

LISARDA.

Quiera el Cielo, que se vaya,
porque pueda en este tiempo *ap.*
echar á Cesar de casa.
Don Juan en todo obedezco.

D. JUAN.

Dexadle solo los dos,
y, á que nadie salga, atentos,
no os quiteis de ese portal.

CASTAÑO.

En él, señor, estarémos,
para que ninguno entre,
ni el bergante salga.

MOSQUITO.

Quedo;
que prender pueden ustedes,
mas no hablar mal, caballeros.

D. JUAN.

Que, si la verdad no dices,
morirás. Solo te dexo,
á que pienses lo mejor.
Aconsejate á tí mesmo,
ó el secreto descubrir,
ó dar la vida á este acero.

Vanse todos cerrando la puerta.

MOSQUITO.

"¡Dar á este acero la vida,
ó descubrir el secreto,
y aconsejate contigo."
Aqueste es, viven los cielos,
un lance muy apretado.
¿Pero qué dudo, ni temo,
si la carcel, donde estoy,
es la misma, que le dieron
á mi amo sus desdichas?
Y que él lo sabe ya, es cierto,
pues esperando estará
la diligencia, que dexo
hecha, para aventurarse
á salir. Llamarle quiero.
¿Ah de la escalera? Bien
puedes salir sin recelo;
que yo solo estoy aqui,
porque no es nadie mi miedo.

Sale Celia tapada por la puerta de la escalera.

CELIA.

Fuerza es abrir, porque no
dé mas golpes este necio,
y porque razon me falta.

MOSQUITO.

¡Señor, pues qué ha sido esto!

has hurtado otro vestido
para salir encubierto
como yo? Has hecho muy bien;
que vive aqui un señor viejo,
que anda sacando mujeres
con grandísimo respeto.
Ni una mano me tomó.
Pero las burlas dexemos.
¿Has sabido lo que pasa?
Habla, vive Dios. ¡Qué es esto!

CELIA.

¡Ay de mí!

MOSQUITO.

La voz tambien
has hurtado, á lo que entiendo,
con el vestido. ¿Has estado
acaso en muda este tiempo?
Porque yo te dexé baxo,
y tiple, señor, te encuentro.
Mas quánto vá, que Lisarda
agradecida á aquel tiempo,
que la quisiste, te ha dado!!

CELIA.

Calla, que aqueso me há muerto.

MOSQUITO.

¡Santo Dios, mujer es ésta!
Yo mil veces he oído un cuento
de una Monja, á quien salió

una escupidera, haciendo
una fuerza, y que de Monja
quedó Monjo en un momento.
Pero de un galan hacerse
una dama, no me acuerdo,
haberlo visto en mi vida.

CELIA.

Calla, si no quieres, necio,
que te dé muerte mi rabia.

MOSQUITO.

¿Celia?

CELIA.

Si:::

MOSQUITO.

¡Pues qué es aquesto!

CELIA.

Es, haber venido, á ver
de mi honor y vida al riesgo
la mayor traycion de un hombre.
Harto así te lo encarezco.
Cesar, á quien vine á dar
la vida, en pago me ha muerto;
que sabiendo, que yo estaba
en tan riguroso aprieto,
me dexó, por declararse
con Lisarda, donde ¡ay cielos!
le oí decir, que era su amor
el que le traxo á este puesto.

Salir quise, quando oí
las gentes que te traxeron,
y disimulé á pesar
de mi amor y de mis zelos,
hasta que tú me llamaste.

MOSQUITO.

¿Y mi amo?

CELIA.

Estará á este tiempo,
dando quexas á Lisarda.

MOSQUITO.

¿De qué?

CELIA.

De su casamiento.
Mas, porque no se dilaten
los inconvenientes nuestros,
he de decir la verdad
á voces, porque con esto
desengañado Don Juan
de sus bien fundados zelos,
y asegurada Lisarda,
los mire César mas presto.

MOSQUITO.

¿Ahora de zelos te acuerdas,
ni de amor, quando tenemos
mas cosas, á que acudir,
que Agentes con muchos pleytos?

CELIA.

Pues dime tú, ¿cómo fue,
el venir tú aqui?

MOSQUITO.

Encubierto
salí de aqui. A Don Rodrigo,
de Cesar amigo y deudo,
avisé de todo el caso,
porque viniese resuelto,
á guardarle las espaldas
esta noche. El, para hacerlo,
me dixo, que le enseñase
la casa, en que estaba, pero
que no pasemos juntos
por ella los dos. Con esto
vinimos por las dos ceras,
y yo quedémela viendo,
porque él reparára en ella.
Pasó adelante. A este tiempo
Don Juan venia á su casa.
Conocióme, y muy soberbio
en su portal me metió.
Negar quise, y en efecto
él y todos sus criados
á esta parte me traxeron,
donde pensé, que él estaba
todavía, y donde al juego
de esta escalera he jugado,

mete ruin, y saca bueno.

CELIA.

¿Y qué hemos de hacer ahora
los dos aqui?

MOSQUITO.

¿Qué sé de eso?

CELIA.

Antes que mi hermano venga,
llamar á esa puerta quiero,
y descubrirme á Lisarda
de una vez, porque Don Diego
en casa no está á estas horas;
que Lisarda, por lo menos
es mujer noble, y será
piadosa.

MOSQUITO.

Y es lo mas cierto.

Llama Celia á la puerta, y responde Beatríz.

BEATRIZ.

Mosquito, no puedo abrirte.
Sabe Dios si lo deseo,
porque se llevó Don Juan
la llave; mas lo que puedo
asegurarte, es, que Cesar,
que ahora está en mi aposento
con mi ama hablando, no quiere

irse, dexandote dentro.

MOSQUITO.

Esta es Beatríz, la criada
de Lisarda.

CELIA.

¡Nada, Cielos,
he de escuchar, y he de ver,
que no sea otro tormento!

MOSQUITO.

Mira, si puedes abrirme.
Que estoy con piedra, sospecho,
pues es, el abrirme, cura.

BEATRIZ.

Ya te he dicho, que no puedo.
Mucho me pesa, de verte
en tan riguroso aprieto,
pero no puedo llorar.

MOSQUITO.

Y yo, picara, le creo,
porque yo soy un pobrete,
á quien de lastima un tiempo
quisiste.

BEATRIZ.

A eso respondiera,
pero no me toca hacerlo,
á quien encerrado garla.

CELIA.

Cerró el paso á mi remedio,

llevarse Don Juan la llave,
y abrióle á mi sentimiento.

BEATRIZ.

Encomiendate, Mosquito,
á Dios; que Don Juan ha vuelto
con aquel amigo suyo,
que le buscó anoche.

CELIA.

¡Cielos,
mi hermano es!

MOSQUITO.

Aqui, señora,
lo mejor es, escondernos.
Vivamos un rato mas,
mientras buscan el secreto.

CELIA.

Dices bien. ¡Mas ay de mí,
que tropezando, y cayendo
voy!

Cae Celia, y entrase Mosquito, dexandola fuera.

MOSQUITO.

Cerraré yo la trampa,
pues que no llegas á tiempo.

CELIA.

Hombre ruin en fin.

Salen Don Juan, y Don Felix.

D. JUAN.

Aqui,
como os he dicho, le tengo
encerrado.

D. FELIX.

Pues cerrad
la puerta ahora por de dentro;
y quedarémos con el
solos; que viven los Cielos,
que ha de decir de su amo,
ó hemos de dexarle muerto.

D. JUAN.

Ya veis el riesgo, en que estais,
hidalgo. ¡Pero qué es esto!
¡Donde un criado dexé,
tapada una dama encuentro!

D. FELIX.

¿No me dixisteis, que estaba
cerrado en un aposento
el criado, y que no habia
por donde salir?

D. JUAN.

Y es cierto,

D. FELIX.

No mucho, pues él se ha ido,
y una dama es, la que vemos.

D. JUAN.

Vive el cielo, que la llave
llevé conmigo.

D. FELIX.

Apuremos
de una vez el desengaño.

Don Felix se queda junto á la puerta, y llega D. *Juan á hablar á Celia.*

D. JUAN.

Señora, ahunque es el respeto
alma de un noble, tal vez
rompe á las leyes el fuero
la necesidad.

CELIA.

¡Ay triste! *ap.*

D. JUAN.

Hoy es fuerza, conoceros,
saber cómo estais aqui,
con qué fin, ó con qué intentos
que me costais dos pesares
ya, si sois la que sospecho;
y he de saber, de un criado,
que aqui quedó, que se ha hecho,
como se fue, y vos entrasteis,

Descubrios, ó grosero
me hareis ser con vos.

CELIA.

Huir
ya no puedo. Deteneos,
señor Don Juan, y advertid,
que me debeis mas respeto,
por quien sois, y por quien soy.

D. JUAN.

Ni os conozco, ni os entiendo.
¡Quién sois! ¡Cómo estais aqui!
¡Dónde el criado! ¡Qué es esto!

CELIA.

Tres cosas me preguntais,
y á dos he de responderos.
Yo he venido á buscaros,
Don Juan, porque me importa mucho hablaros,
Entrando en esta casa, ví, que habia
en este quarto un hombre, y de él salia,
Presumiendo, que fuera algun criado
vuestro, le pregunté por vos. Turbado
me dixo el tal, aqui vendrá al momento,
si le habeis de esperar, á este aposento
entrad. Dexóme en él, y por defuera
volvió á cerrar la puerta de manera,
que la llave que él tubo, acaso ha sido

causa de quedar yo, y haberse él ido;
con que respuesta he dado
al cómo estoy aquí, y él ha faltado.
Quién soy, y á lo que vengo
no lo puedo decir.

D. JUAN.

Pues de eso tengo
mas deseo, y es tanto,
que no he de ir á buscarle, aunque he sabido,
que de casa no puede haber salido;
y asi quitad el manto
del rostro.

CELIA.

Ved, Don Juan:::

D. JUAN.

Quitad el velo.

CELIA.

lo que haceis; que soy yo. *descubrese.*

D. JUAN.

¡Valgame el Cielo!

CELIA.

Para haceros hoy dueño
de mi honor, os busqué. De aqueste empeño
me sacad; que ya veis, que, si he venido
aqui, solo en confianza vuestra ha sido.
Nada deciros quiero.

D. JUAN.

Este es Don Diego.

D. DIEGO.

Abrid, pues.

D. JUAN.

Fuerza es, preguntar, quién es
esta dama, y si la mira
Lisarda, hará su mentira
verdad. Con esto despues
si satisfacerla quiero
con decir, quién es, (hoy muero,
que está su hermano delante,
seré, por ser buen amante,
ahora mal caballero;
y así nadie la ha de ver.
Don Felix, esta mujer
he de encubrir de Lisarda.
Que este aposento la guarda,
á nadie deis á entender.
Entraos, mi señora, ahí.

CELIA.

Duelase el cielo de mí. *entrase.*

D. FELIX.

¿Quereis, que entre á estarme yo
con ella?

D. JUAN.

No, por Dios: no,
Don Felix.

D. DIEGO.

¿No abrís aqui?

D. JUAN.

Ya está abierto.

Salen Don Diego y criados.

D. DIEGO.

¡Qué es aquesto,
Don Juan! ¡Que todavía andas
lleno de locos discursos,
de imaginaciones varias!
¿Dónde está aquese criado?

D. JUAN.

Señor, quando le buscaba
aqui, se habia ya salido
con alguna llave falsa.

D. DIEGO.

Tú te disculpas con eso,
por no empeñarme á mí en nada;
y haces mal, porque de nadie
puedes fiarte con tanta
satisfaccion. Perdonad,
caballero, que aunque haya
de fiarse de vos Don Juan,
puedo con tal confianza
hablar.

D. FELIX.

Podeis con razon;

y nadie verdad tan clara
negará; pero el buscarme,
Don Juan, es por otras causas,
que á mí, en hallar á Don Cesar,
tambien hoy, señor, me alcanzan.

D. DIEGO.

Pues decid, qué habeis sabido
los dos; que ya es excusada
diligencia, aquí encubrirme
el criado.

D. JUAN.

Si mi palabra
te doy, de que quando entré
á buscarle, aquí no estaba:::

D. DIEGO.

¡Cómo, si aquesos criados,
nunca de la puerta faltan,
pudo salir! Id, á ver,
si se oculta dentro en casa,
por esa puerta, y nosotros
por esotra.

Vanse los criados.

D. FELIX.

Tente.

D. JUAN.

Aguarda.

Salen Lisarda y Beatríz.

LISARDA.

¿En fin no pudo salir?

BEATRIZ.

No, señora, porque estaban
los criados á la puerta
con mil prevenciones y armas.

LISARDA.

¡Oh, permita la fortuna,
que bien de este empeño salga!
Si asi teme una inocente,
¿cómo teme una culpada?

D. DIEGO.

Vive Dios, que he de ser yo
aqui el primero, que haga
diligencia, de saber:::

D. JUAN.

¡Quién dice, que no la hagas!
Mas ya este quarto está visto.
Mirémos toda la casa.

LISARDA.

¡Mirar la casa! ¡Ay de mí!
Sin duda á saber alcanza
algo. Apuremos el caso.
¡Señor, tú dás voces tantas!

D. DIEGO.

¿A qué has venido tú aqui?

LISARDA.

A ver, qué es esto, en que andas.

D. DIEGO.

En busca de un hombre:::

LISARDA.

¡Ay Cielos! *ap.*

D. DIEGO.

y este aposento me guardan
mas que todos, y he de verle.

D. JUAN.

No has de entrar aqui.

D. FELIX.

Repara,
que:::

D. DIEGO.

Los dos los estorbais,
por conseguir la venganza
sin mí. Apartaos, por Dios.
¡Qué resistencia tan vana!
¿Quién está aqui?

Sale Celia.

CELIA.

Una mujer
infelíz y desdichada.
Aqui, cielos soberanos, *ap.*
echó el resto mi desgracia.

D. FELIX.

Muriendo estoy, por saber,
quién es aquesta tapada.

D. DIEGO.

Por cierto, señor Don Juan,
que no os merece mi casa
tan poco respeto, como
guardais en ella á Lisarda.
¡Una mujercilla dentro
de su quarto! En hora mala.
¿Harto Madrid no teneis?

D. JUAN.

¡Yo mujer! Señor, repara:::

LISARDA.

Mira, Don Juan, si fue todo
quanto dixe, verdad clara.
Tú no has visto, por lo menos,
(en vano se halienta el alma) *ap.*
al escondido, que dices,
y yo he visto la tapada.

D. JUAN.

Ni hablar puedo, ni callar.

LISARDA.

Señora, el embozo basta;
que he de saber, quien me hace
este pesar en mi casa.

D. JUAN.

Pues no lo perdamos todo;

Tente; que no has de mirarla.

LISARDA.

¡Tú la defiendes!

D. JUAN.

Es fuerza.

CELIA.

¡Hay mujer mas desdichada!

CASTAÑO *dentro.*

Toma esta puerta, porque
por ella, Otañez, no salga.

D. CESAR *dentro.*

Sí saldré.

D. JUAN.

¡Qué ruido es éste
en el quarto de Lisarda!

D. DIEGO.

Con un empeño se olbida
otro, segun los que andan.

Sale Otañez.

OTAÑEZ.

Señor, el hombre, que buscas,
hallamos. Sacó la espada,
para hacer paso con ella,
por donde á la calle salga.

Sale Don Cesar cubierto el rostro con la capa, y la espada desnuda.

D. DIEGO.

Díme, ¿es aqueste, Don Juan,
el criado, que buscabas?

D. JUAN.

No, señor. Otro hombre es éste.
Bien el talle, el brío, las galas,
dán á entender, que no es el
que encerrado quedó en casa.

CELIA.

Este es Don Cesar. Señor,
mi vida y la tuya ampara.

D. DIEGO.

Hombre, que de tanto honor
la reputacion agravias,
¿quién eres?

D. CESAR.

Un hombre soy.

D. DIEGO.

Quita del rostro la capa.

D. CESAR.

No puedo, porque encubierto,
sin que me veas la cara,
me has de dar la muerte aqui,
en la defensa bizarra
de esta mujer. Ella y yo

habemos de aquesta casa
de salir, si con mi muerte
mis intentos no se atajan.

D. DIEGO.

¿Qué mujer?

D. CESAR.

Esta mujer;
que yo no digo Lisarda;
ni la conozco, ni sé,
quién es: y si esto no basta,
para que segura quede,
habré de llevarme entrambas.

D. DIEGO.

Hombre, demonio, ó quién eres,
ahunque en algo satisfagas
esta sospecha, conviene,
para que quede asentada,
el que sepamos, quién eres.

D. CESAR.

Aquesa es pretension vana
por ahora.

D. JUAN.

Tambien lo es,
que sea tal tu arrogancia,
que pienses, que entre nosotros
te has de llevar esta dama,
sin que sepamos, por qué,
y como en aquesa casa

estais tú y ella.

D. CESAR.

No puedo
decirlo.

D. FELIX.

Pues las espadas
harán bocas en tu pecho,
por donde la verdad salga.

Disparan dentro.

LISARDA.

¡Qué pistola es ésta, Cielos!
¡Ahun los sustos no se acaban!

D. CESAR.

Esta es la seña, que espero.

D. DIEGO.

Ninguno allá fuera salga.
Deteneos, caballeros.
Hombre, yo te doy palabra,
de ampararte, y de valerte,
si de estas dudas me sacas.

D. CESAR.

¿Dasme esa palabra?

D. DIEGO.

Sí.

Desembozase Don Cesar.

D. CESAR.

Don Cesar soy. ¡Qué os espanta!

D. DIEGO.

¡Tú diste muerte á mi hijo!

D. FELIX.

¡Tú me robaste á mi hermana!

D. JUAN.

¡Tú en casa estás de mi prima!

D. CESAR.

Sí; pero á ninguno agravia
mi valor. Si á Don Alonso
dí muerte, fue cara á cara,
riñendo solo con él:
si en casa estoy de Lisarda,
es, porque me dexó Celia
oculto en aquesta sala:
y si esto de Celia digo,
es, porque no importa nada;
que casado estoy con ella,
que es esta misma tapada:
y si estas satisfacciones
para tus quexas no bastan,
yo he de salir; que ya tengo,
quien me guarde las espaldas;
que esa pistola es la seña
de la gente, que me aguarda.

D. FELIX.

Quando no hubiera ninguno,
Cesar, yo solo bastára;
que siendo mi hermano ya,

es obligacion hidalga.

D. JUAN.

Yo soy, Don Felix, tu amigo;
mas por Don Diego mi espada::

D. DIEGO.

Yo la palabra le dí,
y he de cumplir mi palabra.
Mas decid, ¿dónde estubisteis
escondido en esta casa?

Sale Mosquito de la escalera.

MOSQUITO.

Eso yo lo he de decir.
Aqui estubo.

D. DIEGO.

¡Cosa extraña!

BEATRIZ.

¿Hurtasteme tú el vestido?

MOSQUITO.

Y el azafate y las caxas.

D. DIEGO.

Con cuyo gran desengaño
aqui la Comedia:::

MOSQUITO.

Aguarda;
que falta el decir ahora
á todos una palabra,
y es, porque nada se ignore,

que Don Felix concertada
la parte de aquella muerte,
que fue de tanta importancia,
á pagar de su dinero,
quedó libre, con que acaba,
por empeño escrita, el
Escondido y la Tapada.

AUG 1 0 1936